

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
TESIS DE LICENCIATURA EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

“Más allá del programa”. Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires

Tesista: Florencia Daniela Pacífico

DNI. 34.152.759.

Directora: Dra. María Inés Fernández Álvarez

Buenos Aires

Junio de 2016

Agradecimientos

Esta tesis fue posible gracias a la ayuda y el afecto de muchas personas.

No me alcanzan las palabras para expresar mi gratitud hacia “las chicas del Ellas Hacen”, sus familias, vecinos/as y amistades. Quedo en deuda con todos/as ellos/as por la confianza y el respeto con el cual respondieron a mis acercamientos. Agradezco especialmente el cariño y la predisposición de Lorena, Valeria, Rebecca, Fiamma, Elías, Iara, Paola, Vanesa y las Carinas. Otro “gracias” enorme para Claudia, Cintia, Patricia, Gabriela, Lorena, Natalia, Yamila, Luli y Haydeé. Los compañeros/as de “la comu” me dieron el privilegio de compartir su militancia territorial. Gracias a Gonzalo, Pablo, Alejandro y Marcelo, por cada uno de los intercambios que tuvimos, muchos de los cuales no caben en estas páginas.

A mi directora, María Inés Fernández Álvarez por las lecturas y relecturas atentas. Por sus comentarios y sugerencias que enriquecen día a día mi formación como antropóloga. Por transmitirme la confianza en que es posible hacer investigación de forma comprometida, sincera y con voz propia.

A mis compañeros del equipo de investigación les agradezco por los intercambios y aportes en las reuniones y por prestar siempre oído a mis inquietudes. Este trabajo es algo mucho más divertido con ellos. Gracias a Leila Litman, Dolores Señorans, Paz Laurens, Santiago Sorroche, Victoria Taruselli, Cecilia Espinosa y Silvana Sciortino.

Agradezco a la Universidad de Buenos Aires por permitirme formarme en una universidad pública, gratuita y de calidad.

A los integrantes de la materia Antropología Sistemática I, Cátedra Grimberg por darme lugar a aprender junto al equipo docente y en el intercambio con estudiantes. Un agradecimiento especial a Sandra Wolanski, por su generosidad en compartirme los resúmenes de sus clases. Y a Estefanía Bernardini, por ser tan compañera.

La antropología me permitió cosechar grandes amistades. Gracias a Lu Rodríguez Bustamante por todos los trampolines. A Flor Abons que siempre estuvo dispuesta a reflexionar conmigo. A Nico Maiello por el ánimo, la confianza y el humor.

Gracias a Juli Greco, por la incondicionalidad de su amistad, combinación perfecta de justicia y pasión. No hay casi momentos de la vida en los que ella no esté presente y esta tesis no es la excepción. A Ursu Pose y Guille Castro por el aguante de siempre, la diversión y el afecto.

A los Embelesados por el clown, por quitarle solemnidad a una buena parte de los ratos fuera de la tesis. Gracias a Gise, Tere, Dari, Silvia, Anabel, Sergio, Javi, Martin, Rafa, Walter, Bea, Marga, Rosana y Anita. Al maestro, Claudio Martínez Bel por compartirme su pasión por el ridículo y por su búsqueda de la verdad.

A mi papá Oscar por la primera baldosa del próximo patio. A mi mamá Adriana por la atención con la que escucha cada uno de mis miedos, dudas e incertidumbres. A ambos por su confianza en mí. A mi hermana Natalia por acompañar siempre y escuchar mis inquietudes. A mi tía Luisa, por fomentar mi interés por “lo social”.

A Andrés, por la ternura infinita, el apoyo ante cada temor y por creer siempre en mí. Por la sonrisa enorme con la que inaugura cada uno de mis días, por el presente que construimos y las alegrías que vendrán.

“Más allá del programa”. Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires.

“Más allá del programa”. Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires.....	0
Agradecimientos	1
Introducción	5
Mujeres y políticas de “inclusión social”	15
Acerca de los referentes conceptuales y el enfoque	18
El trabajo de campo	22
Estructura de la tesis	24
Capítulo 1: “Los jueves tenemos cooperativa” Compartir los problemas, meterse en política.	26
Introducción	26
Cooperativas “protegidas”	31
“Los jueves tenemos cooperativa”: “Mujeres Valientes” en Tres de Febrero.....	35
“Ir más allá del plan”: Laura y Comunidad Organizada.....	43
Reflexiones finales.....	52
Capítulo 2: “No todas participan igual”. Asistir, cumplir y comprometerse.....	57
Introducción	57
“Nos da bronca que no vengan”	62
¿Somos (des)unidas?.....	69
¿Y dónde están las que no están?.....	79
Reflexiones finales.....	85
Capítulo 3: Mujeres Pulpo. Cuidar, estudiar, “participar”.	88
Introducción	88
“¡Somos pulpos!”	93
Entre el cuidado y el programa: ir “negociando algo”	98
Hacer <i>todo</i> por los demás, hacer <i>algo</i> para mí.....	102
Reflexiones finales.....	108
Reflexiones finales.....	113
Del programa a las vidas cotidianas	113
La creación cotidiana de las cooperativas.....	113
Definiciones y entramados en torno a “la política”	116
Cuidados y relaciones de género	120

Bibliografía 124

Introducción

En el año 2003 se pusieron en marcha en nuestro país un conjunto de líneas de intervención estatales que buscaron promover la “inclusión social”¹, orientándose hacia la generación de empleo a partir del trabajo asociativo (Hopp, 2013) y el fomento de la economía social (Hintze, 2007; Massetti, 2011). Como parte de este proceso, se diseñaron e implementaron distintos programas sociales que estimularon la conformación de cooperativas de trabajo, otorgando créditos y subsidios a sus integrantes. Entre estas políticas se destacaron las iniciativas del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación- MDSN- tales como el programa Manos a La Obra (2003) y el programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”², (2009). En el marco de este último es que en el año 2013, se lanzó el programa “Ellas Hacen”, una línea de intervención específicamente dirigida a mujeres desocupadas que percibieran la Asignación Universal por Hijo (AUH)³, priorizando madres de “familias numerosas”, con hijos/as discapacitados o que sufrieran violencia de género.⁴ Las inscriptas en el programa conforman cooperativas de trabajo, reciben un ingreso monetario mensual y asisten a capacitaciones y actividades de terminalidad educativa. Según informes del MDSN el Ellas Hacen ha alcanzado luego de dos años de su lanzamiento, unas 98.876 beneficiarias de las cuales un 56,4% se encuentran en la Provincia de Buenos Aires.⁵

¹ La utilización de comillas indica palabras o expresiones que corresponden a categorías sociales (Rockwel, 2009)

² El “Argentina Trabaja” fue lanzado en 2009 con el objetivo de fomentar el consumo popular y el mercado interno mediante la conformación de cooperativas de trabajo que realizaron trabajos vinculados a la obra pública, la construcción de viviendas y el mejoramiento de espacios públicos. El Programa Manos a la obra había sido implementado previamente y consistió en la entrega de subsidios para la compra de insumos y equipamiento a cooperativas, emprendimientos individuales y familiares y asociaciones que desarrollen proyectos productivos.

³ La Asignación universal por hijo para la protección social consiste en la transferencia mensual de un ingreso monetario según cantidad de hijos/as menores a cargo. Está destinada a niños/as cuyos padres o madres estén desocupados/as, trabajen en la economía informal con ingresos iguales o inferiores al Salario Mínimo, Vital y Móvil, sean monotributistas sociales, o beneficiarios/as de algún programa social entre los que se encuentran el Argentina Trabaja, Ellas Hacen, Plan Manos a la obra y Plan Jóvenes por más y mejor trabajo. Para acceder a la totalidad de este beneficio, se requiere la acreditación anual de la escolarización y los controles de salud de los/as menores (Fuente: www.anses.gob.ar. Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2015). Si bien este beneficio puede ser percibido por la madre o el padre, diversos estudios han resaltado la presencia mayoritariamente femenina en su titularidad (Goren, 2012; Cena, 2014; Pautassi, Arcidiacono, Straschnoy, 2012, Grassi, 2013, Gómez Martín, Del Río Fortuna y Pais Andrade, 2013)

⁴ Mediante la resolución 2176 del año 2013, el MDSN define a “familias numerosas” como aquellas que tengan tres o más hijos a cargo.

⁵ Fuente: Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015. Disponible en <http://www.desarrollosocial.gob.ar> Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2015

Entre noviembre y diciembre de 2014 inicié mi trabajo de campo con mujeres inscriptas en el programa Ellas Hacen en dos distritos del conurbano bonaerense. Cabe destacar que mi vínculo con el programa de Ingreso Social con Trabajo había comenzado dos años antes, cuando ingresé como trabajadora “territorial” en el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), experiencia laboral que se prolongó hasta septiembre de 2014. Como “tutora” y “facilitadora territorial” había participado de algunas actividades concretas relacionadas con el programa, tales como reuniones informativas con personas inscriptas en él y la formalización de las cooperativas de trabajo.⁶ Si bien mis funciones en el INAES no estaban específicamente ligadas al Ellas Hacen, gracias a esta experiencia laboral conocí algunos aspectos de cómo el programa era concebido y puesto en práctica por funcionarios estatales. Mi tránsito por el INAES me permitió conocer no sólo parte del “discurso oficial” y los fundamentos de las políticas promovidas por el Ministerio, sino también algunas especificidades que hacían a la cotidianidad de una agencia estatal. Me llamó especialmente la atención el modo en que el trabajo en el Estado era pensado como una forma de militancia, categoría a la que se le adjudicaban sentidos y prácticas diversas y que de algún modo permeaba las interacciones entre funcionarios estatales y “beneficiarias” de los programas sociales. Estas inquietudes me motivaron a formular algunas preguntas iniciales acerca de los diversos modos en que las políticas orientadas hacia el fomento de “la economía social”, se definían y reinventaban en el marco de las interacciones cotidianas que quienes trabajaban en el Estado entablaban con las personas definidas como sus “destinatarias”. Mi trabajo de campo- centrado en las experiencias cotidianas de las “destinatarias”- me permitió profundizar en algunos de estos interrogantes surgidos a partir de dicha experiencia laboral.

Mis reflexiones se nutrieron también del diálogo con los avances realizados por el equipo de investigación que integro desde comienzos del 2013 y que ha venido analizando

⁶ Las cooperativas conformadas en el marco del programa Ellas Hacen y el programa Argentina Trabaja son formalizadas mediante la resolución 3026/09, que establece la rápida salida administrativa para las entidades creadas en el marco de programas sociales. Para concretar esta formalización, se realizaron asambleas constitutivas en las que, luego de que capacitadores del INAES coordinasen una charla acerca de algunos aspectos del funcionamiento de las cooperativas, los socios votaban a las autoridades del consejo administrativo. Funcionarios estatales del INAES y del MDSN colaboramos en la realización de formularios y estatutos que los/as integrantes de las cooperativas debían firmar. Volveré sobre este asunto en el capítulo 1.

las dinámicas políticas de sectores subalternos y sus modos de relación con formas de dominación y gobierno en las que intervienen agencias estatales, ONGs, empresas privadas y organismos de cooperación internacional.⁷ En septiembre del 2014, en el marco de este proyecto de investigación más amplio, obtuve una Beca Ubacyt de doctorado y, tras renunciar a mi trabajo en el INAES, me contacté con las presidentas de dos cooperativas conformadas en el marco del programa Ellas Hacen en los distritos de Tres de Febrero y Moreno. El proyecto que guiaba mi acercamiento tenía como objetivo conocer las prácticas cotidianas de estas mujeres en espacios de formación y trabajo propuestos por un programa social. Mi interés se orientaba a comprender la forma en que estas prácticas permeaban las experiencias cotidianas de estas mujeres, poniendo el foco en sus relaciones con representantes de agencias estatales y entes ejecutores. Antes de contactarme con las presidentas de las cooperativas, mantuve una reunión con un funcionario del MDSN y accedí a documentos, cuadernillos de formación e informes de avance elaborados por la gestión del programa. A partir de los datos que obtuve en esta exploración preliminar, formulé preguntas de investigación iniciales. Una cuestión que había captado mi atención era que, desde la perspectiva del MDSN, la incorporación de las “beneficiarias” en distintos espacios de capacitación era formulada con el propósito de fomentar el desarrollo de una formación integral en “ciudadanía urbana”, en pos del “empoderamiento” de las mujeres e incorporando una perspectiva de género como eje transversal.⁸ Me pregunté entonces cómo se reconstruían las categorías de “mujer” y “ciudadanía” en los espacios de formación y trabajo en que participaban las beneficiarias. Mi interés apuntaba hacia analizar el modo en que el contenido y la formulación del programa se actualizaban y redefinían en las prácticas cotidianas, poniendo el foco en los sentidos y prácticas de las integrantes de las cooperativas y en sus formas de vinculación con funcionarios estatales.

⁷ Se trata de los proyectos UBACYT “Etnografía de procesos de organización colectiva del trabajo en sectores subalternos: entre lógicas racionales, prácticas creativas y dinámicas políticas” Programación 2014-2017 y PIP “Estado, sectores subalternos y vida cotidiana. Etnografía de procesos políticos colectivos vinculados al trabajo, la tierra y la vivienda”. Ambos dirigidos por la Dra. María Inés Fernández Álvarez.

⁸ 1er informe, antecedentes, evaluación y primera etapa de Ellas Hacen”, página 52. Disponible en <http://www.desarrollosocial.gob.ar>. Fecha de consulta 03/07/2015

Con estas inquietudes en mente me contacté con las presidentas de las cooperativas “Mujeres Valientes”, en Tres de febrero y “Nuevos Rumbos”⁹ en Moreno. Ambas cooperativas estaban conformadas por un promedio de 30 mujeres de entre 23 y 55 años, que en su mayoría eran habitantes de barrios cercanos y venían cursando capacitaciones y estudios formales en el marco del programa. Compartir su cotidianidad me fue llevando a reformular mi problema inicial.

En primer lugar, fui reconstruyendo las modalidades de ingreso al programa a partir de lo que me comentaron las mujeres en conversaciones informales. Según ellas reconstruyeron, “se anotaron” en el programa porque lo escucharon de algún conocido, recibieron un volante por debajo de sus puertas o fueron avisadas en las escuelas a las que asistían sus hijos/as. En este sentido, era frecuente que ellas remarquen que su inscripción en el programa, no se había dado a partir de vínculos previos que ellas considerasen “políticos” ni en el marco de su involucramiento en alguna organización social. Casi la totalidad de estas mujeres se encontraban cobrando la AUH y en algunos casos, eran también “beneficiarias” de otros programas sociales como el Plan Más Vida y el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria. Era frecuente que intercambiasen información acerca del cobro de estos programas, interrogándose mutuamente acerca de si ya habían “cargado” la tarjeta bancaria correspondiente.¹⁰ Según funcionarias del MDSN con las que había tenido oportunidad de conversar, la selección de “beneficiarias” del programa Ellas Hacen se había realizado en dos etapas: una pre inscripción, en la que se tomaron datos y documentación de quienes solicitaran ingresar y una segunda etapa en la que, a partir de criterios de selección establecidos previamente, se definieron quienes serían las “beneficiarias”, considerando quienes se encontrasen en una situación de “mayor vulnerabilidad social”. Para establecer este parámetro se tuvieron en cuenta los casos de

⁹ Los nombres de las cooperativas y de las personas que aparecen en esta tesis han sido modificados para preservar su identidad, siguiendo los acuerdos establecidos durante el trabajo de campo.

¹⁰ Una de las particularidades de las políticas implementadas en la última década ha sido que la transferencia de ingresos se realiza mayoritariamente a partir de tarjetas bancarias. En muchos casos, como en el pasaje del Plan Vida al Plan Más Vida, la entrega de mercadería ha sido suplantada por la transferencia de dinero equivalente al monto necesario para comprar dichos insumos.

“violencia de género”¹¹, la cantidad de hijos, situación de salud, educación y habitacional. Esta metodología de selección de las beneficiarias fue presentada por los funcionarios/as como muestra de la “transparencia” en el manejo del programa.

En segundo lugar, fui registrando que durante el periodo que realicé mi trabajo de campo, las integrantes de las cooperativas se encontraban participando de distintas actividades de formación que incluían tanto la terminalidad de los estudios primarios y/o secundarios como otras capacitaciones en oficios y reflexión temática. Percibí que, además de los estudios formales, existía una gran variedad de instancias formativas propuestas para las inscriptas en el programa, las cuales variaban de distrito en distrito y muchas veces implicaban la existencia de convenios con universidades, sindicatos y otros organismos del Estado nacional.¹² La asistencia a la mayoría de estas capacitaciones era de carácter obligatorio y las presidentas de cada cooperativa se encargaban de dejarla asentada en planillas que eran entregadas al Centro de Atención Local (CAL)¹³. Así, las integrantes de las cooperativas debían cumplir con distintas actividades orientadas a su formación como requisito para acceder al ingreso monetario mensual. Una de estas capacitaciones llevaba el nombre de “Género y proyectos de país” y consistía en encuentros semanales de entre dos y tres horas, coordinados por un/a tallerista del MDSN, en los que se llevaba a cabo la reflexión temática en torno a tres módulos: Género, Economía Social y Comunicación.

¹¹ Desde la perspectiva de los funcionarios del MDSN, se entendía violencia de género mayormente a las situaciones de violencia física, psicológica o económica al interior de la pareja. Se daba constancia de estar sufriendo esta situación mediante la presentación de certificados psicológicos o entregando copia de denuncias realizadas.

¹² Entre estas capacitaciones se incluían distintas instancias de formación destinadas a la promoción de aspectos básicos del derecho y acceso a la educación y salud, oficios tales como prevención de adicciones en convenio con SEDRONAR, cursos de plomería e instalación de agua dictados por el Ente Nacional de Obras Hídricas y Saneamiento, talleres de cooperativismo y trabajo grupal a traés de la Universidad de Buenos Aires, talleres de “Seguridad en el Hogar” dictados por la UOCRA, una Diplomatura en Género y Prevención de Violencia que estaba a cargo del Consejo Provincial de la Mujer, una Diplomatura en Agroecología, Urbanismo y Hábitat popular desarrollada por el INTA y una capacitación en promoción de la salud. Además, se desarrollaron un conjunto de talleres artísticos y de oficios en áreas como el cine, el teatro, la serigrafía, encuadernación, armado de muñecos, herrería, entre otros. Fuente: Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015. Disponible en <http://www.desarrollosocial.gob.ar> Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2015. La terminalidad de los estudios formales primarios y secundarios se desarrollaba en el marco del programa de Finalización de Estudios Secundarios (FinEs). Este programa fue creado en 2010 y está dirigido a jóvenes y adultos que no hayan terminado sus estudios formales y consiste en un Bachiller de 3 años de duración con una regularidad de tres veces semanales.

¹³ Los Centro de Atención Locales (CAL) son dependencias del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación que están ubicadas en los Municipios. Sus funcionarios son comúnmente el principal representante del Estado Nacional que los y las inscriptos/as en los programas sociales que dependen del Ministerio tienen como interlocutor cotidiano. Allí se dirigen, entre otras cosas, a realizar preguntas acerca de los cobros, trámites para justificar inasistencias o pedir licencias.

Según un informe realizado por el MDSN, a dos años del lanzamiento del programa, el 44% de las mujeres inscriptas en él en la Provincia de Buenos Aires había participado de estos talleres, representando el segundo taller de mayor cobertura entre las distintas capacitaciones.¹⁴ Fui registrando que durante las capacitaciones, los/as talleristas proponían actividades que promovieran la reflexión en torno a roles de género y derechos de las mujeres. Muchas veces, esta propuesta propiciaba que se compartieran experiencias personales relacionadas con la crianza de sus hijos/as, vínculos de pareja, trayectorias laborales o situaciones acontecidas en instituciones de salud y educación. Estos talleres promovían un espacio de encuentro e intercambio de problemas y consejos, el cual muchas veces se prolongaba por fuera del taller. Sin embargo, era frecuente que “cumplir” y “participar” de las actividades requeridas por el programa presentase un desafío difícil de alcanzar, atravesado por situaciones de la vida cotidiana vinculadas al cuidado de los hijos. Estas dificultades para asistir a las capacitaciones y reuniones solían generar desacuerdos entre las integrantes de las cooperativas, desembocando en debates recurrentes sobre qué significaba “cumplir” con las actividades del programa y qué situaciones ameritaban “justificar” las inasistencias.

En tercer lugar fui observando que para las mujeres, “estar en el Ellas Hacen” era más que dar el presente en las actividades y capacitaciones. Las experiencias de vida modelaban no sólo el sentido que adquiría el programa, sino también la forma en que se desarrollaban los espacios de capacitación y actividades propuestas a partir de esta política. En muchos casos, el programa había significado la realización de actividades por fuera del ámbito doméstico y era resaltado de forma recurrente que éste representaba “un espacio y un tiempo propio”. Resultó frecuente que ellas encontraran en la cooperativa, un lugar desde dónde construir arreglos para resolver asuntos personales como situaciones de violencia en sus vínculos de pareja. Por último, fui percibiendo que en muchos casos, los

¹⁴ Los talleres de plomería e instalación de agua fría implementados por ENOHSA, al cual accedieron el 53,8% de las mujeres, representan la capacitación de mayor cobertura en la provincia de Buenos Aires. En tercer lugar se ubican los talleres de “Cooperativismo y trabajo grupal”, que han sido cursados por el 23,8% de las mujeres inscriptas en el programa en Buenos Aires. Fuente “Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015” Disponible en www.desarrollosocial.gob.ar Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2015

vínculos establecidos a partir de ingresar al Ellas Hacen promovieron el involucramiento en otras actividades que iban “más allá” de lo que proponía el programa. En algunos casos, las mujeres habían comenzado a militar en agrupaciones políticas, proyectar nuevos horizontes laborales o valorizar la importancia de participar de un momento de encuentro con otras mujeres. Analizar las prácticas cotidianas de quienes estaban inscritas en el programa Ellas Hacen me fue llevando fuera de los talleres y capacitaciones que fueron mi primera aproximación. Comencé a considerar a los hogares y barrios en los que vivían como un aspecto fundamental para mi análisis y me interesé por reconstruir la trama más amplia de relaciones en la que “estar en el programa” se inscribía. Las mujeres utilizaban muchas veces la expresión “estar en el Ellas Hacen”, para referirse a su inscripción en el programa. Siguiendo a Quirós (2011) esta expresión invita a pensar el carácter relacional y situacional de las experiencias de las personas, lo que implica atender a la trama de vínculos por los que las personas transitan. Mi trabajo de campo me ha revelado la productividad de esta advertencia, permitiéndome en este caso desplazar la mirada de “el programa” o “la cooperativa” hacia las vidas y relaciones que se construyen cotidianamente.

Este desplazamiento de la mirada desde el programa- las capacitaciones, reuniones, interacciones con funcionarios- hacia las vidas- los vínculos familiares, trayectorias educativas y laborales, el involucramiento político- me permitió atender a las formas particulares en que las mujeres construían sus experiencias cotidianas en el programa en los dos distritos en los que realicé mi trabajo de campo. Descentrar la atención del programa constituyó un desplazamiento no sólo metodológico, sino también teórico, ya que me permitió retomar las contribuciones de un conjunto de estudios que han venido desarrollando aportes para estudiar etnográficamente al Estado. Específicamente, fui percibiendo que un aspecto significativo de estas particularidades giraba en torno al modo en que las mujeres definían su acercamiento o distanciamiento a actividades y prácticas consideradas “políticas”.

Para las integrantes de la cooperativa “Mujeres Valientes” del distrito de Tres de Febrero los espacios de formación constituían especialmente un momento de encuentro

con otras mujeres, en el que se ponían en común experiencias de vida. Las mujeres solían referirse a las capacitaciones como “la cooperativa”. Decían “Los jueves hay cooperativa” y si se encontraban por el barrio durante la semana, se saludaban diciendo “nos vemos en la coope”. Durante los talleres, las integrantes de “Mujeres Valientes” se contaban sus problemas, intercambiaban consejos y ayudas. Este espacio de encuentro a veces se prolongaba por fuera del taller, tomando mates en alguna casa o simplemente “paseando” por el barrio y “haciendo tiempo” hasta que se hiciera la hora de retirar a sus hijos del colegio. Para las integrantes de esta cooperativa, la “política” era definida como algo externo a sus vidas, a lo que preferían no vincularse. Incluso ellas manifestaban cierta reticencia a que, durante los talleres y capacitaciones se “hablase de política”.

En Moreno, en cambio, mi acercamiento a las mujeres inscriptas en el programa me puso enseguida en relación con diversas agrupaciones consideradas “políticas”. Si bien las modalidades de ingreso al programa habían sido similares y la mayor parte de las mujeres no estaba previamente vinculada a agrupaciones “políticas” en el momento de su inscripción, para muchas de ellas fue su participación en el programa lo que las motivó a “meterse” en política. Durante todo el 2014, las presidentas de las cooperativas habían estado manteniendo reuniones semanales con un coordinador territorial contratado por el MDSN. Lo conocí a él por medio de un compañero de la facultad y me contó que hacía poco tiempo habían armado junto a varias “compañeras del Ellas Hacen” una agrupación política que se enmarcaba dentro del Frente para la Victoria y habían llamado Comunidad Organizada¹⁵. Cuando le pregunté acerca de su trabajo y su vínculo con las presidentas de las cooperativas, él me dijo que, de a poco, a las presidentas les comenzó a cambiar “la visión de la política”. Según él, ellas habían pasado de pensar que la política era “mala palabra” a ir “metiéndose en política”. Fueron primero algunas presidentas y luego cooperativistas las que comenzaron a involucrarse en las actividades de Comunidad Organizada. Como parte de su militancia, empezaron a asistir a jornadas de formación política, plenarios, reuniones, organizar festivales para los chicos/as del barrio, acompañar

¹⁵ Siguiendo los acuerdos establecidos durante el trabajo de campo, se utiliza el nombre original de esta agrupación política.

movilizaciones, reunirse con funcionarios y participar de actividades de campaña electoral. Supe también que otras inscritas en el programa habían formado otra agrupación y estaban trabajando junto a un concejal del Frente Para la Victoria realizando talleres de prevención de violencia de género. Incluso algunas de ellas, habían “dejado el programa” para trabajar en el municipio.

De esta manera, tanto en Tres de Febrero como en Moreno, mi trabajo de campo me reveló la relevancia de aprehender la trama más amplia de relaciones que las mujeres construían cotidianamente. La forma particular en que las actividades del programa se inscribían en las vidas de las mujeres me fue llevando a transitar por espacios diferentes en cada caso. Si en Tres de Febrero mi trabajo de campo se fue desplazando hacia los hogares, instituciones de salud, comercios del barrio y la puerta de las escuelas de los hijos/as de las mujeres; en Moreno transcurrió también en locales de militancia, micros hacia movilizaciones, oficinas del municipio. Compartir estos espacios con las mujeres “beneficiarias”, me permitió trascender la pregunta acerca de cómo la inscripción en el programa permeaba las prácticas cotidianas de las mujeres, para empezar a reflexionar sobre el modo en que “estar en el ellas hacen” adquiría contenido a partir de sus experiencias de vida.

Mi trabajo de campo y el intercambio con integrantes del equipo de investigación del cual formo parte me fueron llevando a replantear mis preguntas de investigación iniciales, orientándome a indagar más allá de la forma en que las mujeres “participan” en actividades promovidas por el programa. Fui descubriendo que no existía una porción delimitada de la vida de estas mujeres que puede recortarse como “efecto” de una política pública. “Estar en el ellas hacen” era definido siempre en términos de relaciones con otros/as. Así, pude poner en tensión categorías como la “cooperativa” que desde mi experiencia a laboral en el INAES tendían a ser pensadas como entidades con una finalidad productiva o un objeto social determinado. Tomando los aportes de Fernández Álvarez (2015a), fui pensando a las cooperativas como categorías de la práctica que no tienen un sentido unívoco plausible de ser definido de antemano. Esta perspectiva se enmarca en los aportes realizados desde el equipo de investigación que integro, orientados a

conceptualizar las prácticas de política colectiva como un “hacer juntos(as)” que necesariamente se desarrolla en el marco de las relaciones de hegemonía. Este enfoque, que mi tesis retoma y al cual pretende aportar, busca contribuir a las reflexiones sobre *lo colectivo*, atendiendo al modo en que estas formas de política se redefinen y negocian en el día a día, mediante procesos a menudo contradictorios y conflictivos. Se subraya entonces la conveniencia de capturar estos procesos desde el *transcurrir*, partiendo del registro de situaciones concretas y atendiendo al carácter vívido de estas experiencias; cuyo contenido *está siendo* y no queda necesariamente cristalizado (Fernández Álvarez, 2015b). Desde esta perspectiva, propongo reflexionar acerca de la forma en que en el *transcurrir* de las relaciones entre funcionarios/as y mujeres inscriptas en el programa, se reconstruyen colectivamente modos de vivenciar el “estar en el programa”.

El objetivo de esta tesis es entonces analizar las prácticas cotidianas de mujeres inscriptas en un programa de “inclusión social”, atendiendo a la forma en que el contenido del programa se redefine y trasciende a partir de prácticas políticas colectivas. En este punto, me gustaría retomar el aporte de trabajos que- partiendo de un abordaje etnográfico de organizaciones de desocupados- han resaltado la importancia de considerar las formas cotidianas en que los “planes sociales” son incorporados en los movimientos a partir de politicidades singulares (Feraudi Curto y Seman, 2013) que nos invitan a reflexionar sobre los sentidos de la política y los modos en que los movimientos sociales se imbrican en las vidas de quienes transitan cotidianamente por ellos (Feraudi Curto, 2011). En muchos casos, las organizaciones de desocupados orientaron sus acciones cotidianas hacia la demanda por trabajo y la gestión colectiva de programas estatales, dando lugar a un proceso de producción conjunta de políticas entre sectores subalternos y Estado (Manzano, 2013). Estos aportes me abrieron camino a profundizar en el análisis de los modos en que las experiencias de mujeres vinculadas a programas de “inclusión social” aparecen modeladas por otros aspectos de la vida cotidiana vinculados al cuidado y a la forma en que se definen la “participación” y el “compromiso”, que rebasan los contenidos existentes en la planificación de las políticas públicas. Siguiendo este objetivo, propongo los siguientes ejes de análisis. Un primer eje se centra en las formas en que “la cooperativa” es

redefinida por las mujeres en sus relaciones cotidianas, valorizando los talleres y capacitaciones como un espacio de encuentro y una oportunidad para “aprovechar” e “ir más allá”. Un segundo eje analizará las distintas formas en que la “obligatoriedad” de asistir a capacitaciones y reuniones es vivenciada y reconstruida en las prácticas cotidianas, prestando especial atención a establecimiento de acuerdos y debates en torno a qué significa “participar” en las actividades del programa y qué situaciones “justifican” las inasistencias. Por último, un tercer eje atiende a los modos en que la distribución de tareas vinculadas al cuidado infantil atraviesa las vidas de las mujeres no como un conjunto aislado de tareas sino como responsabilidades que permean las modalidades de “participación”.

Mujeres y políticas de “inclusión social”

En los últimos veinte años, se han venido desarrollando en la Argentina y América Latina, un conjunto de políticas sociales que consistieron en la transferencia de ingresos monetarios a poblaciones consideradas “vulnerables” procurando mejorar sus condiciones de vida. En nuestro país, este tipo de políticas hallaron su preponderancia a mediados de la década de 1990, en un contexto de agudización de la crisis económica generada a partir de la implementación de una serie de medidas económicas neoliberales. Estas medidas, tales como la preponderancia del capital financiero, el endeudamiento externo y la transformación del Estado en fuente de grandes negocios para grupos económicos locales y transnacionales, fueron ejecutadas entre 1976 y 2003, y trajeron como consecuencia el desempleo masivo, la caída de los salarios y la concentración económica de los ingresos, limitando el crecimiento del consumo y generando una crisis estructural (Basualdo et al, 2002; Kulfas, 2003). Fue en el contexto de dicha crisis que comenzaron a ponerse en práctica desde el Estado distintas políticas sociales específicamente dirigidas a las personas que no contaban con ingresos económicos, tales como el plan Trabajar, el programa de Servicios comunitarios y el plan de Emergencia Laboral.

A principios de 2002 y en el marco de una “emergencia económica, alimentaria y sanitaria”, se instrumentó mediante el decreto del Poder Ejecutivo Nacional 565/02, el “Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados” (PJJHD). Gestionado por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad social, este programa pretendió trascender la lógica de la

“focalización” y tener alcance “universal” dirigiéndose a todos/as los/as jefes y jefas de hogar con hijos/as menores o discapacitados/as a su cargo o con cohabitante en estado de gravidez (Cross, 2012). El PJJHD pasó a tener en mayo de 2003 unos 1.975.000 beneficiarios/as (Cross, 2012) de los/as cuales el 70% eran mujeres (Zibecchi, 2013). Estos programas fueron en muchos casos gestionados por organizaciones sociales en los que las mujeres tuvieron una participación creciente (Cross y Freytes Frey, 2007; Partenio, 2011).

En el año 2003 la mayor parte de las mujeres inscriptas en el PJJHD fueron consideradas “inempleables” o “vulnerables sociales” y transferidas al Programa Familias, que otorgaba un ingreso mensual según cantidad de menores a cargo a cambio de cumplir con controles sanitarios y la escolaridad de los menores (Zibecchi, 2013; Scarfó, Hopp y Highton, 2009). Diversas autoras han señalado que dicho programa reforzó la responsabilidad del cuidado infantil como un problema relativo a las mujeres que incluso las volvía “inempleables” (Faur y Gherardi, 2005).

Un conjunto de estudios ha venido analizando la forma en que desde la planificación y puesta en marcha de las políticas se interpela a la mujer, poniendo de relieve que un aspecto recurrente en los programas sociales es la asociación de la mujer “beneficiaria” a su rol de madre y cuidadora (Molyneux, 2007; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013; Rodriguez Gusta, 2013; De Sena, 2014). Se ha destacado que el PJJHD ha dejado “huellas” en organizaciones sociales y comunitarias, estimulando a que se orienten hacia la provisión de servicios de cuidado y reforzando las relaciones asimétricas de género, sin promover igualdad de oportunidades entre varones y mujeres (Zibecchi, 2013). En este sentido, se ha resaltado que estos programas intervinieron sobre las mujeres naturalizando a la “carga” del cuidado de los hijos como una situación fija que no podría modificarse y apuntando a que su capacitación tenía el fin de lograr una mejora en el bienestar familiar y no el de favorecer su inserción laboral (Rodriguez Gusta, 2013). Así, se ha documentado que estos programas implicaron una sobrecarga de responsabilidades para las mujeres beneficiarias tanto hacia adentro del hogar- como la principal encargada de lograr el bienestar de los integrantes de la familia y agente “contenedor” de las crisis-, como hacia afuera, mediante el fomento de su participación en tareas del ámbito comunitario (De Sena, 2014). Por

último, se ha destacado la incidencia de organismos internacionales en el diseño de estas políticas mediante las cuales el Estado “usufructuó” las capacidades maternas de las mujeres, promoviendo que se dediquen primordialmente a las tareas del cuidado (Anzorena, 2013). En este sentido, numerosos estudios han coincidido en afirmar que si bien los programas de transferencia de ingreso se han ido “femenizando” (Pautassi, 2007, De Sena, 2014), esto no significa necesariamente que las mujeres sean consideradas como sujetos de derecho (Grassi, 2013). Muchas veces, ellas son tomadas como “beneficiarias operativas” (Rodríguez Enriquez, 2011) o “mediadoras” (Pautassi, 2009), entre sus hijos y el Estado. Se ha señalado que las políticas han puesto el foco en ciertas aptitudes personales de las mujeres que las convertirían en “buenas beneficiarias”, tales como el altruismo que permite que éstas prioricen las necesidades de sus hijos por sobre las de ellas mismas (Arcidiácono, Pautassi y Straschnoy, 2013; De Sena, 2014; Cena, 2014).

En conjunto, estos estudios han aportado a pensar la forma en que la intervención estatal ha definido a las “destinatarias”, analizando los supuestos de género contenidos en las políticas. Otros estudios, en cambio, han contribuido a esta discusión considerando los significados y prácticas que la implementación de estas políticas ha implicado para las mujeres a las que estaban dirigidas. Se ha señalado que para muchas mujeres, los programas de transferencia de ingresos significaron una entrada estable de dinero que les permitió proyectar trayectorias formativas, acceder a nuevos hábitos de consumo y hasta animarse a denunciar situaciones de violencia (Goren, 2012). Así, se ha documentado que aun cuando la normativa de las políticas naturaliza la asignación de la mujer a las tareas reproductivas, desempeñar las actividades que son promovidas por los programas significó para muchas mujeres entablar nuevas relaciones, romper el aislamiento social y ampliar horizontes emocionales aumentando su confianza en sí mismas (Eguía y Ortale, 2007).

A partir de enfoque etnográfico, se ha contribuido a analizar cómo los contenidos de las políticas son mediados e interpretados en las interacciones, abriendo camino a problematizar la construcción esencializada y unívoca de la categoría “mujer” presente en la formulación de los programas sociales. De este modo, el análisis de Masson (2004) sobre la construcción de identidades de género entre “manzaneras” y “comadres” que

participaron de la gestión del Plan Vida, ha revelado la existencia de una imagen esencializada de la mujer como eje de la familia y generadora de principios éticos y morales. Según la autora, esta construcción apuntaba a la asociación de la mujer con una forma solidaria y “despolitizada” de hacer política que fue puesta en tensión en las prácticas y relaciones cotidianas que las manzanas establecían con sus vecinos/as (Masson, 2004). En una línea similar, se ha documentado cómo, en el caso de las políticas de salud, el esencialismo a partir del cual los programas sociales interpelan a las mujeres beneficiarias desde su rol de “madre”, es resignificado y disputado en las prácticas cotidianas (Pozzio, 2011). Por último, la tesis de Marlene Russo ha permitido dar cuenta de la forma en que las mujeres responsables de comedores y merenderos se apropian de las políticas sociales implementadas por el Estado, constituyendo formas de participación política. La autora ha destacado que si bien por un lado ocupar el lugar de “jefas de comedores” fija a las mujeres en una identidad tradicional de género, por otro lado las habilita a salir de la frontera doméstica para apropiarse de lo público, del barrio, transformando los roles que el Estado impone (Russo, 2009, 2010)

Esta tesis se propone aportar a estas discusiones retomando la potencialidad del abordaje etnográfico para analizar la relación entre mujeres de sectores populares y políticas sociales. Mi análisis procura trascender la pregunta por cómo las “beneficiarias” se apropian, resignifican o disputan el contenido de las políticas, para analizar el modo en que ellas construyen cotidianamente sus experiencias en torno a un programa social. Así, se pondrá el foco en la atención hacia los diversos modos de vivenciar el “estar en el Ellas Hacen”, considerando las prácticas en torno al cuidado, las formas en que se construyen modalidades de compromiso y las definiciones entre lo que es y no es político.

Acerca de los referentes conceptuales y el enfoque

Esta tesis parte de un enfoque etnográfico entendido como una forma de investigar que se basa en la experiencia prolongada del etnógrafo en interacción con otros/as, procurando atender al contexto global de la vida cotidiana y los múltiples sentidos otorgados a las prácticas, para construir un trabajo conceptual sobre procesos y relaciones

sociales (Rockwell, 2009; Achilli, 2005). Siguiendo a Peirano (2004, 2014), la etnografía es entonces más que un método; se trata de una forma de producir conocimiento que surge del diálogo entre la teoría “nativa” y la teoría acumulada por la disciplina. De esta manera, la observación participante no es pensada como una técnica de recolección de datos, sino una forma de construir conocimiento que se sostiene en la vida que es vivida con otros y consiste no en proposiciones acerca del mundo, sino también en habilidades de percepción, capacidades de juicio que se desarrollan en el curso de nuestro compromiso directo y práctico con las personas con las que interactuamos (Ingold, 2014)

Partiendo de esta forma de comprender la etnografía, se recuperan aportes de la antropología que conceptualizan a la política no como una esfera autónoma sino como dimensión básica de la vida cotidiana (Vincent 2002, Joseph y Nugent 2002, Grimberg 2009), volcándose al análisis de la forma en que el poder descansa en las relaciones cotidianas y problematizando la percepción de lo político como un campo separado (Gledhill, 2000). Así, la antropología puede aportar una mirada holística que permite formular interrogantes sobre los aspectos “políticos” que se sitúan por fuera de su espacio formal, trazando las relaciones con otros aspectos de la vida social (Cañedo Rodríguez, 2011).

Específicamente se retoman estudios que han aportado a cuestionar la fijeza institucional del Estado, cuestionando su conceptualización como una entidad con límites claros. En dirección a desreificar al Estado, se han realizado significativos aportes que han procurado atender a los procesos culturales que entran en juego en su formación (Joseph y Nugent, 2002; Corrigan y Sayer, 2007) y puesto el foco en las formas en que la gente lo percibe y experimenta (Ferguson y Gupta, 2002). Cuestionar la objetificación del Estado implica también repensar sus fronteras e indagar en las formas en que las poblaciones se vinculan con dinámicas y lógicas estatales. En esta dirección, resultan significativos los aportes que un conjunto de estudios antropológicos han realizado para pensar las transformaciones de los órdenes estatales atendiendo a la dinámica de relación con los sectores subalternos (Lagos y Calla, 2007; Barragan y Wanderley, 2009; Grimberg, 2009; Fernández Álvarez, 2007a; Manzano, 2013; Lazar, 2013). La categoría de “encuentro”

adquirió centralidad para profundizar en el análisis de las interacciones concretas entre representantes del Estado y las poblaciones (Wanderley, 2009) y a la ciudadanía como un conjunto de prácticas y procesos (Lazar, 2013). Retomando dicha categoría, Fernández Álvarez (2014) ha propuesto reconstruir la especificidad de las relaciones entre Estado y poblaciones, cuando éstas consisten no en ciudadanos (individuales), sino como parte de organizaciones colectivas (Fernández Álvarez, 2014). En conjunto, estos trabajos me permitieron pensar a las prácticas cotidianas mujeres en un programa social, poniendo el foco en los modos diversos en que estas interacciones se actualizan en la cotidianidad y en la multiplicidad de experiencias que se producen en el marco de las políticas estatales.

Por último, esta tesis retoma los aportes que la antropología feminista ha venido realizando desde mediados de la década del 70. A partir de la obra fundacional “Women, culture and society”, comenzó un proceso que tendió a cuestionar el sesgo androcéntrico de la propia disciplina (Stolcke, 1996), destacando, entre otras cosas, el lugar de las mujeres como actores políticos con estrategias y objetivos propios (Collier, 1974). Posteriormente, gracias a la introducción del enfoque de género, se colocó a la distinción entre sexos en el terreno simbólico, interrogando acerca de cómo dicha diferencia deviene desigualdad (Lamas, 1986). El género fue pensado como construcción producto de relaciones sociales concretas, sosteniendo que las “jerarquías sexuales”, así sean universales, no pueden explicarse recurriendo a la biología (Rosaldo, 1995). Tomando distancia de las primeras formulaciones que buscaban conocer el origen de la subordinación femenina, desde la base de dicotomías- como la de público/privado (Rosaldo, 1974) o naturaleza/cultura (Ortner, 1974)- se ha sostenido que la situación de las mujeres es producto de la acción humana en sociedades concretas y debe ser abordada atendiendo a las relaciones entre ellas y con los hombres (Rosaldo, 1995, Lamphere; 2000):

“el lugar de la mujer en la vida social humana, no es directamente producto de aquello que ella hace (y menos aún función de lo que biológicamente es), pero sí del sentido que sus actividades adquieren en la interacción social concreta. Y los significados que las mujeres atribuyen a sus actividades, son cosas que solo podemos comprender a través del análisis de las relaciones que las mujeres establecen, de los contextos sociales que ellas, junto con los hombres crean y dentro de los cuales ellas son definidas” (Rosaldo, 1995:22)

El género ha sido conceptualizado como forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1996) y como estructura de relaciones que provee una metáfora de todas las formas de subordinación, permitiéndonos referirnos a otras disposiciones jerárquicas de la sociedad (Segato, 2003). En este sentido, uno de los aportes fundamentales de la antropología feminista ha sido, no sólo reconocer que no existe una única y universal categoría “mujer”, sino también subrayar que las diferencias fundamentales entre mujeres – basadas en clase, raza, cultura, historia- se experimentan conjuntamente y requieren de atención teórica (Moore, 1991). La tarea de la antropología feminista es entonces encontrar medios para teorizar las intersecciones entre sexo, raza, género y clase (Moore, 1991) o, en palabras de Narotsky (1995) recuperar la dinámica “holista” que la segmentación en campos de estudios había perturbado. El enfoque de la antropología feminista me ha resultado muy enriquecedor ya que entre otras cosas me permitió repensar categorías, como la de mujer, que suelen aparecer cristalizadas en la planificación y fundamentación de las políticas sociales.

Desde estas aportaciones teóricas y a la luz del trabajo de campo realizado, me propongo aportar al análisis de las vidas cotidianas de mujeres inscritas en programas de “inclusión social” desde una mirada que trascienda la visión dicotómica que analiza a las prácticas de intervención estatal como en oposición a las prácticas cotidianas de las personas que se definen como “destinatarias” de las políticas. Mi objetivo es entonces descentrar la mirada del programa y sus “efectos” en las vidas de las personas, para atender al modo en que las experiencias de vida modelan el contenido de las políticas. En esta tesis, se sostiene entonces que **en el marco de un programa de “inclusión social”, las mujeres entablan relaciones entre ellas y con funcionarios estatales. A partir de estas relaciones, se producen prácticas colectivas orientadas a ir “más allá” de lo que propone el programa, renegociando la forma en que se realizan tareas de cuidado infantil y redefiniendo modalidades de participación y compromiso.**

El trabajo de campo

La elaboración de esta tesis se basa en el trabajo de campo realizado con integrantes de las cooperativas del programa Ellas Hacen de los distritos de Tres de Febrero y Moreno entre noviembre de 2014 y noviembre de 2015. Con anterioridad al inicio formal de mi trabajo de campo, ya había tenido la oportunidad de compartir ciertas instancias de la implementación cotidiana del programa, gracias a mi experiencia laboral en una oficina del Estado vinculada al mismo. Fueron en principio los contactos que mi trabajo anterior me había permitido establecer los que posibilitaron el comienzo de mi trabajo de campo. Por un lado, pude acceder a reunirme con un funcionario del MDSN, que me proveyó de materiales de difusión, cuadernillos de formación y algunos datos de las actividades que estaban llevando a cabo quienes estaban inscriptas en el Ellas Hacen.

Luego, nuevamente gracias a una ex compañera de trabajo, me comuniqué con la presidenta de la cooperativa “Mujeres Valientes”, del distrito de Tres de Febrero. Me reuní con ella en Noviembre de 2014 y me invitó a una de las capacitaciones a las que ellas estaban asistiendo. A partir de esa invitación, compartí dicho espacio de capacitaciones durante unos 8 meses, desde noviembre de 2014 hasta agosto de 2015. Además, me permitieron compartir tiempo en sus hogares y sus barrios. Me comenzaron a invitar a “tomar mate” a sus casas y quisieron saber acerca de mis amistades, trabajos y relaciones de amistad o pareja. Recibí y di saludos por el día del amigo, asistí a *baby showers* y participé de conversaciones en las que se compartían aspectos más “íntimos”, vinculados muchas veces a la vida familiar, las relaciones de pareja y las amistades.

Por otro lado, en diciembre de 2014 recibí la invitación por parte de un compañero de la facultad, a una jornada que se realizaría en la Universidad de Moreno y a la que asistirían “mujeres del ellas hacen”. La jornada había estado anunciada como la “Primera Cátedra Popular Ellas Hacen, Ellas Dicen” y en la invitación se describía al encuentro como “un espacio de construcción colectiva de nuestra tarea diaria dentro del programa, (...) para la democratización de la palabra de cada compañera, y el aporte de sus experiencias de

vida”.¹⁶ La invitación capturó mi atención y me contacté con mi compañero de la facultad para poder asistir. A partir de ese día, quedé en contacto con Marcos, un coordinador territorial del programa que luego me presentó a varias mujeres inscriptas en el programa que se encontraban militando en la misma agrupación política que él. Fue así que en Moreno pude compartir con algunas mujeres del programa Ellas Hacen, ciertas actividades vinculadas a su militancia política. Más que centrarme en una cooperativa, fue esta vez la agrupación política “Comunidad Organizada”, el punto de partida que me permitió reconstruir los vínculos y prácticas de quienes participaban cotidianamente del programa. Los/as integrantes de la agrupación me otorgaron el grato lugar de “una compañera que está haciendo su tesis” y me invitaron a dar mi opinión en las reuniones, asistir a movilizaciones y festivales barriales. En algunos casos, me pidieron que saque fotos, escribiera comunicados y redactara proyectos. Me invitaron a reuniones con funcionarios estatales donde era presentada como “la antropóloga de la agrupación”. Mantuve también, con algunas de las mujeres que eran “beneficiarias” del programa una relación de cercanía que me permitió compartir espacios domésticos y familiares, así como intercambiar visiones y experiencias de vida.

El trabajo de campo en ambos espacios se sostuvo desde noviembre de 2014 hasta noviembre de 2015 y consistió en acompañar distintas actividades cotidianas que realizaban las mujeres, con una periodicidad que variaba de entre dos y tres veces semanales. En una primera etapa me concentré en el acompañamiento de los espacios de formación y jornadas propuestas por el programa, centrándome específicamente en los talleres de “Género y proyectos de país”. Luego, fui desplazando mi atención hacia aspectos más generales de las vidas de las mujeres, atendiendo a actividades que ellas realizaban en espacios domésticos y a su involucramiento en agrupaciones políticas. La observación participante me permitió conocer la trama de relaciones construidas cotidianamente por las mujeres, así como los sentidos que ellas otorgaban a sus prácticas cotidianas.

¹⁶ Fuente: Facebook Ellas Hacen Moreno. Fecha de consulta: 04 de diciembre de 2014

Estructura de la tesis

Esta tesis se estructura en tres capítulos a partir de los que desarrollo el desplazamiento de una mirada centrada mayormente en la cooperativa o el programa, hacia la atención puesta en las vidas de las mujeres definidas como “beneficiarias”, atendiendo a cómo se producen prácticas colectivas que redefinen y trascienden el contenido del programa. En el primer capítulo, me pregunto por la forma en que la cooperativa se actualiza y cobra contenido en las experiencias cotidianas de las mujeres. En primer lugar, reconstruyo algunos aspectos de cómo la legislación que regula las reglas es puesta en tensión desde las prácticas de algunos funcionarios estatales. A partir del desplazamiento de mi mirada desde las experiencias cotidianas de las mujeres en los espacios de capacitación promovidos por el programa hacia aspectos más generales de sus vidas, intento mostrar que la cooperativa es vivida por sus integrantes como un espacio de encuentro, en el cual intercambiar problemas, información, consejos. Por último, destaco la construcción que las mujeres hacen de su experiencia en la cooperativa como una oportunidad para “aprovechar” e ir “más allá”, estableciendo vínculos que dinamizan la proyección de horizontes de formación, de trabajo e involucramiento político

En el segundo capítulo, me centro en la forma en que estas mujeres reconstruyen la obligatoriedad de asistencia a las capacitaciones, movilizando formas de entender el “compromiso” y la “participación”. En un primer apartado, me detengo sobre los desencuentros y “enojos” que se generan entre las mujeres a partir de las inasistencias de sus compañeras, atendiendo a la forma en que se producen debates y se construyen acuerdos acerca de qué situaciones “justifican” las faltas. Por último, pongo el foco en la forma en que las mujeres que asisten regularmente a los talleres y actividades dan sentido a su “participación” como un espacio que al mismo tiempo que es obligatorio, implica la afirmación de un espacio propio por fuera del hogar. Desarrollaré la forma en que estos debates en torno a la “participación” derivaron para muchas mujeres en reflexiones acerca de las relaciones de género en la vida familiar.

En el tercer capítulo, analizo el modo en que “cumplir” con las actividades del programa se entrecruza con las responsabilidades que estas mujeres tienen como madres y cuidadoras. En un primer momento, desarrollo la forma en que los esfuerzos cotidianos vinculados a estudiar, asistir a reuniones y participar de capacitaciones implican la realización en simultáneo de otras actividades vinculadas al cuidado. Luego, me detengo en el análisis de la forma en que las mujeres se replantean las modalidades en que se distribuyen las tareas en el hogar, las imágenes de género que se reproducen mediante la educación y las decisiones en torno a la reproducción.

Capítulo 1: “Los jueves tenemos cooperativa” Compartir los problemas, meterse en política.

Introducción

En septiembre de 2014, Pablo, un funcionario del MDSN, me recibió en su oficina. Llegué a él por medio de Carolina, una ex compañera de trabajo del INAES. Yo estaba por comenzar mi trabajo de campo y ella me había dicho que Pablo podía ayudarme a conocer más sobre el programa Ellas Hacen ya que tenía a su cargo la coordinación de una parte de las capacitaciones llevadas adelante en el marco de dicha política. Eran alrededor de las 14 Hs. y, luego de anunciarme en la recepción, Pablo me hizo pasar a una oficina pequeña situada en un piso alto del edificio que el Ministerio ocupa en la calle Belgrano de la Ciudad de Buenos Aires. Era un espacio reducido que contaba apenas con un escritorio donde había una computadora portátil y una biblioteca con carpetas y cuadernillos de formación. Sobre las paredes colgaban fotos de Eva Duarte, Juan Domingo Perón, Cristina Fernández y Néstor Kirchner. Conversamos durante alrededor de una hora. Pablo me manifestó su interés en la producción de conocimiento “sobre las políticas”. Quiso saber, no sólo cuáles eran mis preguntas de investigación, sino también cuáles consideraba yo que eran los debates que en las ciencias sociales se estaban dando alrededor de las políticas destinadas a la “economía social”. Él era graduado de la carrera en Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires y estaba cursando una maestría en Investigación social en la misma universidad. De este modo, si bien se consideraba “un poco alejado del mundo académico”, las discusiones de las Ciencias Sociales no le eran ajenas. Cuando le pregunté en qué consistía su trabajo, me dijo que en ese momento estaban ocupándose, entre otras cosas, de formar a “las compañeras que están en el programa” en oficios y distintas temáticas vinculadas a “la ciudadanía, los derechos y la organización popular”. Entre marzo y julio de 2014 habían llevado adelante en La Plata y General Rodríguez una especie de experiencia piloto de ciclos de formación que luego se replicaron en todo el conurbano bonaerense y algunas provincias del interior, bajo el nombre de “Género y Proyectos de País”. Las capacitaciones constituían un paso previo a que las

cooperativas tengan tareas asignadas como un equipo de trabajo. Entre otras cosas, me dijo, se trataba de “que las compañeras se sintieran escuchadas, incluidas”:

- Trabajamos con la cuestión de la grupalidad. Encaramos el cooperativismo, pero no desde lo legal y técnico, sino desde los valores y como una forma de organización. También trabajamos con la historia de las mujeres, pero nos interesaba, no poner el foco el foco en las Grandes Mujeres, sino en experiencias de organización de mujeres.

Me fui de la oficina con un conjunto de cuadernillos de formación que habían inspirado la planificación de algunas de las capacitaciones. Para Pablo y para muchos de los funcionarios estatales con los que tuve la oportunidad de hablar, las cooperativas creadas en el marco de programas sociales eran importantes en tanto promovían “una forma de inclusión”. El fomento de la “grupalidad” parecía ser un aspecto central en la construcción de dicha “inclusión”. Más allá del trabajo, de la formación en oficios e incluso del ingreso monetario mensual que recibían las integrantes de las cooperativas, dichas entidades parecían cobrar relevancia en tanto buscaban fomentar en “una forma de organización” y de ciudadanía que era vista como un aspecto clave a la hora de “incluir poblaciones vulnerables”.

Tanto durante mi trabajo de campo como cuando trabajaba como funcionaria del INAES, escuché muchas veces a distintas personas vinculadas a la implementación del Argentina Trabaja y el Ellas Hacen establecer distinciones entre las cooperativas “tradicionales” y las “de los programas sociales”. Entre las primeras, se encontraban las entidades que se habían conformado debido a la “asociación autónoma de personas que se unían para afrontar una necesidad”. En contraposición, en el caso de las segundas, su creación había sido fomentada por la implementación de políticas estatales. Desde el lenguaje de las políticas del MDSN, dichas cooperativas eran definidas como “cooperativas protegidas”, para las cuales se diseñaron un conjunto de líneas de intervención específicas.¹⁷

¹⁷ Dentro de la estructura interna del MDSN se crearon dos direcciones destinadas específicamente a estas cooperativas: la Dirección Nacional de Gestión de Cooperativas Protegidas y la Dirección Nacional de Formación de Cooperativas Protegidas. Además, durante el año 2015, se estuvieron desarrollando distintos Foros para debatir un proyecto de Ley

Los procesos de conformación de cooperativas de trabajo en el marco de políticas sociales han sido objeto de análisis de diversos estudios provenientes de las ciencias sociales. Un conjunto de trabajos ha abordado dichas formas de intervención del Estado señalando rupturas y continuidades con décadas previas, destacando que a partir del 2003 se diseñaron políticas sociales contrapuestas a las políticas “asistencialistas” o “compensatorias” de los años 90 (Hintze, 2007; Vuotto, 2008; Grassi, 2012) que pusieron el foco en la generación de empleo a través del fomento de proyectos socio productivos y la “economía social” (Hopp, 2013). Desde estos interrogantes, se han analizado las tensiones entre dinámicas de ruptura y continuidad con las lógicas neoliberales (Guimenez y Hopp, 2011), señalando algunos obstáculos que el programa de Ingreso Social con trabajo enfrentó para la consolidación de alternativas de trabajo sostenibles, como la falta de instancias de auto organización del trabajo, la dependencia económica del Estado (Hopp y Frega, 2012, Hopp, 2015) y la imposibilidad de habilitar la emergencia de una identidad colectiva vinculada al trabajo asociativo (Hopp, 2013). Desde un enfoque crítico hacia dichas políticas, se ha señalado que éstas confirman la existencia de una forma estática de regulación de la cuestión social en Argentina (Lo Vuolo, 2010) que distorsiona la figura y prácticas de la cooperativa de trabajo (Arcidiacono, Kalpschtrej, Bermúdez, 2014), presenta continuidades con el enfoque de la empleabilidad que guiaba las políticas de empleo transitorio durante la década de los 90 (Levy y Bermúdez, 2012) y acaba emparentando las prácticas de autogestión con el “empresedorismo” que incentiva la responsabilidad individual de los sujetos frente a situaciones de vulnerabilidad (Rodríguez y Ciolli, 2011). Estos trabajos han permitido pensar los límites y potencialidades

Federal de Economía Solidaria. En el ante proyecto propuesto por el INAES, se preveían regímenes especiales de beneficios previsionales, fiscales, crediticios, y de ingreso al mercado para estas “entidades protegidas”, creadas con el apoyo de programas estatales y realizan actividades de “promoción del empleo digno” en base a la “inclusión social solidaria”. Fuente: <http://www.leyeconomiassocialeysolidaria.info/#!/-el-pre-proyecto> Fecha de consulta: 11 de agosto de 2015

La creación de estas entidades fue posible gracias a la resolución 3026/06 que considera la necesidad de “instrumentar un procedimiento especial para el rápido despacho interno de los expedientes de constitución de cooperativas de trabajo en el marco de programas sociales”. Sólo es posible inscribir en el Registro Nacional de Cooperativas por medio de dicha resolución, a aquellas entidades que tengan asegurada la fuente de financiación a partir de los organismos ejecutores de los programas sociales

de estas políticas, analizando rupturas y continuidades con aquellas desarrolladas durante la década del 90 y evaluando sus alcances

Los procesos de diseño y puesta en práctica de políticas públicas han merecido el interés de distintos estudios antropológicos. Estas contribuciones permitieron pensar los modos en que las políticas crean identidades, configurando problemas y subjetividades (Shore y Wright, 1997; Gil Araujo, 2010). Se ha puesto el foco en las formas- a menudo ambiguas y disputadas- en que éstas son recibidas y experimentadas por quienes se ven afectados por ellas (Shore, 2010), subrayando la importancia de atender a las relaciones que se establecen entre gobernantes y gobernados (Franzé Mundano, 2013). La atención a las interacciones cotidianas entre ciudadanos y funcionarios estatales ha permitido resaltar que en la gestión estatal, se ponen en juego no solo dimensiones técnicas y políticas, sino también relaciones de afecto y sociabilidad (Lynch Cisneros 2012).

En este capítulo, intentaré aportar a estos interrogantes, recuperando una serie de estudios que han contribuido en abordar a las políticas del Estado atendiendo a las prácticas cotidianas de quienes participan en ellas y discutiendo enfoques normativos sobre las relaciones entre Estado y sectores populares (Grimberg, Fernández Álvarez, Carvalho Rosa, 2009). Se ha prestado especial atención a los modos en que programas estatales se gestionan colectivamente, poniendo el foco en las iniciativas que se desarrollan dentro de los marcos que éstos imponen y en la operatoria de mecanismos de control, apropiación y niveles de autonomía (Manzano, 2013). Desde esta perspectiva, se ha focalizado en las interacciones establecidas entre acciones estatales y prácticas de movilización social (Fernández Álvarez y Manzano, 2007), destacando que si las acciones estatales configuran los límites posibles dentro de los cuales las personas demandan y se movilizan, los procesos de movilización también promueven la apertura de espacios de disputa desde los cuales se reorientan las políticas estatales (Fernández Álvarez, 2010). En relación específica a estas políticas, Fernández Álvarez (2014) ha propuesto trascender las miradas que oponen entre experiencias impulsadas por programas sociales- vistas como “desde arriba”- a otras que corresponden a prácticas definidas como “de base” cuyo surgimiento suele ser entendido

a partir de la búsqueda voluntaria de asociatividad de quienes las integran. La propuesta invita a reconstruir las formas concretas en que el Estado se encuentra con las poblaciones, específicamente cuando estas forman parte de organizaciones colectivas (Fernández Álvarez, 2014). La autora propone problematizar esta dicotomía entre prácticas “desde arriba” y “desde abajo”, advirtiendo que construir dicha contraposición suele habilitar lecturas valorativas de estos procesos. En pos de tomar distancia de ciertos enfoques normativos puestos en juego a la hora de analizar prácticas de política colectiva, Fernández Álvarez ha propuesto interrogar a las cooperativas como categorías de la práctica, evitando su conceptualización en tanto objetos con contornos fijos, definidas a partir de una serie de principios abstractos como la horizontalidad, la solidaridad y la igualdad. Desde esta perspectiva, la cooperativa es más bien “un horizonte, un proyecto a menudo conflictivo que se define, negocia y tensiona en el día a día” (2015b: 12). Por último, en este capítulo recupero una propuesta analítica que invita a pensar a las leyes de Estado como pronunciamientos que posibilitan la formación de espacios abiertos donde los actores sociales logran avanzar sus propios proyectos locales (Poole, 2012). Según la autora, la fuerza de la ley radica en que ésta regula pero no sanciona la manera en que la gente implementa o interpreta el contenido específico de las formas jurídicas, llamando la atención hacia la creatividad con que los actores sociales manejan los lenguajes técnicos con que el estado busca imponer sus visiones.

Siguiendo estas propuestas analíticas, en este capítulo me propongo explorar las distintas formas en que la categoría de “cooperativa” se actualiza en las prácticas cotidianas de “beneficiarias” del Programa Ellas Hacen. Por un lado, reconstruiré la forma en que durante la constitución de estas cooperativas, funcionarios/as y “beneficiarias” interpretan creativamente (Poole, 2012) algunos aspectos que se incluyen en la legislación vigente. Por otro, reflexionaré acerca del modo en que las mujeres inscriptas en el programa movilizan esta categoría, asociándola a un momento de encuentro con otras mujeres en el contexto de los espacios de formación que promueve el programa. Para concluir, reconstruiré la forma en que para algunas de sus integrantes, las experiencias cotidianas en las

cooperativas promovieron el involucramiento en actividades consideradas “políticas” que pasaron a adquirir un lugar central en sus vidas cotidianas.

Cooperativas “protegidas”

Una de las condiciones que deben cumplir las mujeres para mantenerse como “beneficiarias” del programa Ellas Hacen es conformar cooperativas de trabajo compuestas por aproximadamente 30 integrantes. Para concretar la constitución de las entidades, se realizaron “operativos” en los que participaron funcionarios del INAES y del MDSN. En estos “operativos”, los “capacitadores” del INAES explicaban qué era una cooperativa de trabajo, cuáles eran los derechos de los asociados y qué rol ocupaba cada puesto dentro del consejo de administración y la sindicatura.¹⁸ Se trataba de una capacitación que introducía a la “asamblea constitutiva”¹⁹ y cuyos contenidos serían luego profundizados en otras instancias de formación previstas para las integrantes de las cooperativas. Como “facilitadora territorial” del INAES, tuve la oportunidad de acompañar algunas de estas jornadas, que se realizaron entre Marzo y Diciembre de 2014 y tuvieron lugar en clubes de barrio, sociedades de fomento o centros comunitarios.

La mayoría de las veces eran espacios amplios como canchas o salones en donde se convocaba a un gran número de “beneficiarias” que se dividían según barrios o comisión en la que cursaban sus estudios secundarios. Es así que era frecuente que las cooperativas se conformasen por personas que ya se conocían por ser “compañeras de comisión” y/o vecinas del barrio. En la mayor parte de las veces, la inscripción al programa se había realizado aproximadamente un año antes cuando, luego de que éste sea anunciado en

¹⁸ Según dispone la ley N° 20.337, la estructura interna de las cooperativas debe estar conformada por tres órganos: la asamblea (en donde se expresan los votos de todos los asociados), el consejo de administración (que ejerce la función de administrar y dirigir las operaciones de la cooperativa y está compuesto por presidente, secretario/a, tesoroero/a y dos vocales suplentes) y la sindicatura (que fiscaliza las actividades del consejo de administración y está compuesto por un síndico/a titular y un/a suplente). Estos dos últimos órganos son elegidos por todos los asociados durante la asamblea.

¹⁹ La asamblea constituía es el “acto fundacional” de las cooperativas. En ella, los socios fundadores eligen, entre otras cosas a los miembros del consejo de administración y la sindicatura. Fuente: Ley 20.337. Artículo 7.

cadena nacional²⁰, se llevaron a cabo campañas de difusión que informaban acerca del mismo. Según me relataron, en estas campañas participaron no sólo funcionarios del MDSN, sino también, militantes de distintas agrupaciones políticas, que se ocuparon de repartir volantes e informar acerca del periodo de inscripción y las características del programa. Para realizar este paso, se debían elegir, mediante el voto a mano alzada a quiénes ocuparían los cargos del consejo de administración y la sindicatura. En las capacitaciones previas a la asamblea constitutiva se le daba especial importancia a la figura de la presidenta quien constituiría la “cara visible” de la cooperativa o el “vínculo” entre el resto de las asociadas y el MDSN: “Si hay que firmar un papel o hacer algún trámite, no pueden estar yendo todas ustedes a firmar cada vez, sino que va a ir la presidenta o la secretaria”, solíamos decir a modo de ejemplo.

Fue durante una de estas jornadas de trabajo que me relataron una situación que había ocurrido semanas previas, también en otro “operativo de conformación de cooperativas”. Ya se habían elegido las autoridades del Consejo y la Sindicatura y Martín, quien reconstruyó lo acontecido, estaba esperando que se imprimieran las actas constitutivas y estatutos que debían ser firmados. Un par de mujeres se le acercaron para preguntarle si faltaba mucho, porque la presidenta se tenía que retirar.

- Es necesario que ella se quede hasta el final, porque tiene que firmar las actas y deben firmarlas todas, presidenta, secretaria y tesorera, al mismo tiempo. Falta un poquito nomás.
- Ella se tiene que ir, está con salidas transitorias. Tiene que volver al penal.
- ¿Cómo? Mirá, tengo entendido que si está en esa situación, no puede ocupar un cargo. Dejame que averiguo- respondió Martín con cautela.

Martín recordó con alivio la precaución que lo llevó a relativizar su negativa y decir “tengo entendido que no”, en vez de un tajante “no”. Sus compañeras reaccionaron con

²⁰ El 13 de marzo de 2013, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner anunció en cadena nacional y durante un acto en Tecnópolis, el lanzamiento del programa “Ellas Hacen”, destinado a la “capacitación y empleo” de 100.000 mujeres.

decisión, ellas estaban convencidas de que habían elegido como presidenta a la persona más capacitada para el puesto y argumentaban que no dejarla ocupar el cargo sería discriminación. Martín me transmitió que se trató de un momento de mucha tensión. Si, por un lado debía considerar lo que disponía la Ley de cooperativas, entendía también que una de las prioridades del programa Ellas Hacen era garantizar la “inclusión social” de “poblaciones vulnerables”. En este sentido, que lo acusaran de cometer un acto “discriminatorio” parecía poner en duda la promoción de dicha “inclusión”. La posibilidad de estar ejerciendo dicha discriminación era algo que le preocupaba a Martín y probablemente lo incomodase a un nivel más personal, una disyuntiva que se le presentaba como difícil de resolver. Cuando describió lo acontecido, él puso énfasis en que la elección de la presidenta había sido realizada democráticamente en asamblea y se debía a que consideraban que era “la más capacitada”. Elegir los cargos de la cooperativa y poder ocuparlos era parte de los derechos de los asociados que, de algún modo, parecían ser puestos en tensión por la aplicación misma de la Ley de cooperativas.

Mientras Martín hablaba por teléfono con su jefe y le pedía asesoramiento sobre cómo proceder, una trabajadora del MDSN tomó su celular y descargó de internet la Ley de Cooperativas N° 20.337. En la normativa, se decía que todos los asociados podían ser elegidos como miembros del consejo, pero al mismo tiempo, el artículo N° 64 aclaraba más abajo:

“No pueden ser consejeros:

1º. Los fallidos por quiebra culpable o fraudulenta, hasta diez años después de su rehabilitación; los fallidos por quiebra casual o los concursados, hasta cinco años después de su rehabilitación; los directores o administradores de sociedad cuya conducta se calificare de culpable o fraudulenta, hasta diez años después de su rehabilitación;

2º. Los condenados con accesoria de inhabilitación de ejercer cargos públicos; los condenados por hurto, robo, defraudación, cohecho, emisión de cheques sin fondos, delitos contra la fe pública; los condenados por delitos cometidos en la constitución, funcionamiento y liquidación de sociedades. En todos los casos hasta diez años después de cumplida la condena”

La mujer que había sido electa como presidenta tomó el celular y leyó ella misma el artículo en cuestión: “¡Yo no estoy procesada por ninguno de estos motivos!”, exclamó.

Al reconstruir lo acontecido aquella mañana, Martín reconoció que en concreto él carecía de medios para confirmar cuáles eran las causas que la habían llevado al sistema penitenciario. Sin embargo, reflexionó, tampoco hubiera sabido que estaba en libertad condicional sino se lo hubieran dicho. El programa no pedía certificado de antecedentes penales ni para inscribir a sus “beneficiarias”, ni para formar la cooperativa. La lectura de la ley logró aliviar la tensión de la jornada. Todos coincidieron en que la mujer que estaba en libertad condicional podría ocupar su cargo como presidenta.

Esta situación me resultó de gran importancia para pensar la forma en que, en las prácticas de funcionarios estatales y “beneficiarias”, se redefinen y negocian los alcances de la legislación. Debora Poole (2012) ha llamado la atención acerca de la forma en que el significado de las leyes es debatido e interpretado por la gente y cómo los actores sociales toman el espacio abierto producido por las ambigüedades e incertidumbres de los marcos normativos. En la situación que reconstruí más arriba, los funcionarios y las “beneficiarias” se ocuparon de apropiarse creativamente de la legislación, interpretando su significado. El acontecimiento nos permite visualizar que los modos en que el Estado regula la conformación de cooperativas de trabajo no se hallan definidos de antemano, de un modo estático y limitado a la mera aplicación de la legislación vigente. Fue preciso leer y releer las leyes, interpretar sus ambigüedades y buscar en ellas un espacio abierto que permitiese darle lugar a la elección que habían realizado las integrantes de la cooperativa. El acto mismo de omitir una mayor indagación acerca de los motivos que habían llevado a la mujer electa como presidenta a estar en libertad condicional, puede interpretarse como una de las formas en las que los/as funcionarios/as negociaban los alcances de la legislación vigente.

En este apartado, exploré algunos aspectos acerca de cómo la legislación que regula a las cooperativas de trabajo es puesta en práctica en el día a día de la implementación de

un programa social. La reconstrucción de una situación acontecida durante un “operativo” de conformación de cooperativas, me permitió mostrar el modo en que el alcance y significado de la legislación se define en las prácticas cotidianas de funcionarios estatales y “beneficiarias”. En el siguiente apartado, profundizaré en este planteo a partir de la reconstrucción de la forma en que los alcances de la cooperativa se actualizan en un espacio de capacitación del cual participan las mujeres inscriptas en el programa Ellas Hacen.

“Los jueves tenemos cooperativa”: “Mujeres Valientes” en Tres de Febrero

El día que asistí por primera vez a la cooperativa “Mujeres Valientes”, la vi a Carla, una de sus integrantes, sentada en el asiento de acompañante de un auto estacionado. Ella tenía en ese momento 25 años de edad y tres hijos de entre 6, 4 y 2 años. Su marido estaba sentado junto a ella y discutían. Me pareció percibir que ella lloraba y se reía al mismo tiempo. Tenía la vista puesta un poco en la calle y un poco en sus compañeras que también la miraban desde lejos, paradas en la vereda. Un rato después, Carla bajó del auto y se unió al resto de las chicas que conversaban. Eran casi las nueve de la mañana de un jueves de noviembre de 2014. Cuando Carla se bajó del auto, saludó a las demás y entraron al Club atravesando un gran salón que en ese momento estaba siendo remodelado. Todas comentaron con entusiasmo que estaba quedando muy lindo y rememoraron inmediatamente el estado deteriorado en el que éste se encontraba unos meses atrás.

Allí asistían semanalmente a un espacio de formación promovido por el programa. Sin embargo, el Club no era un lugar desconocido para ellas. En ese mismo salón, se solían celebrar *baby showers*, bautismos, fiestas de 15 y de 18 de jóvenes del barrio. Algunas llevaban a sus hijos a clases de boxeo en esa misma institución. Desde agosto de ese año, a las actividades habituales que desarrollaban el Club se le había sumado una nueva: los jueves a la mañana “había cooperativa”. Como comprendí un tiempo después, lo que ellas llamaban cooperativa era el momento y lugar precisos donde se realizaban los talleres de “Género y Proyectos de País”. Esa mañana de noviembre en que asistí por primera vez a las capacitaciones, llegué unos quince minutos

antes de las nueve y pude ir viendo a las mujeres reunirse en la puerta del club, conversar de distintos temas e intercambiar opiniones, en medio de un clima amistoso y animado.

“Mujeres Valientes” es una cooperativa conformada en el marco del programa Ellas Hacen en el distrito de Tres de Febrero. Está integrada por alrededor de 30 mujeres de entre 23 y 55 años. Al momento de conformar la cooperativa, varias de sus integrantes ya se conocían por estar cursando juntas sus estudios secundarios. Cuando tuvieron que elegir presidenta, votaron a quien consideraban que era la que siempre “trasmitía información y organizaba las cosas” en la escuela. Esa persona era Mariela y fue con quien primero me contacté para comenzar a realizar mi trabajo de campo en la cooperativa. Había sido nuevamente una ex compañera de trabajo del INAES quién me había pasado su contacto cuando le pedí ayuda para avanzar en la investigación de mi tesis. Mariela era la mujer de su primo y había ingresado al programa Ellas Hacen cuando éste fue lanzado a principios de 2013. En una cafetería cercana a la estación de trenes de Martín Coronado conversamos por primera vez personalmente, apenas unos días antes mi primera visita a la cooperativa.

Mariela tenía en ese momento 33 años y tres hijos de 14, 12 y 8 años. Su marido integraba una cooperativa del “Argentina Trabaja” y, según me dijo, eso le había dado un mayor conocimiento e interés acerca del funcionamiento del programa y de algunos trámites administrativos vinculados a él. En nuestra primera conversación le conté en qué consistiría mi trabajo y le manifesté interés en acompañar algunas de sus actividades. Ella me dijo que el programa le resultaba una “linda experiencia”, principalmente porque la había puesto en relación con muchas otras mujeres. Según ella, conocer sus vidas, sus problemas, escucharlas e intentar ayudar, le había “cambiado la cabeza”. Además, me dijo que si bien muchas de “las chicas” que integran la cooperativa se conocían “de vista” por habitar barrios vecinos, era a partir del programa que habían comenzado a “llevarse”.

- Por ejemplo hay dos chicas que eran cuñadas y no se hablaban más porque el marido de una se había peleado con el de la otra. Terminaron las dos en la misma

cooperativa y se empezaron a llevar bien. Se dieron cuenta que no había problema entre ellas.

Mariela me relató las actividades que venían realizando: habían hecho un curso de plomería, estaban finalizando sus estudios de nivel secundario en el Plan FinEs²¹ y tenían “talleres de género”. Para estudiar en el FinEs, las mujeres habían sido distribuidas en 1er, 2do o 3er año, según el nivel de estudios alcanzados previamente. De esta manera, el FinEs no representaba un espacio de reunión de todas las integrantes de la cooperativa. “El día que nos reunimos todas es el jueves, que tenemos cooperativa”, me explicó.

Los jueves era el día en que se desarrollaban los “talleres de género”, a los que Mariela y las demás se referían como “la cooperativa”. El nombre completo de estas capacitaciones era “Género y proyectos de país” y se trataba del mismo ciclo de formación del cual me había hablado Pablo al recibirme en su oficina del MDSN algunos meses atrás. Mientras conversábamos, Mariela hizo una pausa repentina para hacerme una advertencia, como si considerara necesario prevenirme acerca de algo importante:

- Lo que a las chicas no les gusta es hablar de política. No quieren saber nada. Porque nos pasó en el Fines, que todas las materias se iban para el lado de la política. Teníamos literatura, se iba para el lado de la política. Historia, se iba para la política. Hasta matemática se iba para lo político porque era como una matemática orientada a la economía familiar... Entonces las chicas decían “Otra vez estamos hablando de política”

Sus palabras fueron firmes y enfáticas. Pensé que en ellas se sintetizaba algo importante, no sólo de cómo ella pensaba a sus compañeras, sino también de lo que creía que yo podía esperar. Luego de su aclaración, seguimos conversando y Mariela me invitó a asistir el siguiente jueves a las capacitaciones en donde se reunían todas las integrantes de la cooperativa. Me indicó el número de teléfono de la tallerista, quien estuvo de acuerdo en que me acercase cuando le comunicué mis intereses.

²¹ Plan de Finalización de Estudios Secundarios. Ver nota al pie número 11 (Introducción)

A partir de ese día, comencé a asistir todos los jueves a las capacitaciones, que la cooperativa de Mariela compartía con otra cooperativa del programa. Durante 8 meses, me incorporé a su ronda de mates y pude compartir la dinámica cotidiana de ese espacio. Habitualmente, Marta sacaba de una bolsa de plástico un termo y un mate que empezaba a circular de mano en mano. No faltaban las “cuadradas de grasa” que Brenda compraba en una panadería cerca de su casa. Las conversaciones se desenvolvían la mayoría de las veces casi sin pausas, las voces de unas se superponían con las de las otras y se mezclaban con algunas carcajadas. Parecía que algunas de ellas esperaban ese momento para compartir experiencias y así se intercalaban chistes, informaciones sobre trámites, se narraban discusiones familiares, “problemas con los maridos”, salidas del fin de semana, chismes del barrio y un sinnúmero de otras cuestiones. Este intercambio, que sucedía antes de que llegara el/la tallerista, parecía ser igual o más importante que el contenido mismo del taller, habitualmente orientado a reflexionar sobre temáticas vinculadas al Género y la Economía Social. Marta, que era junto a Rosa la mayor de las mujeres, solía inaugurar las bromas subidas de tono y cuando eso sucedía, Jazmín, una de las más jóvenes, no podía más que redoblar la apuesta. En el mismo acto, se solían compartir historias de romances pasados y presentes y se planificaban salidas “a bailar” que muchas veces eran difíciles de concretar.

Por un lado, asistir a los talleres era un requisito obligatorio para las “beneficiarias” y las mujeres manifestaron su molestia al observar que algunas de sus compañeras “faltasen sin justificativo” a las capacitaciones. Sin embargo, ellas expresaban de forma recurrente que, además de un espacio obligatorio, los talleres de los jueves constituían un momento de “despeje” y “diversión”. Un día, mientras estábamos tomando mate al sol de la mañana, una de las chicas preguntó si alguien había traído galletitas o “algo para compartir”.

- Sí, yo traje, ¡¡un montón de problemas!!- respondió Sandra mientras todas reían- ¿Querés de los nuevos, los más calentitos? Tengo sino otros que ya están más viejos.

Fui observando que “compartir los problemas era un aspecto central en la construcción cotidiana de la cooperativa. En el intercambio del día a día se intercalaban chistes y anécdotas personales con pedidos de ayuda y consejos. Muchas veces, como esa primera mañana había sucedido con Carla que ingresó al club luego de discutir con su marido, se relataban conflictos que se habían tenido en el hogar y se compartían consejos acerca de cómo lidiar con ellos. Este espacio de encuentro e intercambio no se limitaba únicamente al momento y lugar de las capacitaciones. En muchas oportunidades, se prolongaba por fuera del taller, tomando mate en alguna casa o simplemente “paseando” por el barrio y “haciendo tiempo” hasta que se hiciera la hora de retirar a sus hijos del colegio.

Un día, a la salida de uno de los talleres, emprendí caminata con varias mujeres hacía el barrio en el que vivían algunas de ellas. Caminaba junto a Mónica y, para no interrumpir una conversación que estábamos teniendo, la acompañé primero a un hospital situado a pocas cuadras de donde se realizaban las capacitaciones. Mónica tenía entonces 36 años de edad y estaba embarazada de su cuarta hija. Sus hijos mayores tenían 19, 16 y 9 años. Rosa entró con nosotras. Cuando salimos del hospital, Mónica nos propuso que la acompañásemos a una salita situada más cerca de su casa. Tenía que averiguar para hacerse otro estudio que no estaba disponible en el Hospital. El paseo culminó tomando unos mates en su casa. Mientras mirábamos la tele, Rosa contó que durante el fin de semana, se había ido a dormir a la casa de unos familiares, porque había tenido “problemas con su marido”. Dijo que la situación estaba muy complicada pero que “no se iba por sus hijos” y porque el terreno era de él pero ella había invertido mucho para construir su casa.

A partir de ese día, se volvió común que yo me quedase “haciendo tiempo” con ellas luego de las capacitaciones. Durante esos paseos y mientras tomábamos mates o las acompañaba a realizar trámites, comencé a participar de conversaciones en las que se compartían aspectos más íntimos de las vidas personales, que muchas veces se vinculaban a las idas y vueltas de sus relaciones de pareja, situaciones de violencia o a conflictos con sus hijos/as. Me transmitieron preocupaciones, tristezas y alegrías y yo hice lo mismo con algunos aspectos de mi vida: con quién vivía, cómo me llevaba con mi familia, qué

acostumbraba cocinar para la cena. Así, algunas cuestiones que eran mencionadas durante las capacitaciones como al pasar, en forma de chiste y hasta con cierta ironía, fueron abordadas en conversaciones más íntimas. De forma recurrente, estos intercambios me llevaron a conocer con más profundidad las situaciones de violencia de género en sus vínculos de pareja. Muchas veces se compartían los conflictos y peleas y era frecuente que las mujeres recurran a las casas de otras compañeras de su cooperativa cuando necesitaban irse de sus hogares.

Un día, Carla me contó que había estado albergando en su departamento a Sandra y a sus hijas, luego de que ella había decidido irse un tiempo de su casa luego de un comportamiento violento por parte de su marido. Mientras tomábamos mate en su casa y su hija más chica iba y venía desparramando juguetes por la mesa en la que estábamos sentadas, reflexionó:

- A Sandra todas las amigas que tenía ya no le dan bola, a mí me pasa lo mismo. Porque vos pedís ayuda cuando estás mal y después no te entienden por qué volvés [con su marido]. En cambio con Sandra nos entendimos desde el principio. Un día, cuando no hacía mucho que habíamos empezado en la cooperativa, yo estaba triste porque estaba mal con mi marido y no tenía un mango. Ella casi no me conocía y me ayudó. Me prestó plata.

Sandra y Carla se entendían. Las dos con hijos pequeños y atravesando situaciones de violencia de género, fueron construyendo un vínculo de confianza que permitió que esa noche fría de mayo, Sandra apareciera en la puerta de la casa de Carla con una olla de guiso a medio hacer y su hija recién nacida cubierta en frazadas. El vínculo que permitía que sin mediar explicaciones, Carla se apretara con sus hijos y su marido en una sola cama y le dejara a ella los colchones de sus hijos, asegurándole que podía quedarse por el tiempo que quería. Los vínculos establecidos en la cooperativa iban configurando redes de confianza, lugares y personas a los que recurrir en momentos de dificultades.

Un sábado a la mañana amanecí con un mensaje de texto que Mónica me había enviado el viernes a la noche: “Hola Flor disculpá la hora pero estoy medio bajón y necesitaba hablar con alguien”. Le respondí el mensaje y luego hablamos por teléfono. En la conversación, ella me dijo que se había angustiado mucho durante la noche, “no paraba de pensar” y se ponía muy triste. En ese momento, Mónica estaba embarazada de tres meses y su pareja iba y venía de su casa. Me comentó que eso “la hacía renegar mucho”. Le molestaba no contar con su acompañamiento. La situación empeoraba porque, debido a problemas de salud relacionados con su embarazo, había tenido que suspender su trabajo como empleada doméstica en casas de familia. Tenía menos dinero y más tiempo libre “para pensar”.

- Yo espero toda la semana a que sea jueves e ir a la cooperativa...Para ver a las chicas, estar con ellas, me divierto, me desconecto. Es un momento para mí- me dijo Mónica antes de cortar el teléfono.

Me encontré yo misma diciéndole que se concentre en la gente que tiene, en los que la quieren y están cerca de ella que son los que valen la pena. Por un lado, esa conversación telefónica me hizo comprender la importancia que tenían para ella los vínculos establecidos con las compañeras de su cooperativa, especialmente en ese momento particular de su vida. De alguna manera, Mónica me estaba dando un lugar en esos vínculos al elegirme para hablar en un momento “de bajón”. Las palabras que ella dijo antes de cortar el teléfono, quedaron resonando en mi cabeza. Su forma de vivenciar la cooperativa me obligaba a poner el foco en algo que iba más allá de las posibilidades de construir alternativas laborales o incluso formativas. Los afectos, la diversión, el despeje se ponían en primer plano, reclamaban atención analítica. Habían pasado aproximadamente seis meses desde el inicio de mi trabajo de campo y ese periodo de tiempo me había permitido estrechar vínculos con algunas de las integrantes de la cooperativa. Además, el foco de mi atención se había ido desplazado desde un énfasis inicial puesto en las actividades “del programa”, como las capacitaciones, reuniones, jornadas; hacia un interés por compartir otros espacios de las vidas de quienes eran definidas como sus “beneficiarias”. Así, tras participar de algunas actividades cotidianas en sus hogares y barrios; pude comprender

otras aristas que me permitían comprender el modo en que la cooperativa era vivenciada para sus integrantes. Estas consideraciones me llevaron a repensar mi propia forma de entender a las cooperativas, que tendía a definir las como una entidad con un objeto social específico o una finalidad productiva.

Los jueves de 9 a 11, las integrantes de Mujeres Valientes tomaban mate con galletitas, hablaban de sus vidas personales, se daban consejos. En ese espacio de encuentro se construía “la cooperativa”. Se trataba de un momento y un lugar en el que establecieron relaciones que no existían de ante mano, que se produjeron durante el acontecer mismo de ese tiempo compartido, a partir de la puesta en común de problemas y ayudas. Compartir, no sólo mates y galletitas, sino también problemas; era lo que le daba contenido a la cooperativa. Pero no se trataba únicamente de lo que sucedía durante el tiempo que las reunía para una capacitación. Como había expresado Mónica, la cooperativa era algo que “se esperaba toda la semana”. En ese mientras tanto que mediaba entre cada jueves, tener alguien a quien llamar, una casa que visitar, o con quien tomar mate, resultaban aspectos de relevancia para las integrantes de las cooperativas. Estas consideraciones me fueron movilizándolo a interrogarme acerca del modo en que las experiencias en el programa Ellas Hacen se inscribían en las vidas cotidianas de sus “beneficiarias”, atendiendo a lo que cobraba centralidad desde el punto de vista de las integrantes de las cooperativas.

Fui comprendiendo que buena parte de lo que quienes integraban Mujeres Valientes resaltaban como importante, se vinculaba a las posibilidades de construir un diálogo y un momento de contención con otras mujeres, un espacio por fuera del ámbito doméstico desde donde conversar aspectos de sus relaciones familiares, intercambiar consejos, compartir miedos, deseos, proyecciones a futuro. Esta consideración me permite dialogar con una serie de estudios que han venido analizando la participación de mujeres en experiencias de política colectiva, tales como los movimientos de desocupados. Como han señalado estos trabajos, el involucramiento en espacios de intercambio con otras mujeres ha permitido que ellas compartan y discutan inquietudes comunes, destacando la importancia de las vivencias subjetivas que se ponen en juego en este proceso (Cross y

Partenio, 2011). Se ha señalado que estos intercambios constituyen *prácticas de encuentro* que promueven la visibilización de distintas formas de violencia, la resignificación de sus trayectorias y la puesta en palabras problemas que aparecían confinados al ámbito privado (Partenio, 2011). El desarrollo de estos espacios de intercambio promueve entonces la construcción de una solidaridad entre mujeres que puede socavar y poner en tensión a la ideología de la armonía y complementariedad entre hombres y mujeres (Espinosa, 2013, 2015). Las integrantes de la cooperativa conversaban recurrentemente acerca de situaciones que acontecían “en sus casas”, intercambiaban consejos y se compartían los porvenires de las, a menudo conflictivas, relaciones con sus maridos. Durante ese tiempo compartido circulaban chismes, risas, anécdotas, se ponían en común temores y aprendizajes; se iban construyendo poco a poco, vínculos en los que era posible ir entretejiendo y comparando las propias historias. En sus relaciones cotidianas, ellas construían la posibilidad de conversar acerca de sus problemáticas y, a partir de esas charlas, percibir que no se trataba de asuntos aislados, vinculados únicamente al ámbito privado e individual. Si encontrar una resolución inmediata a las situaciones de violencia resultaba dificultoso, el acto de “hablar de los problemas” iba abriendo camino a pensar dichas circunstancias como compartidas. La violencia empezaba a ser pensada como un problema común, un objeto de reflexión que podía abordarse colectivamente. La posibilidad de entablar un diálogo acerca de asuntos que eran a priori considerados personales o íntimos constituyó algo importante para las integrantes de la cooperativa. Se trataba de una posibilidad que no existía desde un comienzo, que era necesario crear y recrear en los vínculos cotidianos y que hacía existir a la cooperativa como algo relevante para el acontecer de sus vidas.

“Ir más allá del plan”: Laura y Comunidad Organizada

A Laura la conocí en febrero de 2015. Ella es presidenta de una cooperativa del Ellas Hacén de Moreno y milita en una agrupación llamada Comunidad Organizada. Su ingreso a la militancia sucedió un tiempo después de inscribirse como “beneficiaria” del Ellas Hacén. Si bien se reconocía como una persona “que se movía” y desde hacía tiempo que tenía un lugar activo en instituciones religiosas y formaba parte de la cooperadora de la escuela a la

que asistían sus hijos/as, fue luego de ingresar al programa que ella estuvo por primera vez “metida en política”. En una de las primeras charlas a la que la invitaron como “beneficiaria”, escuchó a Beatriz, una funcionaria de la Dirección de la Mujer del Municipio. Apasionada, ella había hablado del “empoderamiento” de la mujer y había llamado a quienes tuvieran “problemas de violencia” o complicaciones para cobrar la asignación universal a acercarse a la Dirección. Laura, que en ese momento estaba tramitando el embargo de la asignación que cobraba su ex esposo, fue a hablarle. Si bien se acercó a ella principalmente para resolver “el tema de la asignación”, cuando fue a verla a la Dirección se le despertó un nuevo interés. Le resultó admirable la forma en que Beatriz y su equipo trabajaban asesorando a mujeres que sufrían violencia de género. La situación la tocaba de cerca porque ella misma había sufrido violencia por parte de su ex marido. Con el tiempo, empezó a proyectarse a sí misma trabajando en la Dirección y comenzó a afianzar el lazo con Beatriz, colaborando con ella para llevar “talleres de género” a distintos barrios.

Además, Laura conoció a Marcos, un coordinador territorial del programa. Fue junto a él que comenzaron a armar una agrupación política, que luego llamaron “Comunidad Organizada”. Marcos tenía en ese entonces 24 años y estudiaba derecho. Él había comenzado a militar cuando era adolescente y había pasado ya por varias agrupaciones políticas kirchneristas. Con el tiempo, Marcos fue comenzando a pensar en la posibilidad de armar, junto a otros compañeros una organización propia. Decía que hacer política no podía ser sólo pegar afiches y repartir boletas y se entusiasmaba cuando hablaba de organización popular. Durante 2014, Marcos trabajaba como “coordinador territorial” de las cooperativas de Ellas Hacen en el distrito. Había sido contratado por el MDSN y, como parte de sus funciones, se ocupaba de mantener reuniones semanales con las presidentas de las cooperativas. Coordinaba también la gestión de las capacitaciones y actividades a las que asistían las integrantes de las cooperativas. Su trabajo le gustaba porque consistía mayormente en “estar en el territorio”. Cuando a fines del 2014 el proyecto de armar su propia agrupación comenzó a tomar forma, algunas de las presidentas de las cooperativas del Ellas Hacen fueron las primeras en sumarse. “Comunidad Organizada” estuvo entonces integrada en un principio, por mujeres que estaban inscriptas en el Ellas Hacen y jóvenes

que habitaban en la zona del centro de Moreno, algunos de ellos graduados o estudiantes universitarios.

Laura fue una de “las presidentas” que se sumaron a militar con Marcos. En poco tiempo, ella se reconoció a sí misma como “referente” de su barrio. Su militancia y las “articulaciones” que establecía con funcionarios/as del Municipio, le permitieron saber “qué puerta golpear” cuando algún/a vecino/a o conocido/a necesitaba ayuda. Fue cada vez más frecuente que la identificaran en el barrio como una persona a quien pedirle asesoramiento ante necesidades. Gran parte de la militancia de Laura consistía en saber relacionarse con funcionarios estatales y referentes de otras organizaciones. Durante un año 2015 abarrotado de campañas electorales²², parte de la tarea consistía en “articular” y estrechar vínculos con otras organizaciones y agrupaciones políticas que formaban el amplio escenario del Frente Para la Victoria en el distrito. Dicho escenario se conformaba por una gran cantidad de agrupaciones de incidencia local, que tenían en común su apoyo a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner y su identificación con los símbolos e ideas del peronismo.

Fue a través de Marcos que tuve la oportunidad de reunirme con Laura por primera vez. Me había acercado a él en diciembre del año anterior, luego de recibir una invitación a una “Jornada de Debate” que se realizaba en el marco del programa en su distrito. En esa oportunidad, le había comentado mi interés de realizar una tesis sobre las experiencias cotidianas de mujeres inscriptas en el Ellas Hacen. En febrero volvimos a hablar y él me invitó a una jornada de formación política organizada por su agrupación, a la que asistirían “algunas presidentas”. Yo ya estaba en viaje hacia Moreno cuando se largó una repentina pero intensa lluvia de verano que hizo suspender la actividad: “No importa, te llevo a la casa de una compañera que es presidenta, para que la conozcas”, me dijo Marcos al encontrarlo en la estación

²² En el año 2015 se sucedieron en la provincia de Buenos Aires, tres elecciones en los meses de agosto, octubre y noviembre: las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias, las Elecciones generales y el Balotaje para presidente.

Laura vivía a unas treinta cuadras de la estación de Moreno. Entre mates y charlas, le comenté que me interesaba conocer su “día a día” en el programa. Le expliqué como pude los alcances de la metodología del trabajo de campo antropológico y le dije que desde hacía unos meses, tenía una beca que me permitía dedicarme durante tiempo completo a la realización de mi tesis. Ella me pasó a relatar las actividades que venían realizando en la cooperativa, resaltando sus pareceres acerca del mismo. Me dijo que a muchas mujeres el programa “les había cambiado mucho” y me empezó a enumerar algunos ejemplos del impacto que había tenido el Ellas Hacen en las vidas de sus compañeras. Entre los cambios mencionados por Laura, se encontraban el invertir en un emprendimiento comercial o productivo, comenzar a ir a la peluquería y hacerse un espacio para estudiar:

- Y yo digo que el plan hay que aprovecharlo. Porque ¿cuánto tiempo puede durar un plan? Al final, es como lo que vos tenés, como una beca. Lo que te queda es el aprendizaje, en algún momento se acaba y vos te quedás con lo que pudiste aprender.

Desde ese día, comencé a acompañar a Laura en distintas tareas cotidianas vinculadas tanto a su lugar como presidenta de cooperativa en el programa Ellas Hacen como a su militancia política. Fui con ella a movilizaciones, festivales para los chicos del barrio, actos políticos, capacitaciones en el marco del programa y reuniones con funcionarios estatales. Además, Laura me abrió con generosidad las puertas de su casa, donde compartimos almuerzos y mates por mañanas y tardes. Muchas veces, ella acudía a reuniones y movilizaciones acompañada por sus hijos/as, por lo cual acompañarla implicó enseguida relacionarme con ellos. En el momento que la conocí, ella tenía 36 años y tres hijos de 13, 11 y 9 años. Se encontraba conviviendo con René, su pareja hacía diez años y el padre de la menor de sus hijas. Laura se transformó enseguida en una interlocutora central para mi trabajo de campo. No tardó en interpelarme como mujer, interesarse en mis opiniones, posicionamientos políticos y horizontes de vida.

- Y a vos Flor... ¿Dónde te gustaría estar en unos años? ¿Cuáles son tus sueños?- podía preguntarme casi de la nada, con una habilidad para indagar en aspectos personales que muchas veces me dejaba pensando.

A través de distintas conversaciones informales, Laura me fue confiando de a poco, una parte importante de su trayectoria de vida. Ella misma se jactaba de sorprender con sus historias y experiencias. “Yo para todo tengo una historia”, solía decir. Supe que unos años antes de ingresar al programa, Laura había sufrido un accidente mientras colocaba el techo de su casa y se había golpeado fuertemente en la cabeza. El golpe había afectado su capacidad para concentrarse y su memoria y durante más de un año se había dedicado a rehabilitarse, encontrándose limitada para trabajar y/o estudiar. Su ingreso al programa Ellas Hacen, poco tiempo después de recibir el alta en su tratamiento, le había abierto las puertas nuevamente a realizar tareas de forma autónoma. “A mí, el programa me cambió la vida”, sintetizó un día que hablábamos del tema.

Como me había dicho la primera vez que conversamos, el programa era para Laura una “oportunidad a aprovechar”:

- Un programa de inclusión no es sólo que te dan plata y listo. Es para que vos estudies, para que después pases a otra cosa. Yo les digo a las chicas [sus compañeras de la cooperativa] que no se queden con cobrar y listo, que vayan más allá, que aprovechen, estudien, participen, que se metan. Porque es como la cooperadora de la escuela, está bueno participar. La portera cuando sabe que sos de la cooperadora no te cierra la puerta si llegás tarde, te ayudan. O cuando te vas a hacer el PAP en la salita, es gratis pero te piden que lleves un poco de lavandina, algo para colaborar. Y no es lo mismo si lo llevás que si no, no te tratan igual.

Para Laura, “aprovechar el plan” era “no quedarse”, “participar”, “ir más allá”. Ese “más allá” ella lo fue encontrando en un lugar que no había pensado anteriormente y que se vinculaba a la militancia política. Tanto ingresar al programa como comenzar a militar habían significado la posibilidad de hacer “algo para ella”. Esta voluntad explícita de construir y sostener “un espacio propio” era relevante para ella en gran parte debido a sus

experiencias previas. Laura solía decir que, luego de haber pasado por una situación de violencia con su ex marido, había reconocido la importancia de tener “sus espacios propios”.

El interés de Laura por trascender en su vida personal las propuestas del programa y proyectar otras perspectivas a futuro- como militar en una agrupación política y/o trabajar en el Municipio- encontraba continuidad en su insistencia para que sus compañeras también “aprovechen” las oportunidades. A menudo, ella expresaba que sentía la necesidad de contagiar a sus compañeras, para que vayan “más allá del plan”. Algunas de las integrantes de su cooperativa se habían ido sumando a acompañar actividades de la agrupación política en la que ella estaba militando. A otras mujeres, les insistía en que inviertan una parte de lo que cobraban por el programa y generen emprendimientos comerciales o productivo

- Un día las agarre a un par y les dije: “no tienen que gastarse toda la plata que les dan, la tienen que invertir”. Porque las chicas no se dan cuenta que el programa no es algo que te dan como un regalo. A una chica que se quejaba que no tenía, que no podía hacer mucho, le dije “vas a agarrar cuando te paguen, vas a comprar medias y las vas a revender acá en el colegio”. Me hizo caso y ahora tiene todo un local. A otra chica que me decía “yo no puedo trabajar, tengo bebes chiquitos”. Yo le dije “¿Tenés frízer? ¿Tenés lugar en tu casa?”. La acompañe a que compremos unos baldes de helado y los revenda acá. Ahora tiene un negocio re lindo.

Cuando Laura me dijo que ella le insistía a sus compañeras que vayan “más allá” del programa, pensé que esa expresión sintetizaba parte de sus experiencias y las de otras mujeres. Por un lado, ella estaba sosteniendo que “estar en el programa”, no era “cobrar y listo”: había que estudiar, capacitarse, asistir a los talleres y participar de las reuniones. Sin embargo, el punto de vista de Laura no expresaba sólo su interés por que sus compañeras “cumplieran” los requisitos que proponía el programa. Además de las actividades que el Ellas Hacen preveía para quienes integraban las cooperativas, Laura ponía el foco en un

montón de otras acciones que trascendían dichas propuestas. De algún modo, ella me estaba invitando a mí a ir “más allá del Plan” y, de un modo similar al que había sucedido en Tres de Febrero, redirigir mi atención hacia el modo en que “estar en el programa” se inscribía en sus vidas

En su cotidianidad, ella recreaba y reinventaba el lugar que la cooperativa ocupaba entre sus vivencias. Para Laura, ingresar a la cooperativa había motorizado entre otras cosas, su vinculación con actividades de militancia política. Sin embargo, dicho involucramiento no se había dado de un día para otro, como reacción automática de su incorporación al programa Ellas Hacen. Al contrario, involucrarse en política, podría haberle parecido una actividad impensada en un primer momento. Cuando ingresó al programa, ella tenía previsto ahorrar dinero para invertirlo en un comercio propio, quería construirse un local y vender artículos de limpieza. En el momento que la conocí el local estaba recién construido en el frente de su casa, pero nunca había comenzado con el emprendimiento comercial. A veces, guardaba allí mercadería que habían conseguido a través del municipio para realizar algún festival en el barrio o se acumulaban tela y pintura para confeccionar banderas de la agrupación. Si la cooperativa había implicado para ella, un paulatino involucramiento en actividades consideradas “políticas”, dicho involucramiento era vivenciado principalmente como una forma de construir un “espacio propio”. Su militancia era una de las formas en que ella construía el “más allá del Plan”. En este sentido, el ingreso al programa y los contactos establecidos con militantes y funcionarios estatales fueron alterando sus propias proyecciones e ideas. Si en principio sus planes giraban en torno a poder seguir estudiando o generar un emprendimiento comercial; con el tiempo, su participación en la cooperativa fue promoviendo su vinculación con actividades consideradas “políticas”. Pero si para Laura estar en la cooperativa fue volviéndose una forma de militancia, estas actividades tenían en su vida la relevancia de constituir un espacio de relativa autonomía frente a las tareas domésticas y podían comprenderse mejor a partir de la reconstrucción que ella hacía de sucesos pasados de su vida, como la relación con su ex marido o el accidente que había sufrido en su cabeza.

Un día, Laura me sorprendió con una nueva reflexión acerca de su involucramiento político. Corría el mes de noviembre de 2015 y faltaban apenas dos semanas para que se celebraran los comicios correspondientes a la segunda vuelta electoral en la cual Daniel Scioli y Mauricio Macri se disputaban la Presidencia de la Nación. Nos habíamos juntado en el “local de militancia” de Comunidad Organizada, para una “caminata por el barrio” con el futuro intendente Walter Festa. El evento se había suspendido a último momento. Allí reunidas, tomábamos mate junto a otra compañera de la agrupación y Gilda, una señora del barrio que también integraba una cooperativa del Ellas Hacen y se había acercado a Laura para pedirle ayuda con un emprendimiento de panadería que tenía ganas de impulsar. Estábamos conversando acerca de los próximos pasos de campaña electoral e intercambiando nuestras sensaciones al respecto de la coyuntura del país. Habían sido meses muy convulsionados políticamente. En las semanas previas al balotaje, la discusión política había ocupado espacios muy extendidos de la vida cotidiana y se había vuelto frecuente que personas que no se auto definían como militantes asumieran funciones en la campaña electoral. En esas discusiones que se hacían cotidianas, en el interés por ganar el voto de un amigo o conocido, se ponía en juego una fuerte carga emocional, afectos y pasiones encontradas, sentimientos de miedo y esperanza que a veces se combinaban de formas contradictorias.

- Yo tengo esperanza- dijo Gilda con un tono muy tranquilo, esbozando una media sonrisa- Porque ese cantante cristiano... ¿Montaner se llama?, dijo que creía en Daniel.

En ese momento, supe que Laura y Gilda no sólo se conocían “del barrio” y por estar ambas en el Ellas Hacen. Las dos concurrían a la misma iglesia evangélica. Como si el comentario de Gilda le hubiera dado un pie que estaba necesitando, Laura reflexionó acerca del modo en que en su vida, se vinculaban fe religiosa y militancia política:

- Y... yo milito porque Dios me puso en este lugar. Todo lo que hago es porque Dios me puso. Yo tuve una visión de que me tenía que meter en esto porque dios me lo estaba pidiendo. Yo me resistía.

Su declaración me sorprendió. Si bien sabía que su participación de la iglesia evangélica era muy importante para su vida y que era algo que la acompañaba desde siempre- su padre había sido pastor- era la primera vez que la escuchaba vincular directamente esto con su motivación a participar en política.

- ¿Cómo fue que sentiste que Dios te puso en ese lugar?- pregunté
- Mirá, Marcos dice que son *déjavus*, pero no son *dejavus*, son revelaciones que una tiene, que decís, me tengo que meter... Y yo tengo una amiga que vive en Estados Unidos. Un día, me habla por Facebook y me dice que me tenía que decir algo, que había tenido una revelación, que me tenía que mandar fuerzas porque Dios me iba a cuidar. Me dijo que yo iba a trabajar con mujeres, con muchas mujeres, y que iba a ayudarlas mucho. Que iban a cambiar mucho sus vidas y que iban a salir del encierro, que iban a liberarse de cadenas que tenían desde hacía años. Mucha gente se iba a enfrentar a mí por eso, pero yo tenía que ser fuerte, porque Dios estaba de mi lado.
- ¿Pero vos ya estabas en el programa?- pregunté
- Sí... ¡pero ella no sabía nada! Yo no lo puse en Facebook ni nada, todos los grupos que tenía del programa eran secretos, privados. Así que dije “listo, tengo que aceptar este llamado de Dios”. Entonces cuando tenemos una dificultad o algo que queremos conseguir, yo le pido a Dios que nos ayude... Incluso a veces, cuando tengo miedo de meterme en problemas, le digo a Dios “Dale, che, vos me pusiste acá, ahora me tenés que cuidar. Sino, ¡no vale!”. Porque yo tengo esa manera de hablarle a Dios, no es que me tiro al suelo, ni nada. – Laura comenzó a reír y su risa nos contagió casi automáticamente.

El modo en que reconstruía su forma de “hablarle a dios” estaba casi carente de toda solemnidad y hasta a ella misma le provocaba gracia.

Lo que Laura había encontrado en la cooperativa era algo más que militancia política. Del mismo modo, lo que ella buscaba y encontraba en la militancia, no podía explicarse únicamente por la voluntad de acompañar a un candidato, apoyar un partido

político o crecer ella misma como referente barrial. En su forma de vivenciar la política entraban en juego aspectos personales como la voluntad de construir un “espacio propio”, las ganas de “contagiar” a sus compañeras, la creencia en que estaba cumpliendo con un mandato divino, el gusto que le daba “ayudar a otras mujeres” y, al estar activa y encarando diversos proyectos, ayudarse a sí misma. Para Laura, estar “metida en política” era algo que se tejía desde diversos lugares, se sostenía desde experiencias que podrían de antemano no considerarse “políticas”. Estas reflexiones me reenvían a considerar ciertos aportes que se han realizado desde la etnografía y que invitaron a pensar las formas en que las personas se involucran en experiencias de política colectiva considerando la variedad de pasiones y afectos que se ponen en juego, no como factores motivacionales, sino como sentidos que se actualizan en las prácticas cotidianas (Fernández Álvarez, 2016). Siguiendo a la autora, la política está constituida por prácticas que pueden llegar a resultar impensadas para sus propios actores, prácticas que no son completamente conscientes. La etnografía permite entonces atender al hacer de las personas y, de esta manera, focalizar en las formas en que las personas se producen a sí mismas haciendo (Quirós, 2011). Desde esta perspectiva, es preciso considerar el modo en que, mediante el hacer política, se comprometen afectos, sensaciones, sentimientos y estados de ánimo. Retomando la pregunta inicial de este capítulo, la cooperativa- y la política- eran para Laura esa amalgama de afectos, proyecciones, deseos y ganas de hacer cosas en la que la militancia ocupaba un lugar central, pero no exclusivo ni plausible de ser diferenciado como esfera autónoma. Su forma de darle sentido y desarrollar acciones vinculadas a “estar en política” se orientaba desde y hacia lugares diversos entre los que se incluían y entramaban sus creencias religiosas, sus relaciones de pareja, los vínculos entablados con funcionarios/as, la voluntad de “ayudar” a sus compañeras. Era desde estos afectos que ella hacía cotidianamente a la política en su vida.

Reflexiones finales

Hasta aquí, fui reconstruyendo algunos aspectos que, desde mi trabajo de campo, hacen posible pensar las formas diversas en que las cooperativas conformadas en el marco de programas sociales cobran contenido en las vidas de las personas que las integran. A

partir de estas reconstrucciones, resulta pertinente retomar una propuesta analítica que sugiere pensar a dichas entidades como categorías de la práctica que no pueden ser definidas a priori a partir de una serie de nociones teóricas o valores abstractos (Fernández Álvarez, 2015a). Según la autora, uno de los potenciales del trabajo etnográfico consiste en interpelar sesgos clasificatorios y normativos, desarrollando un abordaje vívido y situado que contribuya a una reflexión teórica comprometida con la riqueza analítica de las “zonas grises”. Esta propuesta consiste en buena medida en saber dejarnos guiar por aquello que se presenta como relevante en nuestras investigaciones, evitando atribuirle un contenido de antemano. Fernández Álvarez llama la atención acerca de las dificultades que enfrentamos a la hora de deshacernos de una lectura teológica que, partiendo de un horizonte prefigurado, suele obstaculizar el análisis de aquello que se produce en las prácticas concretas. De esta manera, la autora propone atender a las múltiples formas de ser, estar y hacer que nos van mostrando nuestros interlocutores de campo y las variadas acepciones que categorías como la de “cooperativa” pueden tener en contextos concretos.

Cuando comencé mi trabajo de campo me llamó la atención el modo en que las integrantes de “Mujeres Valiente” solían asociar la cooperativa al momento y lugar en que se realizaban las capacitaciones de “Género y Proyectos de País”. Esta asociación se sintetizaba en expresiones como “Los jueves hay cooperativa” o “nos vemos en la coope”. Con el tiempo, fui comprendiendo que más allá de las capacitaciones, la cooperativa se construía cotidianamente como un entramado de vínculos a partir de los cuales era posible poner en común problemas e intercambiar consejos y a veces, desarrollar arreglos que permitiesen hacerle frente a circunstancias difíciles de la vida, como las situaciones de violencia en el núcleo de los vínculos de pareja. La cooperativa era incluso algo que “se esperaba” toda la semana y que pasaba a ocupar un lugar relevante en las vidas de sus integrantes. Era quizás, durante el tiempo transcurrido entre jueves y jueves, en los mensajes de texto enviados para pedir ayuda o manifestando el deseo de compartir un rato, que las mujeres hacían existir a la cooperativa.

Por otro lado, en Moreno, pude registrar el modo en que las capacitaciones y otras tareas que realizaban las cooperativas se entrecruzaban para algunas de sus integrantes con otras actividades asociadas a la militancia. Trascender las propuestas que el programa tenía para las cooperativas era una preocupación concreta en las vidas cotidianas de algunas de sus integrantes. Así, integrar la cooperativa implicaba un punto de partida que permitía “ir más allá”. La voluntad explícita de construir experiencias que permitiesen “aprovechar” el tránsito por el programa, se ponía muchas veces en relación con experiencias anteriores de la vida de las personas, desde las cuales se sostenía la necesidad de construir un espacio de autonomía. En ambos contextos etnográficos, me fui encontrando con prácticas que, en primer lugar, contradecían una definición restringida de las cooperativas como entidades con un objeto social determinado o una finalidad productiva. De alguna manera las cooperativas no estaban siendo definidas a partir de una finalidad única y preestablecida, sus objetivos eran reconstruidos cotidianamente por sus integrantes y se ponían en relación con aspectos más generales de las vidas de sus integrantes. Pero las personas que integraban las cooperativas no construían sus experiencias mediante procesos individuales. Muchas veces, las mujeres destacaban la importancia de compartir con “otras mujeres” y era a partir de esos vínculos que se promovían acciones que no habían sido planificadas de antemano. La cooperativa era construida cotidianamente a partir de prácticas políticas colectivas. En este punto, me interesa retomar una perspectiva que desarrollé en la introducción a esta tesis y que invita a analizar dichas prácticas ateniendo al *transcurrir* mismo de los fenómenos (Fernández Álvarez, 2015b). A la luz de mi trabajo de campo, estos aportes me permiten sostener la multiplicidad de procesos que entran en juego en la construcción cotidiana de cooperativas impulsadas por programas estatales. En este sentido, procuro tomar distancia de miradas que las describen según sus posibilidades de acercarse o alejarse a un proyecto construido de antemano- como el de construir horizontes laborales autosustentables- para atender a las formas concretas en que las cooperativas son construidas por sus integrantes. Así, construir vínculos que habiliten obtener refugio ante situaciones complicadas de la vida o simplemente alguien a quien llamar ante malos momentos; poder construir un “espacio

propio”, involucrarse en agrupaciones políticas, constituyeron entre otras cosas puntos centrales a la hora de construir las experiencias cotidianas vinculadas con integrar las cooperativas.

En segundo lugar, estas consideraciones me llevan a reflexionar acerca de los procesos de apropiación, control y autonomía que entran en juego en la implementación de programas estatales (Manzano, 2007, 2013). La antropología política ha realizado interesantes aportes a la hora de pensar los modos en que las acciones estatales configuran los límites de lo posible, desde los cuales las personas se organizan colectivamente (Fernández Álvarez, 2010). Este abordaje ha resultado particularmente iluminador a la hora de atender a procesos de movilización social y resistencia, poniendo el foco en las prácticas cotidianas de quienes participan en ellos y proponiendo comprenderlos desde su doble carácter de procesos históricos y experiencias de vida (Grimberg, 2009). Estos aportes destacan, entre otras cosas, la importancia de no analizar separadamente a los procesos estatales y a las prácticas políticas de sectores populares. Retomando esta perspectiva, mi análisis ha buscado poner el foco en las prácticas de quienes integran cooperativas conformadas en el marco de un programa social, atendiendo no sólo a sus actividades diarias en tanto “beneficiarias”, sino también a otras situaciones de la vida cotidiana que acontecen en sus espacios domésticos y sus barrios. De este modo, intenté reconstruir el proceso en que un programa estatal que es definido como de “inclusión social con trabajo” se inscribe en las vidas de quienes están inscritas en él. Para sus “beneficiarias”, ingresar al Ellas Hacen y formar parte de las cooperativas, implicó no sólo asistir a capacitaciones y espacios de formación. Al construir sus experiencias cotidianas en torno a las cooperativas, se ponían en juego acciones y sentimientos que implicaban mucho más que el cumplimiento de los requisitos que el programa establecía- asistir a capacitaciones, terminar el secundario, participar de reuniones- y solía movilizar reflexiones acerca de sus vidas en términos más generales. Muchas veces, lo que se ponía en el centro como un aspecto significativo de su participación en las cooperativas eran la construcción de vínculos afectivos. Tal como ha resaltado Lynch Cisneros, el proceso de implementación de un programa social no involucra únicamente

capacidades técnicas y políticas, sino también relaciones de afecto y sociabilidad y múltiples procesos interpersonales (Lynch Cisneros, 2012)- Es así que mi trabajo de campo me fue llevando a compartir con mis interlocutoras, no sólo los sentidos otorgados a las actividades del programa, sino también sus alegrías, tristezas y proyecciones a futuro, sus experiencias de vida en términos más amplios. Sus prácticas no pueden ser analizadas por fuera de la implementación de un programa social, pero tampoco deberían ser reducidas como efectos o “impactos” provocados por el mismo.

Capítulo 2: “No todas participan igual”. Asistir, cumplir y comprometerse.

Introducción

“Porque si hay una necesidad hay un derecho... Pero si el derecho se consigue, surge entonces... ¡también la obligación de hacerse cargo de ese derecho y trabajar con dignidad para ganarse el pan! ¡Que nadie te regale nada! ¡Que no le debas nada a nadie! ¡Que lo que tenés en el bolsillo sea tuyo porque lo laburaste, porque te levantaste temprano, porque dejaste a los chicos, porque te capacitaste!”

Con estas palabras, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner anunciaba en Marzo de 2013 el lanzamiento de la “nueva etapa” del programa de Ingreso social con trabajo Argentina Trabaja, el Ellas Hacen. Mientras iba diciendo frases como “trabajar con dignidad” o “ganarse el pan”, el público presente, compuesto mayormente por militantes de agrupaciones políticas, funcionarios estatales e integrantes de cooperativas del “Argentina Trabaja” respondía con aplausos y muestras de apoyo. En el discurso del programa, la relación establecida entre derechos y obligaciones representa un aspecto central en el que se fundamenta la ruptura con políticas “asistencialistas”. La asistencia de las “beneficiarias” a distintos espacios de capacitaciones, es desde esta lógica la vía para lograr su “empoderamiento”. En sintonía con estos fundamentos, los “avances” en la implementación del programa, se han ido mostrando a partir de la cantidad de mujeres que asistieron a las capacitaciones propuestas, puntualizando para cuántas de ellas dichos espacios formativos representaron la adquisición de un “primer oficio”.²³ El “impacto” de estas capacitaciones también se fue plasmando en relatos de experiencia en los que el Ministerio se propuso

²³Estas cuestiones suelen resaltarse en las publicaciones emitidas por el MDSN. (Fuente “Primer Informe. Antecedentes, creación y primera etapa del Ellas Hacen. Abril de 2014”, “Situación Actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen. Perfil de titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015” y “Ellas Hacen Caracterización de titulares a dos años de inclusión, provincia de Buenos Aires”. Disponibles en <http://www.desarrollosocial.gob.ar/ellashacen>. Fecha de consulta 23 de noviembre de 2015.

“recuperar las voces” de quienes integran las cooperativas, reconstruyendo la forma en que asistir a instancias formativas había modificado sus vidas.²⁴

Durante mi trabajo de campo, en varias oportunidades me comentaron que al inscribirse en el programa habían firmado “un papel” en el que decían comprometerse a dedicar cuatro horas diarias a actividades de formación, la terminalidad de sus estudios secundarios y posteriormente a la realización de tareas de construcción de vivienda, mejoramiento de obras públicas y otras actividades vinculadas al mantenimiento.²⁵ En ese momento, las tareas que tenían asignadas las mujeres consistían mayoritariamente en asistir a las capacitaciones y terminar sus estudios primarios y/o secundarios. Las presidentas se encargaban de dejar asentada la asistencia a las capacitaciones en planillas que eran luego presentadas a representantes del MDSN. En el caso de quienes estaban cursando sus estudios secundarios o primarios en el Plan Fines, se designaron “referentes educativos/as” que se encargaban de tomar la asistencia de quienes cursaban. Los/as referentes podían ser mujeres inscriptas en el programa que ya hubiesen terminado el secundario o militantes que tomaban dicha responsabilidades.²⁶

Ante situaciones de urgencia, como problemas de salud o la necesidad de realizar trámites personales, las faltas podían “justificarse” mediante la presentación de algún certificado que dé cuenta de la situación que había ocasionado la inasistencia. Era

²⁴ Como ejemplo de este tipo de reconstrucciones podemos citar la publicación impresa “Ellas Hacen Historia. Relatos de las integrantes del programa Ellas Hacen, La Plata 2013”. En esta publicación se reconstruyen aproximadamente 50 historias de vida de mujeres inscriptas en el programa. Además, se ha producido un abundante material audiovisual en el que se narran experiencias y testimonios de las integrantes de las cooperativas. Fuente: Canal de *Youtube* “Ellas Hacen. Ellas Saben”. Disponible en https://www.youtube.com/channel/UCeKsx1pPbLxwZDJ_sKzHDjw y Video “Ellas Hacen” en Canal de *Youtube* “MDS Nación” Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=faKnwyc-ZLo> Fecha de Consulta 06 de abril de 2015

²⁵ En los distritos donde realicé trabajo de campo, las cooperativas no tenían asignadas entre sus funciones tareas de construcción y mejoramiento de viviendas ni otras actividades que las “beneficiarias” consideren como “trabajo”. Sin embargo, en otras localidades como La Plata o el distrito bonaerense de General Rodríguez, las cooperativas del Ellas Hacen se encontraban realizando tareas de construcción de viviendas en los barrios en los que habitaban sus integrantes.

²⁶ Una de las particularidades del Plan de Finalización de Estudios Secundarios (FinEs) ha sido que las sedes de cursada han sido no sólo escuelas, sino también instituciones religiosas, sociedades de fomento, clubes de barrio, viviendas particulares y casas partidarias. En muchos casos, militantes de distintas agrupaciones políticas han cumplido con funciones de “referentes educativos” y han sido los encargados de mantener las sedes abiertas, inscribir a los estudiantes y tomar asistencia, entre otras tareas administrativas.

frecuente que estas faltas figuraran en las planillas como “ausentes justificados” o “con aviso”. Las faltas “justificadas” no comprometían el cobro del ingreso mensual que percibían. El manejo de todo este papelerío demandaba bastante tiempo para las integrantes de las cooperativas, tanto para las presidentas que debían completar y llevar las planillas de asistencia al Centro de Atención Local (CAL) una vez por mes, como para las que debían conseguir la documentación necesaria para “justificar” su falta y solían estar pendiente de que ellas realizaran su tarea adecuadamente. Además, esta responsabilidad colocaba a las presidentas en un lugar especialmente difícil para con el resto de las integrantes de las cooperativas. Por un lado, eran quienes “daban la cara” ante el ministerio y ante sus compañeras. Se encargaban de transmitir información y debían muchas veces comentarles a las autoridades del CAL los motivos por los que alguna mujer estaba faltando a sus actividades. Además, era frecuente la circulación de sospechas y acusaciones acerca de la forma en que ellas gestionaban las planillas de asistencia.

Un día, le comenté a Laura que iba a presentar algunos avances de mi tesis en un congreso y le dije que me gustaría compartirlos también con ella. Inmediatamente, ella dijo que le resultaba “un honor” y se ofreció a pasarme fotos de “las chicas trabajando” para mi presentación: “¡Que alguien valore nuestro esfuerzo!”, me dijo

Corría el mes de octubre del año 2015 y estábamos cerca de las elecciones presidenciales. Las posibilidades de continuidad de los programas sociales ante el cambio de gobierno, rondaban las conservaciones en mi trabajo de campo. Que tal candidato va a aumentar la Asignación pero va a sacar los planes. Que en diciembre se termina todo. Que van a hacer planes nuevos, diferentes. Estas cuestiones solían discutirse entre mates e ironías, sin ocultar el temor e incertidumbre por lo que se venía. En esas decisiones políticas se jugaba una parte importante de la reproducción de la vida de las mujeres con las que estaba interactuando. Los candidatos no hacían caso omiso de estas cuestiones y solían incluir alguna consideración acerca del futuro “de los planes” en sus propuestas.

- Dijo que va a mantener los planes. Eso sí, para cobrar, hay que capacitarse y buscar trabajo. Va a terminar con los punteros y los vagos- decía una joven mujer con un

bebe en brazos, al comienzo de un spot que promocionaba la candidatura a presidente Sergio Massa

En el discurso de este spot así como en otras declaraciones de políticos y periodistas, se reproducía una imagen en la que los “beneficiarios” de los programas estatales eran (y debían dejar de ser) “vagos” que “cobran sin hacer” o “tenían hijos para cobrar”. Tal vez como una forma de responder a estas críticas, Laura me había pedido que las “mostrara trabajando” y que colabore en la valorización de su esfuerzo. Pensé que de algún modo, ella estaba queriendo contrastar esas imágenes negativas. No era la primera vez que sucedían cuestiones similares. Se hacía frecuente que tanto Laura como otras integrantes de las cooperativas, reivindicasen que “nadie les regalaba nada”, asegurando tener “voluntad de trabajo”. Además, “no participar” o “ir sólo para cobrar” solían ser aspectos que formaban parte de las acusaciones que se levantaban cuando había conflictos o desacuerdos entre las mujeres.

Desde las ciencias sociales, se han realizado importantes aportes que permitieron trascender las miradas que, al preguntarse por las motivaciones de quienes participan de fenómenos de organización colectiva, tendieron a separar las reivindicaciones “materiales” o guiadas por la necesidad, de otras más “políticas”. En su análisis sobre procesos de recuperación de empresas por parte de sus trabajadores, María Inés Fernández Álvarez (2007b) ha propuesto tomar distancia de los enfoques que separan entre acciones “por la supervivencia”, motivadas por cuestiones materiales y otras “reivindicativas” que buscan reconocimiento. Esta contraposición, siguiendo a la autora, establece una jerarquía que ubica el sentido político del lado de la luchas por el reconocimiento, desatendiendo así, el carácter político de las acciones “por la necesidad”. El análisis de Fernández Álvarez revela que en el proceso de construcción de demandas por la fuente de trabajo se articulan categorías morales y reivindicaciones por la supervivencia, desafiando la distinción y jerarquía analítica que los estudios de acción colectiva solían establecer entre motivaciones reivindicativas y materiales. Es así que su análisis nos invita a trascender la pregunta por las motivaciones que guían a las personas a organizarse colectivamente, para redirigir la atención hacia las condiciones que hacen posible el desarrollo de estas prácticas (Fernández

Álvarez, 2016). En una línea similar, Julieta Quirós ha llamado la atención acerca de la existencia de dos imágenes morales que desde la opinión pública y el campo académico se han construido en torno a la política que tiene como protagonistas a los sectores populares. Por un lado, los movimientos de desocupados que se habían involucrado en movilizaciones entre fines de los 90 y principios de los 2000 han sido asociados a la imagen ejemplar de la resistencia. Por otro lado, en oposición a esta imagen se ha construido otro discurso, el del clientelismo, que tendió a denunciar la forma espuria en que se distribuían las ayudas sociales. Siguiendo a Quirós (2011) estas dos imágenes se han construido de forma relacional, construyendo una cara- la resistencia- positiva de la política, asociada al compromiso, la lucha y la transformación y otra negativa- el clientelismo- vinculada al intercambio instrumental, la manipulación y la reproducción. Desde esta perspectiva, esta dicotomía encuentra su continuidad en la separación, entre política beligerante o contestataria y política institucionalizada o no beligerante. Otros estudios han discutido el par clientelismo/ resistencia, a partir de etnografías que procuraron, más que señalar la “ambivalencia” o las “tensiones” constitutivas de las organizaciones sociales, mostrar un nudo denso donde se entramaban (jerarquizada y conflictivamente) diferentes perspectivas prácticas (Ferraudi Curto, 2011) . El análisis de la autora, ha puesto el foco en señalar la forma en que las organizaciones se imbrican en las vidas de quienes participan en ellas, permitiendo vislumbrar que las definiciones acerca de qué es política resultan un eje central en las disputas cotidianas. Esta consideración invita a atender a la politicidad popular tomando distancia de miradas normativas y atendiendo a cómo ésta se construye singular e históricamente, por fuera de las idealizaciones, reconociendo la agencia de los sectores populares y a la persona como nivel analítico (Semán y Ferraudi Curto, 2013). La discusión con la noción de clientelismo ha permitido también reflexionar acerca de la imposibilidad de fragmentar la experiencia de los sujetos desde la división entre política y economía, sugiriendo comprender las formas de participación política de los sectores populares atendiendo al entramado de relaciones que crean múltiples obligaciones y derechos (Colabella, 2013).

En este capítulo, retomo estos aportes para reflexionar acerca de la forma en que el carácter obligatorio de asistir a capacitaciones y actividades propuestas por el programa, es reconstruido y procesado colectivamente. Las advertencias que Fernández Álvarez (2007, 2016); Quirós (2011); Ferraudi Curto (2011); Ferraudi Curto y Semán (2013) y Colabella (2013) resaltan al respecto de no oponer ni valorizar diferencialmente las necesidades (materiales), al compromiso (político), me llevaron a repensar mi trabajo de campo en una clave particular. Mi punto de partida es entonces que el hecho de que las capacitaciones sean un requisito obligatorio para acceder al ingreso monetario mensual y que las mujeres necesiten dicho ingreso, no agota el análisis de la forma en que se define la “participación” en las actividades. Las mujeres debatían recurrentemente acerca de qué significaba “participar” y “comprometerse” y construían acuerdos entre ellas acerca de cuestiones relativas a las inasistencias. En estas definiciones se movilizaban categorías morales y se expresaban sentimientos como el enojo, la bronca y la desilusión. Además, las reflexiones acerca de la participación y el compromiso fueron llevando en muchos casos a repensar la forma en que se construían las relaciones de género en la vida familiar. A continuación, reconstruiré etnográficamente estos acuerdos, desacuerdos y reflexiones para analizar las formas en que en este proceso se fueron definiendo modalidades de “participación” y “compromiso”.

“Nos da bronca que no vengan”

Las dificultades de las mujeres para cumplir con la asistencia eran tema central de sus conversaciones informales y a veces motivo para convocar a reuniones. Estos asuntos también solían ser trabajados durante las capacitaciones. “Como dificultad pusimos las llegadas tardes y la asistencia y que no todos participan igual”, dijo Carla leyendo de un papel palabras que ella había escrito.

Estábamos en una de las clases de los talleres de “Género y Proyectos de País” del distrito de Tres de Febrero. El tallerista había propuesto hacer un análisis de las fortalezas y debilidades de la cooperativa y, palabras más, palabras menos, de casi todos los grupos salieron reflexiones similares: “algunas no vienen”, “no se interesan”, “no participan”.

A Carla yo ya la había escuchado reflexionar sobre estos asuntos. En una reunión, ella había destacado que, según su opinión, no era lo mismo “venir” que “participar” ya que “algunas sólo dan el presente y otras estamos acá, participando en las actividades”. Lo que estaba en juego, no era sólo, estar o no estar, asistir o no asistir, sino también la “participación”, la predisposición, la forma en que se estaba.

- Yo no estoy estudiando para cobrar- me dijo una vez Rosa con seriedad mientras esperábamos que Mónica retire unos estudios médicos- Yo iba a terminar la escuela aunque no me saliera el plan, ya me había anotado antes.

Inmediatamente, bajando su tono de voz y buscando mi complicidad, agregó:

- Porque las de la otra cooperativa yo sé que ellas van por la plata, ni les importa terminar la escuela. Eso no está bien.

Inasistencias y modos desiguales de participar a los que se referían Carla y Rosa solían traducirse en términos de bronca y enojo.

- Nosotras veníamos con toda la bronca, de que sabemos que hay otras chicas que están sin venir, que no vinieron nunca a nada y cobran. Y eso nos da bronca, porque entonces nosotras podríamos estar tomando mate o en casa con los chicos y no nos quedamos en casa tomando mate y venimos.- dijo Mariela, cuando en Diciembre de 2014 se estaba realizando un balance del trabajo realizado hasta la fecha.
- Claro, yo las fui entendiendo- dijo Juana, la tallerista- Es que hay cosas que se piensan desde una oficina y después venís acá y hay otra realidad. Y la verdad es que ustedes también vienen un poco obligadas.

Juana destacó como un logro que, luego de algunos meses, “se llevaran mejor, se rían, pudieran conocerse y relacionarse”. Sus reflexiones sugerían que, ante la obligatoriedad de asistir, había algo que podía ser creado y recreado con el tiempo. Si bien se remarcaba que ellas iban “un poco obligadas”, conociéndose, vinculándose, la situación inicial daba lugar a algo más. Ese algo más estaba representado en las risas, en el “llevarse mejor”, conocerse y constituía uno de los logros de la cooperativa. Como mostré en el capítulo anterior, la

cooperativa era muchas veces vivida como un espacio de encuentro en el cual poner en común experiencias personales, compartir y olvidarse de los problemas.

- Las que no vienen, cómo se la pierden!!- dijo Mónica una vez mientras se secaba lágrimas de risa.
- La verdad que sí, una viene acá y se olvida de los problemas!- respondió Ana
- Yo me río, para no llorar!- dijo Marta, quién recientemente había sufrido grandes pérdidas materiales a causa de una inundación.

Más allá de la obligatoriedad de asistir, había algo que las mujeres producían conjuntamente en ese espacio y que “las que no venían” se perdían. Esta sensación iba muchas veces acompañada por bronca y enojo hacia quienes no asistían. Fue durante el acto de egresadas del secundario de un grupo de integrantes de la cooperativa que pude conocer con mayor profundidad cómo se dinamizaban algunos de estos sentimientos hacia quienes “no venían”. Era diciembre de 2014 y en una de las canchas de básquet del poli deportivo municipal, se llevó adelante la ceremonia de entrega de 700 diplomas y 140 analíticos de egresados del Plan Fines. Las egresadas me recibieron con entusiasmo, en medio de un clima de emoción y alegría. Entre banderas y birretes de cotillón, esperaban para recibir orgullosamente su título secundario. Varias comentaron que ese papel significaba el cumplimiento de una “cuenta pendiente”. Hubo lugar para que algunos egresados dijeran algunas palabras y Mónica, visiblemente nerviosa, se paró frente al escenario en representación de “las chicas del Ellas Hacen”. Dijo que estaba agradecida por la oportunidad y que valoraba especialmente el apoyo de sus compañeras. Una vez que les entregaron sus diplomas, salimos del salón y me ofrecí a fotografiar el momento. El clima festivo, apenas era opacado por la presencia, durante el acto de entrega de diplomas, de dos mujeres que no habían ido a la escuela.

- Yo no puedo creer que a Magda y a Estefanía, se lo entregaron!! No vinieron nunca ellas. Me da una bronca que se lleven el diploma, una deja a los hijos, hizo el esfuerzo, y ellas no vienen nunca e igual se lo llevan.- dijo Mónica un rato más tarde, mientras esperábamos el colectivo

- Sí, pero igual con el papel este no hacen nada- dijo Mariela- lo que cuenta es el analítico – ti- co. Hay que pasar a buscarlo a la escuela 36.
- Sí, pero a una le da bronca...- dijo Mónica

Como suele ocurrir en los actos de finalización del secundario, lo que se entregaba allí era un papel que tenía una función más bien simbólica, sin validez como documentación oficial. Lo que realmente contaba era el analítico emitido por la Dirección General de Escuelas, donde estarían listadas las materias aprobadas con sus calificaciones. La sola mención de quienes no habían terminado entre las egresadas, provocó indignación y nerviosismo entre las que sí habían cursado. Aún a sabiendas de que el título no tenía validez sin la existencia de un analítico, su presencia generaba enojo y sensaciones de indignación.

La bronca hacia las que no asistían a capacitaciones y estudios formales era muchas veces expresada en términos de injusticia. “Nosotras nos rompemos el lomo y las demás no vienen”, solían decir, “siempre somos las mismas”, “no todas participamos igual”. Si Rosa desaprobaba a quienes, supuestamente, “estudiaban sólo para cobrar”, a Mónica le había molestado que “las que no estudien, vayan a sacarse la foto”. Ambas destacaban que ellas habían hecho su esfuerzo- romperse el lomo, dejar a los hijos- y que tenían voluntad para trabajar o estudiar más allá de lo que imponía el programa. De algún modo, me estaban diciendo que su compromiso con terminar el secundario no era simplemente algo “impuesto” por el programa, era una motivación propia, personal. Había algo en lo que ellas se situaban más allá de la obligación y en algún punto buscaban distanciarse de “las otras”, a quienes- supuestamente- sólo les importaba cobrar.

En estos sentimientos de bronca hacia “las que no venían”, se ponían en juego definiciones acerca de en qué consistía el compromiso y cómo dicho compromiso las alejaba de quienes incumplían con sus responsabilidades, o hacían las cosas por mera obligación. En los comportamientos esperados y criticados era posible rastrear también la construcción de imágenes en torno a lo que se suponía que la cooperativa debía ser para sus integrantes. En este último aspecto, resulta iluminador atender a algunas tensiones que se desarrollaron en torno al rol de Mariela como presidenta de la cooperativa. Ella había sido elegida para

su puesto por sus compañeras que habían considerado que era “la que más se movía y siempre estaba al tanto de las novedades”. Sin embargo, esta valorización acerca del lugar que Mariela ocupaba en el grupo era constantemente revisada y muchas veces cuestionada por las demás. Entre febrero y mayo del 2015, ella había conseguido un nuevo trabajo y su ocupación le imponía algunas dificultades para cumplir con sus funciones como presidenta. Solía llegar tarde o no asistir a las capacitaciones y las mujeres se quejaban de que no transmitía la información que debía comunicar adecuadamente. Lo que más alteró los ánimos de la cooperativa, fue la sospecha de que Mariela no estaba consiguiendo acercar en tiempo las planillas de asistencia al CAL.

- ¡Yo fui al CAL y me dijeron que no tienen planillas de nosotras, que es como que no estamos haciendo nada!- dijo Carla preocupada y luego remató- ¡Nos van a descontar!

El jueves siguiente, Mariela se presentó en la cooperativa y, en medio de un gran revuelo, aclaró:

- No sé de donde ustedes sacaron que iban a suspenderles el cobro. Yo la semana pasada fui al CAL y me dijeron que nada que ver, que no las van a suspender porque no estaban las planillas y no pueden dejar sin cobrar a una cooperativa entera. Yo siempre tuve la mejor onda con ustedes y a ninguna se le ocurrió preguntarme qué me pasaba, si tenía algún problema o por qué no estaba viniendo.

Mariela también estaba enojada. Se sentía sobrepasada y le molestaban los reclamos de sus compañeras. Durante algunas semanas, amenazó con renunciar a su cargo como presidenta y las integrantes de la cooperativa se debatieron acerca de quién querría ocupar su lugar. Nadie quería. Era evidente que la función de presidenta demandaba un trabajo extra, a lo que se le sumaba la posibilidad de estar sujeta a reclamos por parte de las demás. Finalmente, Mariela no dejó su cargo, pero el clima entre las chicas permaneció algo tenso en los meses que siguieron.

- Es una lástima que se haya armado tanto lío, porque antes éramos un lindo grupo, más unidas- sintetizó Ana, un día que viajábamos juntas en colectivo
- ¿Y no probaron con hablar? ¿Aclarar las cosas?- pregunté
- No... todas hablan pero por detrás... Nada de frente- me respondió.

Tuve la sensación de que Ana estaba desilusionada y yo también me sentía un poco así. Unas semanas después, vi a Carla conversar algo con Mariela al final de una de las capacitaciones. Como me llamó la atención ese acercamiento, me dirigí hacia donde ellas estaban. Carla le comentaba a Mariela que había escuchado que otras mujeres del barrio estaban entregando proyectos al Ministerio para “pedir máquinas” y constituir un emprendimiento textil. A Carla le parecía que podían ellas también “aprovechar para pedir” e irse asegurando un ingreso para “cuando se acabe el plan”. Mariela le respondió que era una buena idea y que a ella la plata siempre le faltaba, pero que, dada la desunión y la falta de solidaridad que había entre las mujeres, le parecía inviable. Sus palabras tiraron abajo la idea de Carla, que se mostró desilusionada pero estuvo de acuerdo en que era difícil armar un equipo de trabajo entre las mujeres, especialmente cuando habían tenido problemas con cosas “tan simples”.

- Yo le vine a hablar directamente a Mariela porque si no se arma lío- me dijo mientras caminábamos hacia la parada del colectivo- Pero tiene razón... así como somos no se puede hacer nada

Se venían diciendo cosas de lo que Mariela hacía y dejaba de hacer. A quiénes les pasaba el presente, qué faltas “justificaba”, cómo intervenía frente a sus propias ausencias. Era evidente que algo de todo lo dicho, había llegado a oídos de Mariela y había promovido un cambio casi abrupto en su actitud. La circulación de chismes y rumores afectaba a las relaciones dentro de la cooperativa de un modo difícil de revertir.

Desde la antropología, se han realizado distintos aportes para pensar el lugar que el “chisme” ocupa en las relaciones sociales. En su ya clásico “Gossip and Scandal”, Gluckman (1963) fue pionero en señalar al chisme como un juego culturalmente controlado que posee importantes funciones sociales vinculadas al mantenimiento de la cohesión social y unidad

de los grupos. A partir del análisis de las relaciones entre habitantes de un pequeño poblado del área industrial inglesa, Elías y Scotson (1994) proponen pensar al “chisme” no como un fenómeno independiente, sino como un instrumento que contribuye tanto a reforzar la integración o cohesión social de los grupos como a excluir personas y cortar relaciones. Es importante resaltar que los autores no señalan al “chisme” como la causa de la integración sino que refuerza la integración ya existente. Elías y Scotson inscriben la reflexión acerca del “chisme” en un análisis más amplio acerca del modo en que los grupos movilizan identificaciones recíprocas. Sostienen que “los individuos, a través de identificaciones realizadas por ellos y por otros, pueden depender, aún en sociedades contemporáneas, del carácter y la situación de uno de sus grupos” (Elías y Scotson 1994: 103). Desde el enfoque analítico de los autores, estas identificaciones no son estáticas ni estables, sino que se construyen a lo largo del tiempo de forma procesual.

Tanto el trabajo de Gluckman como el de Elías y Scotson han sido aportes significativos para comenzar a plantear la reflexión acerca del “chisme”. Específicamente, algunos estudios posteriores se han detenido en analizar la importancia que éste posee en la vida cotidiana de los sectores populares. El trabajo de Claudia Fonseca (2000) titulado *Familia, fofoca e honra* ha señalado que entre personas de barrios marginales, el “chisme” es el medio privilegiado por el cual las mujeres influyen en la reputación de otras personas, perjudicando o consolidando la imagen pública de los otros e incidiendo sobre la producción del honor en hombres y mujeres. Partiendo de estos aportes, Patricia Fassano (2006) ha realizado una importante contribución al estudio etnográfico del “chisme” invitándonos a pensarlo como una de las prácticas a partir de las cuales los sujetos otorgan significación y producen al mismo tiempo la vida social. Según la autora, a través del “chisme” las personas no sólo interpretan la realidad social, sino que también resuelven situaciones, redefinen alianzas y conflictos. Es así que distintos estudios han coincidido en afirmar el carácter productivo del “chisme”, el cual incide sobre cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente y que involucran moralidades públicas (Fassano 2006, Eilbaum 2011; Colabella, 2013) y generan desprestigio (Fonseca, 2000; Ferraudi Curto, 2011).

Estos trabajos, me permitieron reflexionar acerca de las formas en que los “chismes”, rumores e informaciones “por detrás”, promueven la producción y actualización de las relaciones dentro de los grupos. Entre las integrantes de las cooperativas del Ellas Hacen, mediante la circulación de “chismes”, se movilizaban imágenes de lo que se suponía que la cooperativa debía ser y se valorizaban diferencialmente a sus miembros según características personales. Por un lado, reconocer que se hablaba “por detrás y no de frente”, era pensado como algo que entorpecía las posibilidades de construir una cooperativa “unida”. La unidad, como valor moral que forma parte de las características ideales de este tipo de entidades, era puesta en juego en las discusiones. Sin embargo, ser o no ser unidas no era una característica que se construía de forma unívoca, de una vez y para siempre. Era algo sobre lo que las mujeres reflexionaban recurrentemente y un ideal a partir del cual posicionarse. Mediante el “chisme”, se procesaban preocupaciones y desacuerdos que construían a la cooperativa cotidianamente. Además, el “chisme” permitía, no sólo expresar tensiones y rupturas entre algunas integrantes de las cooperativas, sino establecer alianzas entre otras mujeres, reafirmar la cercanía y fortalecer lazos de confianza entre algunas de ellas.

¿Somos (des)unidas?

En las cooperativas con las que interactué en Moreno, las dificultades para cumplir con las actividades del programa también fueron objeto de desacuerdos y conflictos internos. A menudo, las mujeres expresaban sus sentimientos de bronca hacia quienes no cumplían con las tareas asignadas. Un día, antes de comenzar con una capacitación, una mujer que no solía venir a los talleres, se acercó a llevarle unos papeles a la tallerista. Eran certificados médicos que “justificaban” sus inasistencias. Clara no pudo ocultar su indignación cuando la vio llegar. Se paró y la miró desafiante. Si bien no la enfrentó directamente, se dedicó a comentarlo con sus compañeras que enseguida se sumaron a sus apreciaciones.

- ¡No puede ser! A mí me da bronca, me dan ganas de no venir más...- dijo Clara elevando la voz
- Es que todo les tiene que pasar los lunes...- dijo otra de las mujeres

- Complicaciones tenemos todas y una se arregla igual para venir- continuó Clara
- Yo los lunes siempre me ocupaba de lavar la ropa y ahora la estoy lavando los domingos. Ayer se fueron todos de paseo y yo me tuve que quedar lavando... Y lo hice para poder venir hoy acá- dijo Paz
- Te da bronca porque ¿siempre te tiene que pasar algo los lunes? A mí me da bronca...- continuó Clara.

Clara estaba casi desbordada por la bronca, siguió despotricando contra la mujer y calificando a la situación de injusta. Cuando la mujer que había llegado para traer su certificado se retiró, Clara se acercó a decirle algo a Laura, la presidenta. Ambas fueron a hablar con Paula, que era quien estaba a cargo de las capacitaciones ese día. Decían que los certificados médicos que traía la mujer eran falsos y que ella siempre encontraba excusas para no venir. Laura y Clara volvieron a sentarse y la tallerista llamó la atención de todas para dar inicio a la capacitación. Estábamos sentadas en sillas de plástico dispuestas en círculo en el salón de una unidad básica de “Pueblos libres”, la agrupación política que conducía el entonces intendente Mariano West. El lugar era cedido para las capacitaciones de “Género y proyectos de país”.

- ¿Cómo andan? ¿cómo se sienten hoy?- dijo Paula
- Y... es muy lunes! Sin ganas- dijo Paz
- Sii, es verdad... Aunque cuando es Viernes no tenemos ganas de nada por ser Viernes!- retrucó la tallerista
- No, los viernes son lindos- dijo Paz
- ¿Empezaron en la escuela? ¿cómo les fue?-
- En mi sede todavía no empezamos porque hubo un problema con las aulas, arrancamos la semana que viene- respondió Paz
- Bueno... Vamos a hablar primero un poquito de las inasistencias, porque algunas chicas estuvieron preguntando. La decisión de que se le empiece a descontar el incentivo a las compañeras que tienen inasistencias, no es una decisión de nosotros los talleristas, pasa por el Ministerio y nos la comunicaron en una reunión que tuvimos a principio de año. Algunas compañeras se quejaban de que vienen siempre

y otras faltan y siguen cobrando y dicen “Ah bueno, es lo mismo”. Sinceramente yo no sé cuánto es que van a descontar.

- Es que a mí te soy sincera me dan ganas de no venir más, porque me da bronca que las demás no vengan.- dijo Clara
- Es que para algunas siempre surge algo- dijo Laura- Y nosotras cuando nos metimos acá, ya sabíamos cómo era, que iba a haber cosas que teníamos que cumplir. Y las complicaciones ya la teníamos porque con eso entrábamos, no es que son cosas nuevas- agregó Laura.
- Bueno, por eso se está comenzando a ser más estricto con esos temas- argumentó la tallerista
- Para mí que estamos como en una meseta, como durante todo el año pasado las chicas fueron viendo que faltaban y no se les tocaba el sueldo, entonces ahora... ¡Nos achanchamos!- dijo Laura.
- Yo lo que les puedo decir es que la asistencia al Ministerio se la paso yo. Así que si ustedes faltan, me tienen que traer acá algún tipo de certificado que justifique por qué faltaron. Entonces yo, en las planillas que nos bajaron del ministerio, pongo en observaciones “Ausente justificado”. No va a dar lo mismo una persona que falta y no trae ningún certificado que la que falta con una justificación, porque estuvo enferma, se le enfermaron los nenes o tuvo que hacer un trámite en ANSES.²⁷

Era el comienzo del 2015 y el año había comenzado, tanto en Tres de Febrero como en Moreno con las advertencias de los talleristas de que este año sí se comenzaría a descontar parte del ingreso monetario mensual a quienes tuvieran inasistencias. Escuché a uno de ellos decir que ese año les habían pedido “sintonía fina con el tema de las faltas”. Entre otras cosas, esta decisión se solía fundamentar en criterios de justicia que suponía dar respuesta a las quejas que las mujeres presentaban cuando veían que otras mujeres “faltan pero siguen cobrando”. A lo largo de 2015 los descuentos se hicieron efectivos paulatinamente. Si las mujeres tenían faltas reiteradas que no eran justificadas se les

²⁷ Administración Nacional de la Seguridad Social

“suspendía” parte del cobro. Al descubrir que habían cobrado menos de lo que solían recibir, se presentaban muchas veces en el CAL y demandaban una explicación. Cuando se les decía que la suspensión del cobro se debía a las inasistencias, se les ofrecía firmar, junto a la presidenta de su cooperativa “un acta de reincorporación”, en la que dejaban constancia de que a partir de ese día se comprometían a asistir a las capacitaciones. Luego de firmar el acta e reincorporarse a las actividades, volvían a cobrar su ingreso mensual.

Una tarde de mayo de ese mismo año, Flavia, la presidenta de otra cooperativa de Moreno, me invitó a una reunión que ella había convocado en la casa de una de las mujeres de su cooperativa. La había conocido a Flavia en una reunión de Comunidad Organizada. Ella estaba militando en la agrupación y Marcos nos había presentado, diciéndole que yo “necesitaba ayuda para mi tesis”. Flavia enseguida se mostró interesada por el tema y aseguró que me iba a invitar a reuniones o actividades que hicieran. La invitación llegó dos semanas después, vía mensaje de texto.

- Hola Flor, si te sirve de algo hoy hago una reunión de urgencia con la cooperativa. Es a las 15 hs. Si podés venir, avísame.

Tres horas después nos estábamos encontrando en pleno centro de Moreno, entre el tumulto que caminaba por la estación y los ruidos del tráfico. Flavia me propuso viajar en remis para llegar más rápido. Ella tenía en ese momento 38 años y trabajaba como empleada de seguridad privada en dos bares nocturnos de la Capital Federal. Estaba apurada porque a las 17 Hs. ya tenía que estar de nuevo en la estación para tomarse el tren e ir hacia su trabajo. Ese día le tocaba en un bar en villa crespo. “Es tranquilo, lleno de gringos”, me dijo cuando le pregunté cómo era el lugar.

Durante el viaje, me comentó que entre otras cosas, la reunión buscaba “ajustar algunas cosas” con respecto a las asistencias: “¡Muchas están faltando y me levantan en peso a mí!”, me dijo.

Además, las “responsables del CAL” habían pedido que las presidentas entregasen esa misma semana, una planilla con la “situación educativa” de las mujeres que integran las

cooperativas. Debían dejar constancia de quiénes habían terminado el secundario y quiénes se encontraban cursando aún sus estudios formales. La planilla debía ser acompañada con los respectivos certificados de alumno regular o analítico según cual fuera el caso. Flavia me comentó que la reunión la realizaban en la casa de Marcia, una mujer de unos 30 y pico de años que sufría obesidad y tenía complicaciones para trasladarse. Marcia no podía asistir a capacitaciones o reuniones con frecuencia debido a su estado de salud, pero colaboraba difundiendo información de reuniones y actividades, completando planillas o llevando el libro de actas de la cooperativa. Sus inasistencias a las capacitaciones se encontraban “justificadas”.

Cuando llegamos a la casa de Marcia, una treintena de mujeres ya estaban reunidas alrededor de una gran mesa rectangular. Las hijas de la anfitriona alcanzaron sillas para nosotras y Flavia me introdujo como “una antropóloga que está haciendo su tesis”. Me pidió a mí que dé más detalles de mi trabajo y luego a las mujeres presentes que votaran si estaban de acuerdo en que yo me quedara en la reunión.

- No están obligadas a decir que sí eh... tienen todo su derecho a decir que no- dijo Flavia
- Por mí no hay problema...- dijo una de las mujeres
- ¡Si no tenemos nada que ocultar!- coincidió otra.

Si bien hubo otras mujeres que permanecieron en silencio y no emitieron opinión, mi presencia en la reunión se dio por aceptada debido a la ausencia de negativas. En ese momento, Marcia se encontraba sentada en una silla de madera y tenía el libro de actas abierto sobre la mesa. Estaba pasando lista de quienes se encontraban presentes en esa reunión y también actualizando la información de las últimas actividades que se habían realizado. A medida que mencionaba a las mujeres, iba colocando “P” al lado de los nombres de quienes estaban presentes. El ausente se registraba mediante un punto verde para las “ausencias con aviso” o “justificadas” y un punto rojo para las ausencias que carecían de justificación. Un rato más tarde, cuando todas se habían retirado y solo quedamos Flavia, Marcia y yo, la escucharía decir a Marcia que diferenciar entre falas justificadas y no

justificadas había “dado resultado” para llamar la atención de las mujeres. Comprendí que la práctica de llenar el cuaderno delante de todas y mostrar públicamente la situación de cada una, lejos de ser azarosa, permitía mostrar la transparencia en el manejo de las planillas al mismo tiempo que indicaba frente a todas las consecuencias que venían aparejadas con las inasistencias. Puntos rojos y verdes sintetizaban, al menos en parte, el lugar que cada una ocupaba en la cooperativa y el cumplimiento o incumplimiento de las normas establecidas.

Antes de que Marcia empiece a explicar los detalles de la planilla de la situación escolar, Flavia dijo que “del Ministerio” estaban queriendo saber quiénes estudiaban y quiénes no y que cada una debía hacerse responsable por el cumplimiento o incumplimiento

- Si a alguna le llegan a descontar, eso no es mi culpa- dijo Flavia- acá somos todas grandes y cada una sabe lo que tiene que hacer... Porque a mí me llega que algunas van al CAL a hablar mal de mí. Y yo no tengo la culpa ni de lo que ustedes hacen, ni de lo que hace el Ministerio. Yo siempre comunico las cosas y conmigo ustedes siempre se pueden comunicar. ¿O yo alguna vez no les atendí el teléfono?

Flavia comentó que las que estudiaban en el Fines pero no estaban en comisiones compuestas exclusivamente por “beneficiarias” del programa, debían acercar ellas mensualmente un certificado de alumno regular al CAL. En las otras comisiones había personas encargadas específicamente de tomarles la asistencia. Marcia pasó a explicar que entre ese día y el día siguiente estarían recibiendo los papeles para completar la planilla de la situación escolar. Flavia pidió disculpas por el poco tiempo de anticipación en la notificación y se excusó remarcando que “del CAL” habían avisado recién el jueves y que, como el viernes había sido feriado, no había quedado otro margen para reunirse.

Mientras se discutían estas cuestiones, entró a la casa una mujer de la cooperativa y vi que varias mujeres comenzaron a conversar algo por lo bajo acerca de su llegada. Flavia no tardó en acusar recibo de su aparición:

- Bueno, tengo a varias chicas que se tienen que ir a buscar a los chicos y yo también me tengo que ir rápido... Pero vamos a aprovechar este momento, en el que está acá la señora Eliana López.- dijo anunciando su nombre con solemnidad- Yo le quiero preguntar a ella, que nos diga qué es lo que piensa hacer, si va a participar o no de las reuniones...
- Yo si no vine fue porque nunca me avisan y si me siento agredida y excluida, obvio que no me voy a querer acercar.
- Disculpame- la interrumpió Cecilia con ímpetu.- ¿De cobrar todos los meses te acordás? ¿Te enterás de que hay que ir a cobrar? Bueno entonces si estás cobrando, me parece que podés acercarte al menos a ver qué está pasando. Acá somos un montón de mujeres que tenemos teléfono y siempre podés llamar...
- El día ese que estábamos en la plaza, vos fuiste, nos viste y ni te acercaste a saludar a ver qué estábamos haciendo. Así que no te vengas a quejar – dijo otra de las mujeres refiriéndose a unas jornadas denominadas “Mujer y Memoria” que se habían realizado en marzo de ese año.
- Y la otra vez, cuando nos cruzamos por el barrio yo estaba dispuesta a saludarte y vos ni me miraste. Pasaste al lado mío como si yo fuera un sorete tirado ahí. Yo no me olvido de eso. Además nos fue llegando que vos anduviste diciendo por ahí que no ibas a venir porque nosotras somos un nido de serpientes.
- ¡Yo jamás dije eso!- se defendió Eliana.- Me parece que somos todas personas adultas y que ustedes me podrían integrar mejor. Yo siempre me sentí agredida...
- Mirá Eliana, la que se alejó fuiste vos.- Intervino Flavia como queriendo ponerle punto final al intercambio- Nosotras siempre seguimos acá y siempre podías venir... yo jamás te quite el saludo. Siempre se te avisó. Como vos dijiste, somos todas personas adultas, y sos vos la que tiene que decidir si va a seguir en la cooperativa o no. Porque nosotras avisar, te avisamos. Ya desde el año pasado anotamos a quien se le avisa qué cosa, día y hora. Para que quede registrado. Sino venís, tenés ausente. Y vos te arreglarás.

Fue un momento de mucha tensión. Eliana no encontraba la forma de defenderse de las acusaciones. Finalmente dijo que iba a venir a las reuniones “si le avisaban”. La sola insinuación de que podían “no avisarle”, reavivaba el conflicto generando una gran ofensa en sus compañeras. Flavia y Marcia se sentían especialmente agredidas ya que al ser las encargadas de comunicar y avisar cuando había reuniones, sentían su comentario como una acusación de que eran ellas quienes no estaban “cumpliendo” con sus tareas.

Fue llamativo que varias de las mujeres trajeran a colación como algo importante el hecho de que Eliana no las saludase. Al invertir la ecuación y resaltar “yo no te quité el saludo”, Flavia había aludido al mismo tema y había respondido a una acusación que no había sido dicha pero que, quizás, estaba latente.

Presenciar esta discusión me hizo pensar que, en estos desencuentros, en estas broncas que se hacían recurrentes, se expresaba algo más que la indignación ante el hecho de que sus compañeras se comprometan o participen de forma desigual. Lo que le pedían a Eliana era que se acerque, que no se aleje, que salude, que llame. La bronca de las mujeres no se fundaba sólo en si Eliana participaba o no en las reuniones, sino en la forma en que ella se relacionaba con las demás. No era sólo el incumplimiento de los requisitos que establecía el programa lo que estaba en juego, sino también la imagen pública de las personas involucradas. Las ofendía la posibilidad de que se dijera que eran “un nido de serpientes”. Es probable que lo que enojaba a Flavia, Marcia, Cecilia y las demás, era sentir que Eliana las despreciaba y, acusándolas de haberla agredido o de “no integrarla”, construía una imagen desfavorable de ellas como personas. Sentirse tratadas “como a un sorete” daba cuenta de que su bronca no se explicaba sólo porque ella esté incumpliendo con la obligatoriedad que enunciaba el programa, o porque “no hiciera nada y cobre”, era el tipo de trato que Eliana entablaba con ellas lo que estaba en juego. Eliana les fallaba a ellas mismas, más que al programa. Al defenderse, Eliana también recurría a cuestiones vinculadas al trato que recibía, decía que se sentía “agredida”, “no integrada”, “excluida”,

Si Flavia había dado inicio a la reunión pidiéndole a cada una de las mujeres que se responsabilizara por su cumplimiento o incumplimiento, el desencuentro con Eliana trajo otras cosas a la luz. Además del cumplimiento con las responsabilidades asumidas

individualmente con el programa, había otras cuestiones que se movilizaban en estas discusiones. Probablemente, lo que le marcaban a Eliana era que esperaban que esté más cerca, no sólo por la obligatoriedad, sino porque les dolía su alejamiento. Flavia también había tomado distancia de la obligatoriedad cuando me introdujo en la reunión, había remarcado que “no estaban obligadas a aceptarme”, pero que era “una forma de ayudarme”. Separarse de la imagen de quienes hacen las cosas por obligación, parecía ser algo clave entre ellas.

Al fin de la reunión, cuando me quedé sola con Flavia y Marcia, mientras reanudábamos el mate y charlábamos de las tareas escolares de sus hijos, Marcia recordó el conflicto con Eliana y, ya sin la misma exaltación que había primado durante los intercambios con ella, con un tono reflexivo y hasta de un cierto lamento, me dijo:

- Ella dice que no viene porque el mensaje no le llegó, pero otras veces sí le llega... Después anda diciendo en el CAL que somos desunidas. Pero no es así. Vos que venís por primera vez, ¿Qué pensás? ¿Somos desunidas?

Le respondí que no me parecían desunidas y que consideraba que en cualquier grupo hay conflictos, desacuerdos, pero que era valioso que se genere el espacio para hablar las cosas. Marcia pareció contenta con mi respuesta. Fui comprendiendo que había un elemento más que orientaba la construcción de modalidades de compromiso y participación entre las mujeres y que de algún modo, formaba parte de un “deber ser” de las mujeres. No era sólo tomar distancia de quienes “iban por la plata” o “no se comprometían”, sino construir un grupo “unido”, no ser un “nido de serpientes”. Esta vez, era por medio de acusaciones públicas que se movilizaban estas imágenes ideales de la cooperativa. Me vino a la cabeza la imagen de Carla, cuando Mariela la desalentó de “armar un proyecto y pedir máquinas”, recurriendo justamente a que no eran lo suficientemente unidas o solidarias como para hacerlo. Estos valores morales- de unión y solidaridad- parecían demarcar lo que era (y no era) posible hacer.

La pregunta de Marcia me puso en un lugar incómodo. Al interrogarme acerca de “cómo las veía”, ella me invitaba a responder si yo creía que ellas eran o no un grupo unido. Estuve tentada de decirle que no era mi intención posar sobre ellas juicios valorativos, pero

sentí que mi indefinición iba a ser tomada a mal. El silencio ante un pedido de opinión podía colocarme demasiado por fuera y quizás hasta por encima de sus problemáticas. Percibí que para ellas, ser o no “unidas”, resultaba una preocupación importante que yo también debía darle relevancia. En ese momento, improvisé una respuesta en la que intentaba, quizás no exitosamente, tomar distancia un poco de la idea esencializada de unidad, resaltando que “en cualquier grupo hay conflictos”. Su pregunta me quedó resonando en la cabeza. Me quedé pensando en la fuerza que tienen estos valores morales a la hora de clasificar personas y grupos y en la forma en que las personas, al pensarse más lejos o más cerca del cumplimiento de esos valores, construyen proyecciones acerca de lo que es y no es posible hacer. Estas proyecciones cobran una relevancia específica al tratarse de cooperativas de trabajo, ya que estas entidades suelen ser muchas veces definidas a partir de una serie de “valores y principios cooperativos”, entre los que se destacan la “ayuda mutua, la igualdad y la democracia”²⁸.

En la introducción a *A companion of moral anthropology*, Didier Fassin (2012) propone la construcción de una perspectiva antropológica que tome distancia del legado normativo de buena parte de la filosofía moral y se ocupe de estudiar- descriptiva y reflexivamente- los sentimientos, juicios y prácticas morales. Fassin sugiere una Antropología moral y no una “de las moralidades”, sosteniendo que la segunda remite a la construcción de un objeto de un modo mucho más estrecho. Las moralidades no son entidades discretas plausibles de ser separadas de otras esferas de actividades humanas. No alcanza con analizar códigos morales o dilemas éticos como si pudieran ser separados de lo político. Fassin (2013) propone estudiar la forma en que los sujetos intentan actuar moralmente. El autor sostiene que frecuentemente estos sentimientos morales trasciendan dicotomías construidas a priori tales como lo bueno y lo malo. Uno de los aportes de esta mirada es pensar la construcción de estos sentimientos y moralidades sin recurrir a abordajes que priorizan la conceptualización de agentes racionales o estratégicos, que actúan a partir del interés. Desde la perspectiva propuesta por Fassin, las personas intentan

²⁸ Fuente: “Qué es una cooperativa? Valores y Principios” Disponible en <http://www1.inaes.gob.ar/es/articulo.asp?id=39> Fecha de consulta 28/03/2016

actuar moralmente y ser sujetos éticos. Sentimientos como la bronca, la indignación y la ira, no se encuentran escindidos de aquello que es experimentado o imaginado como injusto.

Estos aportes me permitieron reflexionar acerca del modo en que la expresión de sentimientos- bronca, enojo e indignación- sucede muchas veces de forma conjunta a la movilización de supuestos morales. Sin embargo, no se trata de ubicar a la expresión de dichos sentimientos como acción estratégica basada en el cálculo racional. Siguiendo la conceptualización que hace Fassin, podemos afirmar que la bronca y el enojo que las integrantes de la cooperativa expresaban hacia Eliana se fundaba en sensaciones de injusticia pero no se limitaba al cálculo racional que conducía a pensar como injusto que algunas “cumplieran” con los requisitos del programa y otras no lo hicieran. En sus sentimientos, entraban en juego cuestiones más profundas vinculadas a la construcción de una imagen pública aceptable tanto de la cooperativa, como de ellas mismas como personas. De esta manera, si en el apartado anterior recorrimos el modo en que, a partir de la circulación de chismes y rumores, las integrantes de las cooperativas expresaban tensiones, procesaban conflictos y tejían alianzas; en esta sección reconstruimos las modalidades en que los desacuerdos pueden desembocar en acusaciones públicas. Vimos entonces que en la discusión abierta de las diferencias, se ponía el juego la imagen pública de la cooperativa y de sus integrantes, cobrando centralidad la movilización de ciertos valores morales, como el de la unidad.

¿Y dónde están las que no están?

Una mañana en Moreno, el tallerista dedicó una primer parte de la capacitación de “Género y proyectos de país” a conversar acerca de las imágenes que, los medios de comunicación y “la gente” se suele de quienes reciben ayuda estatal.

- Hay gente que piensa que ustedes acá vienen a no hacer nada y ustedes saben que no es así...- dijo - Por eso es importante que mostremos lo que estamos haciendo acá.

- Pero hay algunas chicas [del programa] a las que no les importa venir. Piensan que esto es sólo por el sueldo, no aprovechan la oportunidad de aprender, de estudiar, de hacer el taller de plomería- dijo una de las mujeres.
- Bueno, por eso nos pidieron que seamos más detallistas con el tema de la asistencia, también porque es una demanda que surge de parte de ustedes, de parte de las que vienen, que les resulta injusto que otras no vengan y de lo mismo. Pero... ¿por qué creen que hay chicas a las que no les interesa venir?
- Y... piensan que es al pedo. Que mejor se quedan en la casa total cobran igual, piensan que esto es sólo cobrar
- Es que si bien la plata es una ayuda importante para todas nosotras, el plan no es sólo la plata, a nosotras se nos paga para que nos capacitemos, para que vengamos- dijo Laura
- Tal vez algunas no vienen porque los maridos no las dejan- dijo Rocío.
- ¿A alguna de ustedes les pasa eso? ¿Tienen problemas con su familia para poder venir acá?-
- Siii! Mi marido no quiere, pero yo vengo igual! Yo le digo “Tengo que ir, tengo que ir” y me voy Él es muy machista... ¡vos no escuchés!- Rocío le tapó los oídos a su hija que estaba sentada junto a ella para seguir hablando- Es su papá, él me dice qué vas a ir a hacer allá, piensa que me tengo que quedar en casa, con los chicos...
- ¿A las demás también les pasa eso?- insistió el tallerista
- Sí, a mi marido tampoco le gusta mucho. Cuando hicimos el taller de plomería, él me decía “¿¿Plomería vas a estudiar?? Si eso es cosa de hombres...- dijo Laura
- Bueno, ustedes piensen que seguro que el año pasado estuvieron trabajando con lo que es la naturalización de esas cosas, ¿no? Como hay cosas hay que ir desnaturalizando. Porque por ejemplo desde los medios de comunicación, desde las publicidades de detergente, siempre muestran a una mujer lavando los platos y nunca a un hombre. Todo ese discurso a nosotros nos llega como que lo más natural es que la mujer se quede lavando los platos y los hombres sean los que salgan a

trabajar. Por eso no nos tenemos que enojar con la compañera que no viene, tenemos que tratar de decirle que venga...

- Sí, pero nosotras le decimos una, dos veces y a la tercera ya te cansás- dijo Rocío.
- Sí, pero piensen que es un trabajo andar desnaturalizando todo lo que uno siempre pensó que era lo que había que hacer. Además también tenemos que mostrarle a las compañeras que las cosas que estamos haciendo acá están buenas, que vale la pena venir, que no es que nos juntamos a boludear.

En las palabras del tallerista, la bronca y el enojo podían transformarse en algo más. En primer lugar, lo que él proponía era interrogarse acerca de por qué las mujeres no iban. Esta pregunta fue trayendo a colación aspectos vinculados al “lugar de la mujer en la sociedad” y más específicamente a la forma en que los mandatos de la tradicional división sexual del trabajo impedían a las mujeres acercarse a las capacitaciones: “Alguna no vienen porque los maridos no las dejan”. Así, de acuerdo con su propuesta, para trascender el enojo, había que hacer un trabajo de desnaturalización que empezaba preguntándose por los motivos que hacían que las mujeres no vengan y desembocaba en la importancia de “mostrar” las cosas que se hacían, para de algún modo reivindicar la importancia de los espacios de capacitación y reafirmar que “no es que nos juntamos a boludear o a no hacer nada”. Este ejercicio de desnaturalización de estereotipos alcanzaba entonces también a la voluntad de discutir las imágenes que se tenían acerca de quienes cobran asistencia del Estado.

La pregunta del tallerista buscaba entonces desplazar del centro del análisis las cuestiones personalistas e individuales acerca de “las que no vienen”, para conectarlo con fundamentos “sociales” que se involucraban en las dificultades de algunas mujeres para asistir. Su propuesta no tardó en traer a relucir aspectos vinculados a las relaciones de género.

Unos meses después, estábamos reunidos en el local de militancia de Comunidad Organizada. No era una reunión del programa, era “política”. Había allí, además de Laura y Marcos, varias mujeres de distintas cooperativas del programa, en su mayoría presidentas. Estábamos por entrar en campaña electoral para las elecciones generales de octubre y

Laura había convocado a varias mujeres “interesadas en acompañar”. La situación era similar a muchas otras que tuve la oportunidad de compartir durante mi trabajo de campo. Marcos les comentaba a las mujeres que Comunidad Organizada era una agrupación de jóvenes que iban por un proyecto colectivo que buscaba “mejorarle la vida al vecino”. En sus explicaciones, se distanciaba de la política punteril, remarcaba que ellos “no daban [mercadería, remedios y otras ayudas] por acompañar”. Si podían, ayudaban y esperaban que el otro decidiera acompañar. Las mujeres escucharon atentamente y varias veces asintieron con la cabeza dando muestras de aceptación. Marcos remarcó, como tantas otras veces, la importancia de las movilizaciones

- Si nosotros vamos al acto del intendente, o a bancar a Cristina, no es sólo porque queremos apoyarlos, también queremos demostrar que somos muchos y si no nos dan lo que pedimos, un día podemos estar haciendo un corte en la puerta del municipio.

Para Marcos, la agrupación debía construir “organización popular” y esto consistía en reclamarle al Estado lo que debía hacer. Si las calles estaban rotas, dijo, no era sólo “culpa del estado”, también era porque la gente “no se organizaba para pedir”. En ese momento, Laura intervino recordando experiencias de su cooperativa, poniendo el foco en lo que desde su perspectiva dificultaba la construcción de dicha organización, puesto en sus palabras como “participación”

- Las salitas del barrio están mal, no tienen ni un litro de detergente. Nosotras tenemos que participar en eso. A nosotras la cooperativa nos tiene que servir para hacer algo más. No podemos quedarnos con cobrar y punto. Y para todo lo que es salud, las mujeres somos las más capacitadas, las que más podemos colaborar... Porque le preguntás a un hombre y ni sabe cuándo hay que darse las vacunas!

- ¡A mí no me mirés que yo no tengo hijos!- dijo Marcos descruzando brazos y alzando las manos con una sonrisa.

- No importa, seguro que cuando los tengas se va a ocupar tu novia, es así.- continuó Laura-

- Sí, para mí no nos tenemos que quedar con que hay un par que no vienen- dijo Miriam, presidenta de otra cooperativa del barrio- porque eso nos perjudica a todas, tenemos que avanzar más allá de eso. Sino por dos o tres que no vienen, no hacemos nada. Te quedas pensando “es que ella falta y cobra”

- Es que son la mayoría te digo- Opinó Melina- yo soy presidenta de una cooperativa y ahora empezamos con los cursos de cloacas y de 34 que hay en mi cooperativa, vinieron 14. Entonces vos decís, ¿Qué pasa con las otras 20? ¿Dónde están? A mí no me parece bien. Es verdad que se trata de incluir, de un programa de inclusión social, pero tampoco puede ser así.

- Sí, es que yo opino- dijo Marcos- Que más que estigmatizar a la compañera que no viene, hay que pensar en por qué no viene esta compañera, averiguar, preguntarle, ver cómo la podemos ayudar. Eso es algo que tienen que hacer los funcionarios, porque por ahí esa persona que no viene está teniendo un problema de salud, o está pasado por una situación de violencia.

A las mujeres presentes en la reunión, todas inscriptas en el Programa Ellas Hacen, los dichos de Marcos acerca de las modalidades de organización barrial, las llevaban a sus experiencias en las cooperativas. En el marco del programa, ellas habían aprendido que lograr que las mujeres participen, no era una tarea fácil, no estaba dado de antemano. Si Miriam opinaba que había que ir más allá de eso y actuar a pesar de que haya quienes no vayan, Marcos volvía a dirigir su atención a lo mismo que había dicho el tallerista: “¿por qué no vienen?”.

A principios de septiembre de 2015, tuve la oportunidad de participar, junto a Laura, militantes de otras agrupaciones políticas y funcionarias de la Dirección de la mujer, del primer “Encuentro local de mujeres en Moreno”. El encuentro replicaba la organización de los encuentros nacionales y regionales, estaba organizando en 10 talleres de debate y reflexión²⁹. A pesar del esfuerzo que todas las integrantes de la comisión organizadora

²⁹ El Primer Encuentro Local de Mujeres fue promovido en el distrito de Moreno por iniciativa de la Dirección de la Mujer del municipio, respondiendo a la demanda surgida a partir de la movilización nacional “Ni una

pusimos en difundir la actividad, la convocatoria fue menor de la que esperábamos. La situación traía sobre la mesa, otra vez, la misma pregunta:

- Difusión hubo- dijo una funcionaria de la Dirección de la Mujer cuando estábamos por dar inicio a uno de los talleres- pero tengan en cuenta que este es el primer encuentro de mujeres de acá de Moreno. Y a veces cuesta que las mujeres se acerquen, nos cuesta porque muchas veces los sábados se tienen que quedar haciendo cosas en la casa, cuidando a los hijos. Hay que ir construyendo eso. En el primer encuentro nacional de mujeres había 100 y pico de personas y ahora van muchísimas más...
- Además- intervino una militante de SUTEBA³⁰ que participaba como asistente- Ustedes dicen “¡qué poca gente!” y tal vez nos tenemos que preguntar: “Las mujeres que no están acá, ¿dónde están? ¿Están en sus casas limpiando? ¿Con sus maridos? ¿No tienen con quien dejar a los hijos? ¿Por qué no vinieron?”

La intervención de la militante de SUTEBA fue efectiva para redirigir el centro del debate. El taller que estábamos a punto de comenzar a coordinar se llama “Mujeres, participación, poder y decisión”. Su propuesta de imaginar dónde estaban las que no estaban nos dio el puntapié para comenzar a pensar algunos de los ejes que habíamos previsto para el taller. Específicamente, su sugerencia colocaba el asunto de la “participación” de las mujeres en un terreno concreto.

Si la pregunta sobre las prácticas cotidianas de las mujeres inscriptas en el programa Ellas Hacen me había llevado a interrogarme sobre las formas de “participación”, esta indagación me había llevado recurrentemente hacia las relaciones de género. Era necesario

menos”, que había acontecido el 3 de junio de 2015. A partir de dicha movilización fue que las funcionarias de la Dirección de la Mujer recibieron distintos llamados de mujeres que manifestaron el interés de “hacer algo a nivel local”. La dirección convocó entonces a distintas organizaciones sociales, agrupaciones políticas y sindicatos a que participen de la “Comisión organizadora” para convocar a un Encuentro Local de Mujeres. Durante el mismo, se replicó en parte el funcionamiento de los Encuentros Nacionales. Hubo 10 talleres de discusión que se realizaron en forma simultánea y en los que se trabajó con las siguientes temáticas: Educación, Parto Respetado, Diversidad Sexual, Tierra, vivienda y Hábitat, Trabajo y Sindicato, Cultura, Arte y Recreación, Violencia de Género, Comunicación, Adicciones y Poder, participación y decisión.

³⁰ Sindicato Unificado de Trabajadores de Educación de Buenos Aires.

preguntarse por qué no venían las mujeres, dónde estaban las que no estaban en las reuniones, capacitaciones, los encuentros. Quizás, las que no estaban, estaban dedicándose al cuidado de los hijos o al trabajo doméstico. Quizás tenían maridos que no les permitían abandonar esas tareas para participar de esos espacios. Detenerse sobre estas cuestiones le permitió a algunas mujeres trascender los sentimientos de bronca y enojo hacia las que no venían. Desde este lugar, era posible desafiar las visiones iniciales que sentenciaban “no les importa”, “no les interesa”. Después de todo, se trataba de algo similar a lo que la misma Mariela le había reclamado a sus compañeras cuando se enojaron con ella: “nunca me preguntaron por qué no estaba viniendo”.

Reflexiones finales.

Comencé este capítulo preguntándome por la forma en que el carácter obligatorio de la asistencia a capacitaciones y reuniones del programa era reconstruido y procesado colectivamente por las mujeres inscriptas en él. Mi pregunta tenía como punto de partida, retomando estudios que han etnografiado distintas prácticas políticas de sectores populares (Fernández Álvarez, 2007b; Quirós, 2011; Ferraudi Curto, 2011; Semán y Ferraudi Curto, 2013; Colabella, 2013) la afirmación de que el hecho de que estas actividades sean obligatorias, no agota el análisis de cómo se produce la participación entre las mujeres. Este abordaje se ancla en la intención de tomar distancia, teniendo en cuenta los aportes que dichas etnografías han hecho al respecto, del análisis de la política popular que da por sentada imágenes morales contrapuestas acerca de lo que es y no es política. Entre mis interlocutoras del trabajo de campo, la existencia de un requisito que establecía la obligatoriedad de asistir a distintas capacitaciones no agotaba la forma en que ellas vivenciaban su inscripción en dichos espacios. De este modo, desarrollé la forma en que tener “voluntad de trabajo” y “no ir obligadas” o “por la plata” fue una forma recurrente en la cual las mujeres tomaban distancia de miradas estigmatizantes acerca de quienes reciben ayudas del Estado. Argumentos similares eran movilizados cuando surgían desacuerdos entre las integrantes de las cooperativas, al respecto de la forma desigual en que las mujeres “participaban” o “se comprometían” con las actividades. Las mujeres debatían acerca de qué significaba “participar” y qué

situaciones “justificaban” una inasistencia. El modo en que ellas reivindicaban su compromiso con la cooperativa, no respondía a un modelo moral externo e impuesto desde afuera; constituía una parte central de las formas en que sus integrantes se evaluaban y clasificaban a sí mismas y a sus compañeras.

Muchas veces, estos desacuerdos involucraban la expresión de bronca y enojo por parte de quienes asistían regularmente a las capacitaciones y argumentaban que era injusto que sus compañeras no asistieran. El seguimiento de distintos desacuerdos y conflictos entre las integrantes de las cooperativas me permitió reflexionar acerca de qué estaba en juego en la expresión de la bronca o el enojo, más allá del incumplimiento de los requisitos establecidos por el programa. Así, retomando los aportes de Fassin (2012, 2013) podemos abordar a dichas sensaciones en las que se movilizan juicios morales o definiciones acerca de lo justo e injusto, tomando distancia de miradas que ponen el foco en la estrategia y el cálculo racional. No sólo la inasistencia provocaba tensiones entre las mujeres. No era sólo el (in)cumplimiento de un contrato que establecía la obligatoriedad de asistir a ciertas actividades lo que se ponía en juego en estos desacuerdos. Entre asistir o no asistir, cumplir o no cumplir, se ubicaban un sinnúmero de otros matices y era allí donde entraban en consideración aspectos que no formaban parte de los requisitos establecidos en el programa y que involucraban tanto la forma en que se “participaba” como el trato personal (saludar, llamar, acercarse). Las formas en que las mujeres se involucraban en las actividades y los modos de relacionarse también resultaron centrales a la hora de definir qué se entendía por participación.

Por último, desarrollé la forma en que estas tensiones fueron derivando en reflexiones acerca de las relaciones de género en la vida familiar. Fue en principio a partir de las propuestas de reflexión y debate que tenían lugar durante las capacitaciones que se abrió camino a reflexionar acerca de los posibles fundamentos sociales que impedían a algunas mujeres de participar de las capacitaciones. Al interrogarse ¿dónde están las que no están?, o ¿por qué no vienen?, las mujeres reflexionaron acerca de los mandatos sociales asociados al género femenino. Esta consideración permitió ir más allá de los sentimientos de bronca e indignación para repensar las desigualdades entre hombres y mujeres,

poniendo el foco en el modo en que se distribuyen las tareas. En el siguiente capítulo, profundizaré en algunos análisis al respecto de las relaciones de género entre mujeres del Ellas Hacen, prestando especial atención a la forma en que ellas lidian con las múltiples responsabilidades que surgen de su lugar como madres o cuidadoras y su inscripción en un programa de “inclusión social”.

Capítulo 3: Mujeres Pulpo. Cuidar, estudiar, “participar”.

Introducción

Una mañana de noviembre de 2014, estábamos junto a las integrantes de la cooperativa “Mujeres Valientes” sentadas en el club donde solían realizarse las capacitaciones de “Género y proyectos de país”. El tallerista llegó con un papel afiche y un pilón de hojas A4 y empezó a llamar la atención de las mujeres en pos de dar inicio a la actividad que tenían prevista para ese día. Cuando finalmente logró que lo escuchen, les preguntó a las presentes cómo andaban y en qué situación estaban sus hogares luego de las inundaciones que habían ocurrido poco tiempo atrás. A continuación, comenzó a repasar los contenidos que se habían trabajado en el taller anterior. De repente, Carla lo interrumpió: “Profe, yo ahora en 10 minutos me tengo que ir porque tengo que ir a empadronarme”.

El “empadronamiento” era un trámite personal que requería el programa, se realizaba anualmente y consistía en responder una encuesta de “actualización de datos” sobre su situación educativa, familiar, habitacional y sanitaria. También incluía una serie de preguntas que pedían su opinión acerca de las capacitaciones y otras actividades realizadas en el marco del programa. Para cumplir con este requerimiento, se las había citado en distintas fechas según el último número de su DNI.

- Bien... Por eso yo les preguntaba si había algo más para aclarar, para charlar.- retomó el tallerista- Yo les preguntaba para discutirlo al principio. Entonces hay chicas que se tienen que ir para empadronarse. Esas chicas se van a tener que retirar. ¿Cuántas son?

Carla y Mariela alzaron sus manos

- Bueno, ellas dos se tienen que ir a empadronar

- Disculpe profe. El horario para empadronarse es de 9 a 15, así que tranquilamente pueden quedarse en el taller e ir después de que termina- opinó la presidenta de la otra cooperativa con la que compartían el taller.

Esta intervención desató una polémica acerca de si se justificaba o no que quienes debían “empadronarse” se retirasen del taller para realizar el trámite. Ante las críticas, Carla expuso sus argumentos acerca de por qué no podía realizar el “empadronamiento” luego del taller:

- Yo no puedo ir a empadronarme después de clase porque tengo que ir a buscar a los chicos a la escuela, por eso iba a ir ahora.
- Acá todas somos madres. Todas tenemos hijos y tenemos mil problemas con eso. Entonces tenemos que ponernos de acuerdo porque si vamos a tomar como que una no viene porque tiene que buscar a los chicos, a todas nos pasa eso...- opinó con firmeza una de sus compañeras.

Finalmente, el tallerista propuso que quienes se retiraban iban a tener en la planilla de asistencia un “ausente justificado” porque se habían ido a realizar una actividad en el marco del programa. Sin embargo, las dos chicas que habían levantado la mano decidieron quedarse e ir a empadronarse luego del taller. Carla habló por teléfono con su madre y le pidió que retire a sus hijos por ella.

Durante mi trabajo de campo, tanto en Tres de Febrero como en Moreno escuché varias veces respuestas similares a la que recibió Carla ese día. Flavia había usado casi las mismas palabras cuando, una tarde de Mayo de 2015, me explicó los temas que se iban a tratar en la reunión de su cooperativa, a la que estábamos por asistir

- Hay muchas que están faltando a la escuela y hay casos que yo sé que están muy complicadas o tienen muchos hijos, pero no se puede justificar a todo el mundo. Todas tenemos hijos y cuando nos inscribimos al programa, sabíamos para lo que era, sabíamos que ibas a tener que asistir a las capacitaciones y estudiar

Su asociación con prácticas de cuidado infantil aparecía como una situación común a todas las mujeres, de la cual muchas veces se desprendían “complicaciones” para poder asistir a las capacitaciones. “No tener con quien dejar a los chicos” era uno de los obstáculos más frecuentes que dificultaba su participación en las actividades del programa. Algunas

sorteaban esta situación llevándolos/as con ellas, dejando a los/as hijos/as menores a cargo de los/as mayores o al cuidado de algún familiar. Además, era frecuente que el horario de las capacitaciones coincidiera con turnos médicos, trámites, actos del colegio de sus hijos/as o se cruzara con otras situaciones imprevistas como problemas de salud de ellas o de sus familiares. En la mayoría de los casos, eran las únicas responsables de llevar y traer hijos/as a la escuela y al médico/a, alimentarlos/as cuidarlos/as y ayudarlos/as con actividades escolares. A estas actividades se les sumó su propia escolarización, la realización de trabajos prácticos, diversas capacitaciones y, en el caso de las presidentas, el manejo de planillas y de la comunicación interna de la cooperativa.

Diversos estudios han señalado que la forma en que una sociedad encara la provisión de cuidados tiene implicancias significativas para el logro de la equidad de género, ya que las responsabilidades que surgen de dicha provisión suele estar desigualmente distribuida entre varones y mujeres (Esquivel, Faur y Jelin, 2012). Se ha sostenido que los trabajos de cuidado permanecen asociados a lo femenino y, como otras tareas vinculadas al género, es frecuente su invisibilización y escaso reconocimiento (Arango Gaviria, 2011; Carrasco, 2011). A pesar del aumento de la tasa de actividad femenina y el mayor acceso a la educación, el desequilibrio de género persiste debido a que las mujeres continúan haciéndose cargo de las tareas del hogar (Arango Gaviria, 2011) resultando excluidas del goce pleno de derechos ciudadanos (Aguirre Cuns, 2008). Se ha destacado que las políticas públicas han intervenido sobre esta tensión entre trabajo y cuidado en términos de “estrategias de conciliación” que se han centrado en las mujeres empleadas en el sector formal (Faur, 2006; Findling et al 2011) adscribiendo a una noción de masculinidad desvinculada del cuidado (Pautassi, Gherardi y Faur, 2006). En este sentido, las mujeres de sectores populares, muchas veces excluidas del empleo formal han encontrado mayores dificultades para resolver esta tensión entre trabajo y cuidado, situación que empeora en las familias donde las madres trabajadoras no reciben ayudas de sus parejas (Aguirre Cuns, 2014). Asimismo, por causa de la insuficiencia en la provisión pública del cuidado (Rodríguez Enriquez, 2007; Faur 2010) los hogares de menos ingresos, con posibilidades limitadas de acceder a servicios mercantilizados del cuidado, y a veces con mayor cantidad de

integrantes “dependientes”, registran más dificultades para la inserción laboral de las mujeres, cuyas trayectorias tienden a ser intermitentes y precarias (Cerruti 2003; Zibecchi, 2010). Se ha señalado que esta tendencia de las mujeres de sectores populares a ocuparse del cuidado de personas dependientes postergando el cuidado de sí mismas, responde a un “mandato moral” configurado por relaciones de parentesco que determina deberes y obligaciones (Findling, Mario y Champalbert, 2012). Por otro lado, diversos estudios han sostenido la persistencia de visiones familísticas y maternalistas del cuidado en nuestra sociedad, las cuales sostienen que un buen cuidado es aquel no remunerado y proveniente específicamente del amor maternal (Esquivel, Faur, Jelin, 2012). Es así que esta “ideología maternalista” y las dificultades para acceder a servicios del cuidado en el mercado, incurren en un “círculo vicioso” (Pautassi, 2013; Zibecchi 2013, Faur, 2012) que crea y reproduce desigualdades (Aguirre Cuns, 2014). En conjunto, estos trabajos han aportado a pensar el cuidado como relación social y a problematizar su asociación con la maternidad y las responsabilidades femeninas. Asimismo se han realizado considerables aportes en dirección a pensar horizontes posibles en las políticas sociales, señalando la insuficiencia en la provisión pública del cuidado y cómo ésta incide sobre los hogares de menores ingresos.

La antropología ha contribuido significativamente a la reflexión en torno a fenómenos como el cuidado y la maternidad. Uno de los mayores aportes en este sentido ha consistido en documentar una variedad de formas en que las nociones de “madre” y “mujer” se actualizan en contextos etnográficos disímiles (Palomar Vereá, 2005). Los significados vinculados a la categoría mujer han sido analizados como una construcción histórica que no puede darse por sabida de antemano (Moore, 1991). A partir de la introducción del concepto de género, fue posible problematizar las explicaciones biologicistas de las diferencias entre hombres y mujeres, para pensar a la desigualdad entre ambos como una construcción social (Lamas, 1986).³¹

³¹ Cabe señalar que en estudios posteriores, se ha destacado que a medida que el concepto de género se fue popularizando, éste fue apareciendo como equivalente a “sexo” o como forma más neutral de referirse a la mujer (Lamas, 1999). En este sentido, distintos trabajos han discutido la separación entre femenino y masculino como dos categorías binarias presentes en toda cultura, problematizando la conceptualización dicotómica entre sexo (biológico) y género (cultural) y proponiendo que género y parentesco se influyen mutuamente (Yanagisako y Collier, 1994).

Más recientemente, se han realizado desde la antropología feminista importantes contribuciones en pos de profundizar en la reflexión acerca de la relación entre mujeres y maternidad o cuidados. Comas D'argemir (2014) aportó a estos debates destacando la dimensión social, política y colectiva del cuidado, entendiéndolo como una necesidad universal que se extiende durante todo el ciclo vital. Según la autora, las políticas públicas de provisión de los cuidados tienden a reproducir un imaginario social que, fruto de la articulación entre estructuras de producción y reproducción capitalistas, lo restringe al ámbito familiar y de las mujeres y lo asocia a dimensiones morales y afectivas. Otros estudios han abordado al cuidado como una tarea femenina invisibilizada que implica afectos, relaciones y el soporte emocional necesarios para el desarrollo humano (Koldorf, 2014). Diversos trabajos provenientes de la antropología feminista han realizado interesantes aportes para pensar a los cuidados de forma multidimensional, atendiendo a cómo la maternidad es entendida a partir de concepciones diversas en relación a contextos históricos específicos, sin pasar por alto la atención hacia las desigualdades y relaciones de dominación (Tarducci, 2011; Cernadas Fonsalías, 2012, Tabbush y Gentile, 2014).

En este capítulo me propongo analizar la forma en que en las experiencias cotidianas de mujeres inscriptas en el *Ellas Hacen* las posibilidades de “cumplir” con las actividades propuestas por el programa, se entrecruzan con las responsabilidades como “madres” y “cuidadoras”. De esta manera, en los siguientes apartados busco analizar la forma en que las prácticas vinculadas a “cuidar” y a “estar en el ellas hacen” se desarrollan de forma conjunta. Por un lado, me detendré en el modo en que las responsabilidades del cuidado plantearon de forma recurrente desafíos a la hora de poder asistir a capacitaciones y otras actividades previstas por el programa, aspecto que incurrió en una sobrecarga de trabajo y que permite sostener la persistencia de ciertos aspectos naturalizados de la tradicional división sexual del trabajo, como la asociación entre mujer y maternidad. En segundo lugar, pondré el foco en el modo en que, en el marco de lo trabajado durante los espacios de capacitación, se promovió que las integrantes de las cooperativas reflexionen acerca del modo en que se distribuyen las tareas “en el hogar”, problematizando la desvinculación de los hombres en las actividades consideradas domésticas. Por último, incluiré algunas

reflexiones acerca del lugar que tienen las decisiones en torno a la reproducción, procurando movilizar una perspectiva que permita abrir la categoría de madre y repensar los límites entre “lo doméstico” y “lo político”.

“¡Somos pulpos!”

En marzo de 2015 se llevaron adelante en los distintos distritos donde se implementa el programa Ellas Hacen, unas jornadas tituladas “Mujer y memoria”. Éstas se realizaron en plazas céntricas del conurbano bonaerense y el interior del país. Los talleristas y funcionarios/as del MDSN les propusieron a las integrantes de las cooperativas que, con motivo de conmemorar el día de la mujer y el día de la memoria, se realizaran diversas intervenciones en el espacio público. Dichas intervenciones habían sido antes trabajadas en los talleres de “Género y proyectos de país”. En general, las actividades consistieron en repartir volantes con campañas de prevención de la violencia de género, la realización de radios abiertas, ferias donde se expusieron emprendimientos y la escenificación de obras de teatro.

En la jornada a la que asistí en Moreno, las integrantes de una cooperativa montaron una obra de teatro que dramatizaba un día en la vida de una mujer inscripta en el programa. Desde un micrófono, una de ellas leía los diálogos de la obra que habían escrito mientras las demás interpretaban los personajes de la mujer, sus hijos, su marido, sus compañeras de la cooperativa. La protagonista lidiaba con múltiples actividades superpuestas vinculadas a su participación en el programa y sus responsabilidades como “madre” y “esposa”. Al comenzar su día, ella despertaba a su marido y a sus hijos, planchaba una camisa y preparaba el desayuno. Luego, llevaba a sus hijos al colegio. Mientras ellos estudiaban, ella también asistía a la escuela; al salir, retiraba a los hijos y en el mismo acto su marido le pedía por teléfono que prepare el almuerzo. Mientras caminaba hacia su casa, compraba milanesas y mientras almorzaban, mediaba entre las peleas de sus hijos y les insistía en que “la ayuden con la mesa”, a lo que ellos se negaban rotundamente. Luego del almuerzo, respondía a los llamados de la presidenta de su cooperativa, que le recordaba que a las 14 hs. se veían en un club de barrio, donde se habían comprometido a realizar la instalación de agua aplicando los contenidos aprendidos en las capacitaciones de plomería

que habían tenido anteriormente. Su día terminaba cuando, al llegar a casa y luego de ayudar a sus hijos con las tareas de la escuela, preparar la cena y lavar los platos, se quedaba dormida en la mesa mientras intentaba realizar sus tareas del secundario. Sobre el final, se escuchaba la voz de su marido desde la cama, persuadiéndola para que dejase de estudiar y se acueste con él. Una catarata de aplausos sobrevino al finalizar la obra de teatro. Quienes estaban presentes expresaron que se sentían identificadas con la puesta en escena.

Un par de semanas antes de estas jornadas, en los talleres de “Género y proyectos de país” se había estado trabajando con el reconocimiento del trabajo productivo y reproductivo. A partir de distintas actividades, la tallerista les había propuesto que identifiquen las tareas que ellas realizan en sus hogares, pensándolas como un trabajo que suele estar “invisibilizado”. Esta actividad se enmarcaba en una reflexión ya promovida desde clases previas, orientada hacia a “desnaturalización de los roles de género”. La tallerista trayendo distintos argumentos con el interés de que piensen que el simple hecho de asociar a la mujer con las tareas domésticas o con la maternidad era una construcción social, histórica. A partir de un ejercicio comparativo, se buscaba reflexionar acerca de cómo las relaciones de género fueron cambiando a lo largo de la historia en pos de entender que “las cosas” se podían cambiar y que esto se podía hacer principalmente mediante la educación:

- Tengan en cuenta, por ejemplo, todo el trabajo que hacen ustedes en las casas, ¿qué cosas hacen?- dijo.
- Limpiamos, llevamos a los chicos a la escuela- respondió una de las mujeres
- Cocinamos, ¡todo!- agregó otra.
- A veces los hombres ni lavar la ropa quieren y eso que hoy en día, es apretar un botón, no como antes que tenías que lavar a mano- dijo Laura- Yo el año pasado, me iba todo el día una vez por semana que tenía los talleres de plomería y René [su marido] se quedaba con los chicos. Cuando yo volvía estaban los tres sentaditos, quietos. Les preguntaba “¿tomaron la leche?” y me decían que papá no se las había hecho para no ensuciar. Mate y arroz hervido les daba, así sólo tenía que lavar una olla. “No te vayas más mami” me decían los chicos.

- Todo ese trabajo que ustedes hacen en sus casas- retomó la tallerista- Es lo que se llama trabajo reproductivo, que no deja una ganancia económica directa, pero es necesario. Es el trabajo que comúnmente hacen las mujeres, siempre fue invisibilizado, ¡pero es un trabajo! Piensen que ahora con la jubilación de las amas de casa y otras cosas, se va reconociendo que eso también es un trabajo.

Luego de traer algunos ejemplos sobre ambos tipos de trabajo, la tallerista reflexionó:

- El otro día estaba en la plaza tomando mate con una amiga y escuchaba que una mujer decía que las mujeres somos como un pulpo, que podemos hacer mil cosas a la vez.
- Sí!- asintió Laura- yo el domingo llegué tarde a casa. Y lo dejé a René que estaba arreglando el piso. Cuando llegué, todos los teléfonos tenían llamadas perdidas. “¿Qué no podías atender?” Le pregunté. Y me dijo “No, estaba trabajando.”. Bien que cuando yo estoy en casa me dice “¿¿Cómo no atendés el teléfono?”. Pero él no puede hacer dos cosas a la vez!!
- Nosotras estamos limpiando la casa, haciendo la comida, ayudando a los chicos con la tarea, todo al mismo tiempo!- insistió otra.

Esta idea de que las mujeres tienen una especie de capacidad especial para “hacer muchas cosas a la vez” fue apareciendo también, en otro intercambio entre una tallerista y mujeres integrantes de otra cooperativa en el distrito de Tres de Febrero. Al final de uno de los talleres, Mariela, la presidenta, contó que se estaba por separar. Unas semanas antes, venía quejándose de que, mientras ella sostenía las actividades del programa, sus responsabilidades como presidenta y tenía varios trabajos para generar ingresos extra, su marido sólo aportaba económicamente a la casa mediante el ingreso que percibía por ser parte del “Argentina Trabaja”. La tallerista, que se había separado recientemente, compartió su experiencia:

- Yo [en el momento de la separación] no tenía tiempo de ponerme triste, tenía que pagar el alquiler. Agarré la bicicleta y salí a vender panes, para hacer unos mangos extra

- A mí lo que preocupa [de separarse] – dijo Mariela- es que los chicos se queden solos a la noche, porque yo trabajo de noche.
- ¿De qué trabajás?
- Atiendo la cafetería de una sala de juegos- respondió Mariela- Uy y hoy aparte tengo que hacer un catering de mesa dulce para un casamiento. Somos así, no paramos. Vos fijate que acá, la mayoría están separadas, y no vuelven...

Las situaciones que acabo reconstruir dan cuenta de la forma en que los esfuerzos cotidianos realizados para “cumplir” con las actividades propuestas por el programa están atravesados por otras tareas vinculadas al trabajo en el hogar y fuera de él. A partir de su ingreso al Ellas Hacen, las mujeres comenzaron a asistir a instancias de formación que demandaban un tiempo fuera de los hogares. Las posibilidades de alcanzar la asistencia a estas actividades dependieron en muchos casos de cómo se lograba atender a otras tareas, entre las cuales el cuidado de los hijos representaba uno de los aspectos de mayor complejidad. Estas mujeres se encontraron con dificultades para compartir sus quehaceres asignados en tanto su rol de “madre” y “cuidadora” con otros integrantes de la familia. Se ha destacado que esta situación se encuentra atravesada por profundas marcas de clase que restringen el acceso a la provisión mercantilizada del cuidado (Pautassi, 2013; Faur, 2012).

Como se ha señalado en otros estudios al respecto de programas de Transferencia Condicionada de ingresos (Pautassi, 2009; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013), para las mujeres inscriptas en el “Ellas Hacen”, estudiar, asistir a reuniones y capacitaciones y continuar realizando tareas de cuidado, incurrió en una sobrecarga en las actividades cotidianas. Tuvieron que hacer “muchas cosas al mismo tiempo” y esta capacidad para lidiar con distintas tareas en simultáneo apareció como presentado como una característica propia del género femenino. Ellas, en tanto mujeres, pueden “ser pulpos”. Sus maridos, en cambio, no poseerían la misma capacidad de hacer “muchas cosas a la vez”.

La antropología feminista ha realizado interesantes aportes en dirección a señalar que no existe una forma única o universal de ser mujer, resaltando la importancia de atender a las mujeres como situadas en contextos históricos y sociales, atendiendo a las diferencias concretas que hay entre ellas y examinando el complejo entramado de relaciones de género, raza y clase (Moore, 1991). En el contexto que vengo analizando, la categoría mujer era frecuentemente asociada a esta capacidad de realizar diversas tareas en simultáneo, facultad que la metáfora del pulpo ilustra con claridad. Sin embargo, es importante señalar que esta forma de construir sentidos en torno al género femenino no es universal, ni la única posible; debe ser analizada considerando el contexto socioeconómico al que pertenece. Si las mujeres del *Ellas Hacen* desarrollaban- y al mismo tiempo resaltaban- esta capacidad de “ser pulpos”, esta cualidad no consiste en una característica intrínseca a lo femenino. Se trata sin embargo de una imagen relevante para ilustrar los costos que tiene en la vida de las mujeres su asociación con las tareas de cuidado y la maternidad. La analogía de la mujer pulpo, además de dar cuenta de la sobrecarga de trabajo en la que se ven inmersas, nos permite reflexionar acerca de la persistencia de ciertas imágenes esencializadas de la mujer. Su incorporación en espacios formativos y reuniones en el marco del programa, implicó muchas veces, la adición de nuevas actividades y responsabilidades; sin que se modificase sustancialmente su asociación con las prácticas de cuidado. Un conjunto amplio de tareas, tales como el acompañamiento cotidiano de sus hijos/as, el seguimiento de situaciones de salud y de la escolaridad, permanecían en la vida diaria adosadas a su condición de mujeres y madres, resultando por lo tanto difíciles de delegar.

Sin embargo, mi trabajo de campo me permitió también reconstruir los modos en que, en el marco de sus interacciones cotidianas con talleristas y funcionarios/as del programa, las “beneficiarias” fueron problematizando algunos otros aspectos de la tradicional división sexual del trabajo. Vale la pena recordar que desde el discurso oficial, el programa se autodefine como una política que incorpora “una perspectiva de género”

como eje transversal en sus espacios de formación.³² Dicho enfoque, se vincula especialmente al tipo de capacitaciones previstas para las beneficiarias. Por un lado, se busca formar a las mujeres en oficios considerados “masculinos”, como una forma de “ruptura de estereotipos laborales”.³³ Por otro lado, en las capacitaciones que apuntan hacia la reflexión temática, como las de “Género y Proyectos de País”, se promueven distintos ejercicios de “desnaturalización” en torno a las tareas y trabajos asociados a los géneros. El material que guiaba a estos espacios formativos retomaba muchas veces debates movilizados por corrientes teóricas feministas, introduciendo conceptos como el de “patriarcado”, “opresión de la mujer”, “micromachismos” o, como ya anticipé “trabajo productivo y reproductivo”.³⁴ El involucramiento en estas actividades formativas implicó cambios en la forma en que estas mujeres se relacionaban con las tareas del cuidado, promoviendo además de un espacio para “estar fuera de casa”, la puesta en común de situaciones personales y la interrogación acerca de cómo llevar adelante un ejercicio más compartido de las tareas consideradas “domésticas”. En un espacio compartido con otras mujeres, fue posible la reflexión en torno al modo en que a partir de la educación y la crianza de los hijos/as, se transmitían imágenes y estereotipos de género.

Entre el cuidado y el programa: ir “negociando algo”

La participación en los distintos espacios de formación y actividades promovidas por el programa fue permeando las formas cotidianas en que las mujeres realizaban las tareas domésticas y de cuidado. Por un lado, muchas mujeres comenzaron a llevar a sus hijos/as a las capacitaciones e incluso asistieron con ellos/as a sus clases en la escuela primaria y secundaria. Además, en relación con las cuestiones trabajadas en los distintos espacios de

³² 1er informe, antecedentes, evaluación y primera etapa de Ellas Hacen”, página 52. Disponible en <http://www.desarrollosocial.gob.ar> (Fecha de consulta: 21 de Diciembre de 2014)

³³ 1er informe, antecedentes, evaluación y primera etapa de Ellas Hacen”, página 7. Disponible en: <http://www.desarrollosocial.gob.ar> (Fecha de Consulta 21 de Diciembre de 2015)

³⁴ En estas capacitaciones, se solían discutir fragmentos de textos de autoras feministas, se introducían algunas de sus corrientes y se utilizaba como material de apoyo algunos documentos realizados por ONU mujeres, los cuales proveían datos acerca de las desigualdades de género en el mundo. Además, se realizaban actividades tendientes a interrogar los sentidos de género presentes en letras de canciones populares, chistes y publicidades.

formación, manifestaron replantearse ciertas cuestiones de la forma en que se distribuían las tareas al interior del hogar:

- ¿Y los hombres? ¿pueden realizar las tareas de la casa?- preguntó la tallerista cuando estaban repasando la distinción entre trabajo productivo y reproductivo.
- Noo!- respondió Paz, una de las mujeres “beneficiarias”, entre risas
- Poder pueden, el tema es que no quieren- dijo Laura- Se armó un debate con ese tema en casa después. Porque estábamos yo y René, llegamos los dos al mismo horario. Yo me puse a descolgar la ropa del ténder y él... ¿Podés creer que se sentaba a esperar que yo ponga la pava para el mate? Entonces le dije “no querido, esto lo estuvimos viendo en el curso, ¡la pava te la ponés vos! Y sino, ponete a descolgar la ropa que sino ya es medianoche y sigue la ropa colgada ahí”. Porque él después dice “Está la ropa colgada, está la toalla en el piso”. Él avisar, avisa. Pero no lo levanta. Entonces yo digo “¿Por qué, ya que estás así diciendo, no lo levantás?”. Así que bueno... por lo menos se puso la pava para el mate.
- Bueno, muy bien- dijo la tallerista
- Algo negociaste.- dijo Paz- A mí mi suegra me caga a pedos, porque yo a mi hijo de 16 años lo hago lavar los platos. Entonces ella no lo puede entender, me dice que cómo voy a hacer que él lave los platos. Claro, porque ella a sus hijos no les hacía hacer nada y así salieron.

Si bien muchas de estas mujeres continuaron siendo las principales encargadas de las tareas del cuidado incurriendo en una sobrecarga de trabajo, esta situación no impidió que se desarrollaran reflexiones tendientes a poner en cuestionamiento las relaciones de género vigentes. En algunos casos, el trabajar sobre la “construcción social del género” fue incluso derivando en debates en torno a la forma en que, a través de la educación de los/as hijos/as se transmiten ideas acerca de las tareas “apropiadas” para la mujer y el hombre. En otras oportunidades, algunas mujeres manifestaron que estaban reconsiderando la distribución de las tareas en el hogar, pidiendo que sus hijos varones y/o maridos se involucren en las actividades domésticas. En palabras de Paz, se trató de ir “negociando algo”: Negociar

tiempo para estar fuera de la casa y negociar, al menos algunas cuestiones de la distribución del trabajo en el hogar.

El análisis de Maxine Molyneux (2003) resulta una referencia ineludible para el abordaje de los modos en que se construyen reivindicaciones comunes al género femenino. La autora propuso una distinción analítica que buscaba considerar los intereses que se ponían en juego en la participación de mujeres en los movimientos sociales. Su formulación tenía la intención de problematizar la idea de que la diferencia sexual fuese la base que habilitaba la construcción de propósitos comunes. Partiendo de la asunción de que los intereses femeninos están histórica y culturalmente constituidos, la autora distinguió entre “prácticos” y “estratégicos”. Mientras que los primeros se basaban en la resolución de problemáticas derivadas de la tradicional división sexual del trabajo, los segundos apuntaban a reivindicaciones transformadoras de las relaciones sociales, buscaban potenciar la posición de las mujeres y reposicionarlas.³⁵

Distintos trabajos posteriores han revisado esta distinción analítica, sosteniendo que no bastaba para explicar las prácticas de las mujeres que participan de movimientos sociales y políticos (Stephen, 1997). El análisis de Stephen (2005) ha registrado el proceso abierto a partir de la organización de mujeres tejedoras de Teotitlán en cooperativas, dando cuenta de las formas en que se promovieron relaciones de género más igualitarias tanto en la casa como en la comunidad, reorientando la división de tareas en el hogar y promoviendo una mayor participación femenina en la vida política comunitaria. Las observaciones de la autora cuestionan entonces la separación entre motivaciones prácticas y estratégicas, llamando la atención acerca de la diversidad de procesos de identificación que envuelven a

³⁵ La formulación original de la autora fue publicada en el año 1985 en un artículo titulado “¿Mobilization without emancipation? Women's interests, state and revolution in Nicaragua” y se basa en un análisis de la Revolución Nicaragüense y sus políticas en relación con la mujer. En su libro publicado en 2003, la autora responde a algunas de las críticas que se le habían hecho a su formulación, argumentando que en su análisis, no se basaba en la identificación de “intereses objetivos” que derivaban de una explicación generalizada de la subordinación de la mujer. Molyneux (2003) reafirma entonces la pertinencia del análisis de los intereses a la hora de abordar el género, considerando que los procesos por los cuales éstos se forman, se enmarcan en la historia y están sujetos a la variación cultural. En esta revisión, la autora sostiene que si bien los intereses prácticos pueden ser la base para una transformación política que permita impugnar las estructuras de desigualdad, no ocurre de esta manera en la mayor parte de las veces.

la categoría “madre” y que a veces incluyen visiones críticas de las relaciones de género vigentes. En una línea similar, las contribuciones de María Lagos (2008) se orientaron a afirmar que producción y reproducción no pueden ser entendidos como fenómenos separados, redirigiendo su atención hacia el significado de lo doméstico. Lejos de ser dos espacios divididos, doméstico y público se entremezclan en las prácticas cotidianas, del mismo modo que los intereses prácticos y los estratégicos se superponen y articulan.

Diversos estudios locales han analizado el modo en que el involucramiento de mujeres en espacios colectivos como empresas recuperadas y movimientos sociales ha incidido sobre las relaciones de género. Fernández Álvarez (2006) ha analizado la forma en que dichas relaciones se actualizan en el marco del proceso de recuperación de una fábrica, atendiendo a la organización del proceso del trabajo y las formas de acción colectiva. En este sentido, la autora ha resaltado que si por un lado las mujeres trabajadoras “legitiman” su lucha apelando a su lugar de madres o cuidadoras, su experiencia en el proceso de recuperación produce tensiones en torno a las responsabilidades familiares, al mismo tiempo que favorece la generación de espacios de mayor autonomía y libertad. Así, la reproducción de ciertos aspectos de los modelos hegemónicos de género, puede incluso estar acompañada por prácticas cuestionadoras de dicho modelo. Esta consideración permite trascender la mirada dicotómica que suelen ponerse en juego al analizar la participación de mujeres en espacios de movilización social y prácticas colectivas, la cual tiende a clasificar a los movimientos según sus intereses y a reforzar la distinción público/privado (Fernández Álvarez y Partenio, 2012). En su etnografía sobre un espacio de mujeres en un movimiento de desocupados, Espinosa (2013) propone ir más allá del punto de partida por el cual las mujeres se acercan a participar, para atender a cómo esta situación inicial se va resignificando, dando lugar al cuestionamiento de la ideología de armonía entre hombres y mujeres. A partir del análisis de un espacio de formación dentro del movimiento, la autora destaca la importancia de la práctica de hablar como construcción corporal que es entrenada y puede constituirse en una estrategia de género. El acto mismo de promover que ellas “tomen la palabra” permite problematizar los lugares que “naturalmente” le son asignados a los hombres y mujeres, abriendo camino a cuestionar las desigualdades de

género (Espinosa, 2015). Todos estos trabajos, coinciden en poner el foco en la forma en que, sobre la base de necesidades concretas- como la demanda por el trabajo- se van articulando otras negociaciones y miradas críticas de las asimetrías de género. Además, un aporte significativo de estos estudios ha sido el de resaltar el carácter fragmentario y contradictorio de los procesos a partir de los cuales estas asimetrías son problematizadas, disputando algunos sentidos, al mismo tiempo que otros permanecen naturalizados.

El análisis de las experiencias cotidianas de las mujeres que están en el “Ellas hacen” me permitió reflexionar acerca de cómo, en el mismo proceso en el cual se sostiene a las tareas del cuidado como una responsabilidad fija asociada a lo femenino, se cuestionan algunas modalidades de distribución de tareas en el hogar y se redefine la forma en que las mujeres se piensan a sí mismas. Así, si por un lado las mujeres devienen “pulpos”, haciéndose cargo simultáneamente de las tareas del hogar, el cuidado de los niños, el trabajo, el estudio y, a veces, la militancia política, ellas también “negociaron algo” con los hombres con los que convivían y apostaron a la forma en que educaban a sus hijos como medio para modificar estas relaciones en las próximas generaciones.

Hacer *todo* por los demás, hacer *algo* para mí

- René me pidió un bebé- me dijo Laura una mañana de mayo de 2015, mientras viajábamos en micro rumbo a una movilización

- ¿Y qué le dijiste? ¿Vos querés?- pregunté

- Ah nooooo!... Yo le dije “René vos estás loco” ¿Sabés cómo me quedaron a mí los ovarios? Ya el último embarazo fue muy complicado. El médico me dijo que tengo el útero con una piel fina como la de una cebolla. El cuerpo de la mujer se debilita mucho con cada embarazo. Y ya con Luna [su hija más chica] fue muy complicado. Yo me hice estudios y salió como que seguía así de mal, que no cambió nada. El tema es que él no quiere que yo trabaje. Quiere que me quede en casa.

- Uh, claro.

- Y yo no quiero. Yo le dije “esta es la oportunidad de hacer algo por mí” ¿Sabés que pasa Flor? Yo siempre les dediqué todo a mis hijos, a mi ex marido, después a René, nunca hice algo para mí y esto es mío. Yo le dije “Son meses de mucho trabajo. Bancame en esta, a ver si yo puedo conseguir algo”. Él está muy celoso, no quiere que yo ande tanto. Y yo le dije “Que a vos todas las mujeres de tu vida te hayan cagado no significa que yo te vaya a fallar, a mí me importás vos, nada más. No hay otro hombre” Esto yo lo hago para mí, para poder hacer algo, yo quiero crecer en esto. A mí me gustaría poder irme a trabajar en la Dirección de la Mujer.

Eran los meses previos a las Elecciones Primarias de agosto de 2015 y Laura estaba dedicada casi por tiempo completo a las tareas de campaña electoral que incluían reuniones, jornadas de formación política, mesas de difusión, movilizaciones. A eso se refería Laura cuando decía “son meses de mucho trabajo” o “esto es mío”. Para ella, las tareas que realizaba en la agrupación política eran su trabajo y así me solía presentar ante vecinos y conocidos:

- Ella es Flor, una compañera de trabajo- solía decir

Durante esos meses, mientras lavábamos los platos, viajábamos en colectivo, o hacíamos la fila para realizar un trámite, hablamos muchas veces de “los celos de René”. Me daba la sensación de que Laura estaba un poco preocupada. Le interesaba demostrarle a su marido que aunque ella estuviese “metida en política”, no había “otro hombre”. Sus negociaciones apuntaban a establecer un difícil equilibrio entre cuidar- el matrimonio, los hijos- y crecer – en su trabajo, su trayectoria de militancia-

Después de haber tenido un ex marido golpeador o, en sus palabras, un “sinvergüenza”, René significaba mucho para ella en términos afectivos. Lo había conocido hacía diez años cuando su padre, que era mecánico, los había presentado luego de conocerlo como cliente de su taller.

- Yo pensé que ya nadie iba a querer estar conmigo, que nadie me iba a querer con toda la piel caída, con mis hijos. Hasta que apareció René y él me quiso así, con mis hijos, con mi cuerpo como lo tengo

Cada vez que recordaba los comienzos de su relación, Laura contaba una historia muy emotiva. Con René, ella “había vuelto a confiar en los hombres”. Ahora, diez años después, le estaba por salir el divorcio con “el sinvergüenza” y ella y René querían casarse. Parecía ser un momento feliz en su relación, apenas opacado por “los celos”. Si bien su marido no se oponía directamente a sus actividades y aceptaba que era algo que a ella “le hacía bien”, no ocultaba su deseo de que ella “esté más en casa”. “René está en crisis, tiene 40 años, quiere un bebé. Yo no. Se siente vacío”, reflexionaba Laura.

Mientras hacíamos alguna actividad durante el día, René la llamaba por teléfono repetidas veces, se contaban lo que hacían, hablaban de lo que iban a cenar.

- El tema es que antes estaba todo bien porque eran todas mujeres, pero ahora hay hombres!- Opinó Renata, su hija mayor un día que Laura se había retirado del almuerzo para hablar por teléfono.

Renata tenía en ese momento 13 años y así explicaba el tránsito que su madre había hecho desde su ingreso como presidenta en una cooperativa del Ellas Hacen - un ámbito preponderantemente femenino- hacia la militancia política- donde se vinculaba ya tanto con mujeres como hombres. Renata compartía con su madre el interés por la política. Nos acompañaba muy a gusto a todas las movilizaciones, capacitaciones y actividades de campaña electoral que pudiera. Un día, Laura me contó que el profesor de “construcción de ciudadanía” le había llamado la atención acerca de “lo informada que estaba su hija”. A pesar de que alguna vez, una amiga había condenado a Laura por “meter a sus hijos en la política”, ella consideraba que era una forma en que ellos aprendían y la enorgullecía sentir que compartía eso con sus tres hijos/as.

Poco más de dos semanas después de aquella charla en el micro, estábamos con Laura en su casa y habíamos terminado de almorzar junto sus hijos/as. Yo estaba levantando

la mesa mientras ella lavaba los platos y Luna, su hija de nueve años, me seguía para mostrarme las actividades que realizaba en su cuaderno de la escuela y en el de catecismo. Al observarme conversando con su hija, Laura me sorprendió con una pregunta:

- Flor, ¿vos pensás tener hijos?
- Sí, pero no ya, más adelante
- Ah, sí. Porque cuando tenés hijos... ¡Olividate de seguir estudiando!-
- Y... es más complicado- opiné con cierta incomodidad

La pregunta de Laura fue el prelude para que ella me contase algunos aspectos cruciales de su vida, cómo había sido su trayectoria laboral y de estudios y cuándo había decidido ser madre. En pocas palabras, ella compartió conmigo una parte íntima de su biografía, un relato que luego escucharía algunas otras veces en distintas reuniones:

- Yo antes estudiaba administración de empresas, ¿sabías? En la universidad de los polvorines, la General Sarmiento. En ese momento yo trabajaba como maestra particular, daba clases de apoyo a los chicos del barrio y con lo que ganaba me pagaba el boleto del colectivo, los apuntes, nada más porque todavía vivía con mis papás. A los 19 años vi en un documental en la tele que decía que después de los 25, el cuerpo de la mujer se ponía más duro y era más difícil el trabajo de parto. Encima yo había tenido una tía que le había costado mucho parir. Entonces yo hice cuentas. Me faltaban cinco años para terminar la carrera y yo quería ser madre. Entre que conocía a alguien y me casaba, pasarían dos años más, después me iba a embarazar y ya no iba a terminar la carrera. Decidí dejarla... No sabés cómo se puso mi papá, me quería matar.

- ¿Y te gustaba lo que estudiabas? ¿O no te convencía?- pregunté, quizás buscando una explicación alternativa para su abandono de los estudios

- Me gustaba, sí. Pero más me gustaba ser madre. Encima mi papá me dijo “Pero... ¿Con quien vas a tener un hijo vos si no tenés ni novio?” y yo le dije, “No sé, tal vez inseminación artificial”. Porque a mí no me gustaba mucho eso del sexo- Laura se

interrumpió a sí misma con risas y continuó tras una pausa - Después una se va acostumbrando y te empieza a gustar. Y ahí fue que conocí al sinvergüenza del papá de Renata.

El relato de Laura me causó un gran impacto, no sólo por la forma inesperada en que interpeló mis deseos y proyecciones, sino también por el modo en que fue reconstruyendo aspectos claves de su trayectoria de vida. Si en un presente convulsionado por sus posibilidades de crecimiento laboral y político, Laura decidía no tener un bebé para no poner en riesgo su salud; en el pasado había sido el deseo de ser madre lo que la había llevado a interrumpir sus estudios universitarios. Tener o no tener hijos aparecía como una definición crucial en cada momento de su vida y, según Laura proyectaba con lucidez, también de la mía. Tener hijos complicaba las posibilidades de estudiar. No tenerlos o que ya estén grandes, abría camino a la posibilidad de “crecer” o “hacer algo para ella”. En paralelo a la reconstrucción de su vida, Laura hacía un análisis de la mía. Mis posibilidades de seguir estudiando dependían en buena medida de tener o no hijos/as a quienes cuidar. La pregunta de Laura no sólo me interpelaba y aludía a n preocupaciones que compartíamos, también nos hermanaba en tanto mujeres y madres (presentes o potenciales). A partir de ese día, se hizo recurrente que Laura se remitiera indirectamente a aquella conversación

- ¡Ya vas a ver vos cuándo tengas chicos!- me solía decir cuando sus hijos se peleaban o tenía que salir corriendo a retirarlos del colegio

La forma en que se llevan a cabo prácticas en torno a la reproducción ha sido objeto de análisis antropológico. En su análisis sobre las adopciones directas en Misiones, la antropóloga Mónica Tarducci ha interrogado acerca de por qué se suele suponer que la condición económica es el único motivo por el cual una mujer daría a su hijo en adopción. La autora propone trascender la mirada de la maternidad como anhelo universal para pensar a la reproducción como un espacio de lucha. “Las *decisiones* sobre la reproducción no se toman en un vacío donde sólo reina el amor, sino en un contexto donde lo emocional y lo material no se pueden separar” (2011: 209). Siguiendo a Browner (2000), Tarducci

destaca que en la reproducción interactúan, no sólo personas, sino también factores estructurales que son experimentados e interpretados a través de ideologías de género. Lo que Browner destaca en su análisis de las actividades reproductivas femeninas, es la forma en que los comportamientos reproductivos son puestos en juegos en el contexto de los significados generizados que las mujeres dan a sus experiencias personales.

Al narrarme sus experiencias en torno a la maternidad, Laura ponía el foco especialmente en lo que tener un hijo significaba en cada momento de su vida. Estos significados se ponían en juego no sólo en función de constreñimientos- no poder estudiar o tener problemas de salud- sino también en función de anhelos personales- querer ser madre y querer crecer en su trabajo. En la decisión de ser (o no) madre, se ponen en juego sentidos en torno al género pero también se articulan anhelos en torno a otras cuestiones como el trabajo y el estudio, que ocupan un lugar diferente en cada momento de la vida.

Me tocó compartir con Laura un momento de su vida en el cual su involucramiento en actividades consideradas “políticas” era relativamente reciente. Sus hijos/as “ya eran grandes” y eso, ella decía, le resultaba una ventaja para poder llevar adelante su militancia. Sin embargo, sus tareas vinculadas al cuidado y sus actividades “en política” no estaban completamente escindidas. Ellos asistían junto a ella a una buena parte de sus actividades cotidianas, la acompañaban en reuniones y movilizaciones y, tal como había comentado el profesor de Renata, comenzaron a “interesarse en la política”. A su manera, pedían información acerca del posicionamiento de algunos candidatos e incluso se involucraban emotivamente con los resultados de las elecciones. Laura reivindicaba que existía un carácter pedagógico en la forma en que sus hijos se relacionaban con su militancia: había algo que “ellos aprendían”. Específicamente, cuando en junio de 2015 asistimos a la movilización convocada bajo la consigna “ni una menos”, en repudio a los femicidios que habían ocurrido en el último tiempo, Laura destacó que para ella era importante compartirlo con sus hijos/as. Marchando, conmemoraba junto a ellos la situación de violencia que ella misma había vivenciado y se permitía reafirmar que no debería volverle a suceder nada similar. Además, muchas veces, las gestiones que Laura iba realizando a partir de su militancia política, permitían mejorar, por ejemplo, las instalaciones de la institución

educativa a la que sus hijos/as asistían. En oportunidad de la consecución de un subsidio que permitiese reformar los baños de la escuela, ella solía presentarse al mismo tiempo como “militante de Comunidad Organizada” y como “mamá del barrio”. Participar en política era entonces, al mismo tiempo que una forma de “ocuparse de ella misma”, una modalidad a través de la cual se concretaban prácticas de cuidado hacia sus hijos/as. La maternidad no era solamente vivida como una limitante de su desarrollo en espacios de construcción política. “Ser mamá” era muchas veces una condición que complementaba y hasta potenciaba la construcción de sí misma como militante. Al mismo tiempo, “estar en política” constituía una de las modalidades a través de las cuales, se realizaban las tareas del cuidado.

Reflexiones finales

En este capítulo, procuré mostrar la forma en que en las vidas cotidianas de las mujeres que integran las cooperativas, las actividades vinculadas al programa- estudiar, asistir a reuniones, capacitarse- se entrecruzaban con un conjunto de otras tareas que en muchos casos eran consideradas “domésticas”, entre las cuales el cuidado de los/as hijos/as apareció como la más recurrente. Como han señalado numerosos estudios, un aspecto destacable de las políticas destinadas a mujeres de sectores populares ha sido que éstas han sido interpeladas mayormente desde su lugar de madres o cuidadoras (Molyneux, 2007; Pautassi, 2009; Anzorena, 2013; Zibecchi, 2013; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014). El programa Ellas Hacen puede ser visto como parte de este conjunto de políticas en tanto prioriza para la selección de destinatarias a madres de “familias numerosas”.

A lo largo de mi trabajo de campo, fui registrando que para estas mujeres, las responsabilidades vinculadas al cuidado representan tareas difíciles de compartir, situación que a veces generó complicaciones a la hora de asistir a las capacitaciones y otras actividades, derivando en una intensificación del esfuerzo e incurriendo en la realización simultánea de diversas actividades. Este aspecto aparecía gráficamente ilustrado en la imágenes de las mujeres que, al mismo tiempo que participaban de debates y/o

reflexionaban acerca de la desnaturalización de los roles de género, atendían a sus hijos/as más chicos con los que asistían a las capacitaciones si éstas no coincidían con el horario escolar. Así, entre muchas de las inscriptas en el Ellas Hacen, la capacidad para realizar varias tareas en simultáneo fue resaltada como una cualidad propiamente femenina que se expresaba claramente en la metáfora de “mujeres pulpos”. Esta idea de que la habilidad para realizar diversas actividades al mismo tiempo es un atributo generizado, puede ser pensada como una de las implicancias de lo que los estudios sociales han definido como visiones “familísticas” o maternalistas del cuidado (Esquivel, Faur y Jelin, 2012). Desde la antropología feminista se realizaron aportes que permitieron sostener la inexistencia de una forma única o universal de ser mujer, destacando la importancia de analizar los modos en que dicha categoría es construida históricamente (Moore, 1991; Palomar Vereza, 2005). Retomando las contribuciones de un conjunto de estudios que han analizado la inscripción de mujeres en espacios de organización colectiva (Stephen, 1997; Lagos, 2008; Fernández Álvarez, 2006; Fernández Álvarez y Partenio, 2010; Espinosa, 2013, 2015), podemos afirmar que el cuestionamiento de las asimetrías de género no se desarrolla a partir de un proceso lineal y uniforme, sino que involucra prácticas y sentidos a menudo fragmentarios y contradictorios.

Las “beneficiarias” del Ellas Hacen movilizaban recurrentemente su condición de madres al reconstruir sus experiencias cotidianas o incluso como algo que les permitía plantear vivencias comunes y compartidas: “todas nosotras somos madres”, solían decir. El ejercicio de la maternidad no era sólo un requisito del programa o criterio para la selección de sus destinatarias, era una categoría a la que ellas recurrían como un elemento de relevancia para sus vidas. “Seguir adelante” o “pelearla por los hijos” eran expresiones que solían utilizar al reflexionar acerca de situaciones difíciles de la vida. Esta centralidad de la maternidad era a veces ilustrada en los nombres elegidos para sus cooperativas, que, en algunos casos incluían la palabra madres junto a un adjetivo como “emprendedoras” o “unidas” o incorporando la referencia al barrio que habitaban. Sin embargo, estas identificaciones no impidieron la construcción de miradas y prácticas críticas hacia las desigualdades de género. En sintonía con la propuesta “desnaturalizadora” de los talleres

de Género y Proyectos de País, las “beneficiarias” comenzaron a interrogarse acerca de cómo era posible transformar dichas asimetrías. Por un lado, durante la puesta en común de pareceres y experiencias en el espacio de capacitación algunas comentaron que estaban comenzando a realizar “negociaciones” al respecto de la forma en que distribuían el trabajo en el hogar, solicitando el involucramiento de los varones en las “tareas de la casa”. Fue preciso también que ellas se hicieran de un tiempo propio por fuera del hogar, especialmente cuando, además de las capacitaciones, comenzaban a vincularse a actividades de militancia política. La construcción de dicho espacio fue muchas veces reivindicada por las “beneficiarias” como una forma de poner en tensión el lugar comúnmente asociado en tanto mujeres. En palabras de Laura, se trataba de desarrollar prácticas vinculadas a “ocuparse” de sí mismas, después de haberse dedicado mucho tiempo a “los demás” (los maridos, los hijos).

Por último, la indagación acerca de la forma en que “estar en el Ellas Hacen” se entrecruzaba con prácticas vinculadas al cuidado, me llevó a considerar también las decisiones y prácticas vinculadas a la reproducción. Laura me compartió sus reflexiones acerca de en qué momentos había resuelto tener (o no) hijos y cómo en dichas resoluciones se ponían en juego límites y posibilidades para su desarrollo personal. Sus inquietudes me hablaban de algo que nos era común en tanto mujeres, pero que podía al mismo tiempo ser atravesado de las formas más diversas en momentos concretos de la vida. Las decisiones en torno a la reproducción se ponían en el centro como un aspecto relevante para el análisis de las relaciones de género y colocaban a la maternidad en un lugar más abierto y múltiple de lo que lo había pensado en un principio. No sólo se ponían en juego diversidad de trayectorias individuales y sentidos otorgados a la categoría de madre. En el marco de las capacitaciones y a partir del tiempo compartido con otras mujeres, la forma en que se vivían las responsabilidades cotidianas en tanto cuidadoras comenzó a ser objeto de reflexión colectiva. Se trataba de una condición que, si bien imponía restricciones para la disposición del tiempo fuera del hogar o el ingreso al mercado laboral, también promovía la adquisición de aptitudes específicas, como la de realizar distintas actividades en simultáneo. La interrogación cotidiana y recurrente acerca de qué suponía ser madres y la consideración

de las múltiples formas en que se podían atravesar dicha experiencia, fue permeando las formas en que se realizaban las tareas de cuidado de los hijos/as, promoviendo la reflexión acerca de los sentidos de género que se trasmitían en la crianza. El ejercicio de la maternidad sobrepasaba entonces los límites del espacio doméstico y empezaba a ser objeto de posicionamiento político. La condición de madres, es entonces más que un factor limitante que impone restricciones al ejercicio de otras actividades.

Desde una mirada antropológica, es posible abordar las prácticas de cuidado evitando definir las de antemano como un conjunto de tareas que restringen o limita las posibilidades de participación política de las mujeres. La propuesta de Clara Han (2012) de desarrollar una antropología del *care* puede aportar algunas claves en esta dirección. La autora invita a no pensar al cuidado como una categoría con bordes definidos, interrogando en cambio lo que en cada contexto es definido de ese modo. Desde esta conceptualización, el cuidado no es algo dado ni definido de una sola forma. Consiste en una problemática general de la vida cotidiana que toma forma a partir de vínculos concretos y se inserta en una amplia red de relaciones de parentesco en constante construcción. Siguiendo esta red de relaciones en las que el cuidado se inserta, es posible construir un abordaje que no lo restrinja previamente al ámbito específico del hogar o de “lo doméstico”.

Nuestra disciplina posee un interesante potencial analítico a la hora de problematizar los límites entre lo doméstico y lo político. Específicamente, la antropología política, ha desarrollado desde sus inicios una mirada atenta a la política como una dimensión de la vida cotidiana (Vincent, 2002). Vale la pena destacar que si bien su fundación como subdisciplina estuvo marcada por el intento de delinear un espacio de lo político como separado, su mirada holística ha permitido trazar las relaciones con otros aspectos de la vida social y formular interrogantes sobre los aspectos “políticos” que se sitúan por fuera de su espacio formal (Cañedo Rodríguez, 2011), problematizando su percepción como un campo separado (Gledhill, 2000).

Recuperando estos aportes y a la luz de los datos construidos durante el trabajo de campo, sostengo que la maternidad misma y el ejercicio de tareas de cuidado pueden

adquirir un carácter “político” impensado. Entre las mujeres del “Ellas Hacen”, las responsabilidades asociadas al cuidado si bien restringían por momentos las posibilidades de asistir a capacitaciones y otras actividades vinculadas al programa, también eran el lugar desde el cual se planteaban críticas y cuestionamientos a las relaciones de género. Desde este punto de vista, el lugar de cuidadoras no es ni un mero punto de partida ni una simple limitación para que las mujeres se involucren en espacios de formación y organización colectiva. La propia metáfora de las mujeres como pulpos puede resultar esclarecedora para advertirnos acerca de la potencialidad de pensar los modos en que el cuidado se concretiza en la vida cotidiana, interrogando acerca de cómo se entrama en una variedad de prácticas y relaciones. Si con dicha analogía se hace referencia a la necesidad y capacidad de realizar diversas tareas de forma simultánea, resulta pertinente desarrollar un enfoque que lo aborde desde sus imbricaciones con situaciones más amplias de la vida, sin escindirlo del análisis de las formas de construcción política.

Reflexiones finales

Del programa a las vidas cotidianas

En esta tesis me propuse analizar las prácticas cotidianas de mujeres que participan de un programa de “inclusión social”, atendiendo a cómo el contenido de dicho programa se reformula y desborda a partir de sus experiencias de vida. Mi análisis puso en primer plano a las vidas cotidianas de quienes son definidas como “destinatarias” de las políticas, lo cual supuso replantear algunas cuestiones que estaban en la base de mis conocimientos iniciales y primeros acercamientos al programa. Al consultar documentos o conversar con funcionarios estatales, el *Ellas Hacen* era descrito a partir de una serie de actividades- que constituían principalmente espacios de formación- y sus “beneficiarias” eran definidas según un conjunto de requisitos o prioridades que darían cuenta de una situación de “vulnerabilidad”. En contraste con lo que me sugerían estas formulaciones, mis primeros acercamientos con las integrantes de las cooperativas pusieron de relieve aspectos que no estaban necesariamente contemplados en la planificación del programa. Se remarcaba la centralidad de conocer a otras mujeres, ayudarse, construir acuerdos y procesar conflictos, proyectar nuevos horizontes laborales, vincularse a agrupaciones “políticas” y hasta la superación de circunstancias específicas de la vida como problemas de salud o situaciones de violencia. Acompañando sus vivencias cotidianas, comencé a reconstruir no tanto cómo su vinculación con un programa estatal permeaba sus vidas, sino lo que ellas hacían en el día a día. A continuación, presentaré los principales resultados analíticos que se desprenden de este trabajo y algunas líneas de indagación que me permitieron abrir.

La creación cotidiana de las cooperativas

En muchas oportunidades, los funcionarios públicos y talleristas con los que interactué, se encargaron de remarcar me que el proceso que iba desde la planificación hacia la implementación “territorial” de los programas sociales no se desarrollaba de forma lineal o directa: “Una cosa es cómo esto se piensa desde una oficina y otra es cómo se implementa en el territorio”, solían decirme palabras más, palabras menos, de forma recurrente. La advertencia no me era del todo ajena; era una idea que ya había escuchado durante el tiempo que trabajé como “facilitadora territorial” en un organismo estatal vinculado a la

gestión de políticas en torno a la “economía social”. Inclusive era posible que yo misma hubiera enunciado formulaciones de este estilo en alguna oportunidad. La advertencia hacía referencia a una cierta oposición entre oficina y territorio, planificación e implementación que me interesaba poner en tensión mediante el análisis de las experiencias cotidianas de las “beneficiarias”. A lo largo de esta tesis, busqué desplegar lo que hacen las integrantes de las cooperativas en el día a día, evitando pensar dichas prácticas únicamente como resultado de la “bajada” de una política social.

Fernández Álvarez (2014) ha identificado la existencia de una forma contrapuesta de pensar a las iniciativas de gestión colectiva de trabajo que suele distinguir entre aquellas que surgen “desde arriba”- refiriéndose a las experiencias promovidas en el marco de los programas estatales, a otras que se producen “desde abajo” o “desde las bases”. Siguiendo a la autora, esta dicotomía suele habilitar lecturas valorativas de estos procesos. En lo que refiere específicamente a las cooperativas promovidas por políticas sociales, esta contraposición las suele definir como “armados políticos” o “meros planes”, puntualizando en el hecho de que no son experiencias surgidas de la búsqueda voluntaria de asociativismo. Procurando salir de este enfoque normativo, Fernández Álvarez propone reconstruir los “encuentros” entre organizaciones colectivas y el Estado, destacando la forma en que los requisitos que regulan la circulación de recursos y el acceso a subsidios- como el de la sustentabilidad económica- no constituyen un lenguaje estatal impuesto a las organizaciones, suponen más bien desafíos vívidos y categorías en disputa.

Mi tesis pretendió aportar a estos avances, señalando el modo en que estos desafíos y disputas se actualizan en las prácticas cotidianas de cooperativas promovidas por un programa estatal. La conceptualización de estas cooperativas como “armadas” o creadas “desde arriba” de la cual la autora propone tomar distancia, suele opacar la especificidad que estas experiencias pueden adquirir en sus contextos concretos, obstaculizando la atención al modo en que éstas entidades se construyen a partir de las particulares experiencias de vida de sus integrantes. En pos de aprehender estas especificidades, propuso un abordaje de las cooperativas como categorías de la práctica, que involucran una multiplicidad de formas de ser y estar (Fernández Álvarez, 2015a). Aún en el marco de la

puesta en marcha de un programa estatal, las cooperativas eran algo que debía ser producido, creado y recreado en las relaciones cotidianas. Era preciso, por un lado, crear las condiciones para que las “beneficiarias” pudieran asistir a reuniones y capacitaciones, negociando y reorganizando parte de los tiempos que eran dedicados al cuidado infantil. Por otro lado, en el día a día, se generaban debates acerca de qué significaba participar y qué situaciones “justificaban” las inasistencias. En muchas oportunidades, las “beneficiarias” destacaron la relevancia que tenía para ellas la posibilidad de construir un grupo “unido”. Así y tal como desarrollé en el segundo capítulo, ciertos valores morales tradicionalmente asociados al cooperativismo, como la unión y la solidaridad, eran retomados como un horizonte hacia el cual se orientaban las prácticas cotidianas. La construcción de una cooperativa “unida” era un desafío del día a día, que sólo puede ser aprehendido si renunciamos a analizar estas experiencias enfatizando en el hecho de que fueron “creadas” o “conformadas” desde una política estatal. Estas entidades no se conformaron a partir de individuos aislados, que el Estado se encargó de “unir”, de una vez y para siempre, cooperativizándolos. Resultó frecuente que las cooperativas pasaran a formar parte de un entramado más amplio de relaciones previas- que incluían vínculos familiares, laborales, de amistad, vecindad, entre otros. Estas relaciones se actualizaban en la cooperativa, modelando la forma en que era vivenciado el espacio. La “unión”, la constitución de un grupo, la producción de un espacio de encuentro, intercambio y hasta de contención, eran cuestiones a ser trabajadas cotidianamente, algo que lejos de estar dado, debía hacerse movilizandoy trayectorias y experiencias de vida diversas. Estas prácticas no se desarrollaban únicamente como la “bajada” territorial del programa. Constituían las modalidades a partir de las cuales las mujeres construían sus experiencias en las cooperativas, al mismo tiempo que creaban las condiciones para su participación en ellas.

De esta manera, mi trabajo contribuyó a reflexionar acerca de los modos en que los espacios colectivos son producidos cotidianamente a partir de vivencias particulares, atendiendo a las especificidades que este proceso adquiere en el marco de un programa estatal. Procuré reconstruir las formas en que las cooperativas son creadas y recreadas en

el día a día, más allá del momento de su conformación y registro como entidades ante el Estado. En su análisis sobre las experiencias cotidianas de ciudadanía en El Alto, Bolivia, Sian Lazar (2013) ha desarrollado una mirada centrada en los procesos y prácticas que convierten a alguien en miembro de una comunidad. El análisis de la autora apunta a aprehender cómo la ciudadanía es experimentada a través de sus formas locales, conceptualizándola más allá de un estatus legal individual. Desde esta perspectiva, es preciso analizar los modos en que se realiza cotidianamente un trabajo considerable para mantener y construir un “sentido de pertenencia” a la comunidad. Lazar destaca que no es necesariamente el intercambio de obligaciones y derechos lo que hace a las personas miembros de los grupos. Una lectura similar podría ponerse en juego para analizar las experiencias cotidianas de las mujeres “beneficiarias” del Ellas Hacen. En las cooperativas con las que interactué, sus integrantes ponían un marcado énfasis en la importancia de construir acuerdos internos al respecto de las llegadas tarde e inasistencias, era necesario “hacer que las chicas participen”, generar arreglos familiares que les permitan involucrarse en reuniones y espacios de capacitación. De esta manera, no es únicamente un conjunto de derechos y obligaciones adquiridas en tanto miembros de las cooperativas lo que define a las experiencias cotidianas en estos espacios. Volviendo a la dicotomía planteada al principio de este apartado, salir de la contraposición entre prácticas surgidas “desde arriba” y “desde abajo”, supone evitar definir estas experiencias poniendo el foco en lo que es obligatorio o voluntario, puntualizando en los requisitos establecidos por el Estado. Estas cooperativas fueron construidas a partir de un proceso dinámico que involucró tanto la interacción con el Estado, como un cúmulo de otras relaciones y acciones diversas; en las que sus integrantes movilizaron valores morales y pusieron en juego sus trayectorias de vida.

Definiciones y entramados en torno a “la política”

Un aspecto significativo que permeaba la construcción de experiencias cotidianas de las “beneficiarias” del “Ellas Hacen”, consistía en el modo en que ellas definían su relación con prácticas que definían como “políticas”. Así, una línea de indagación abierta a partir de mi análisis consistió en el abordaje acerca de cómo se construyen cotidianamente los límites

de esta categoría. Durante mi trabajo de campo, las mujeres reflexionaban y se interrogaban cotidianamente acerca de cómo era su vínculo con lo que consideraban “político”. Su ingreso al programa, me decían, no había tenido motivos “políticos”. La “política” era algo en lo que podían “meterse”, era algo que interesaba o no interesaba. El inicio de mi vínculo en el campo estuvo marcado por dos formas diferentes en que mis interlocutoras definieron su posicionamiento en relación a este asunto. Mariela, la presidenta de una cooperativa del distrito de Tres de Febrero me advirtió con énfasis cuando nos encontramos por primera vez que sus compañeras “no querían saber nada con la política”. Mi trabajo de campo estuvo permeado por esta advertencia de que lo que allí iba a encontrar no era “político”. En el día a día de la cooperativa, solían intercambiarse consejos y ayudas y era en el centro de esos vínculos donde muchas de ellas encontraban “un lugar de despeje” y un momento que se esperaba durante toda la semana. A veces, se trasmitían en esos encuentros informaciones sobre trámites vinculados a programas sociales o se intercambiaban datos acerca de cómo efectuar denuncias ante situaciones de violencia de género. En el distrito de Moreno, en cambio, la “política” ocupaba a primera vista un lugar bastante diferente. Allí conocí a Laura y sus formas diversas de reconstruir cómo era que ella se había “metido en política”. Distintas mujeres inscriptas en el programa habían comenzado a involucrarse en actividades de militancia y formaban parte de agrupaciones “políticas”. La “política” era en este contexto etnográfico asumida como más cercana, sin por eso quedar restringida a sus espacios más formales o institucionales. Allí donde las personas asumían explícitamente estar “haciendo política”, este hacer no remitía sólo a acciones que formaban parte de lo que es convencionalmente definido como tal. La “política” se hacía entusiasmándose con un proyecto que era también un modo de vida. “Meterse en política” era construir un espacio considerado propio: “esto es mío”, había dicho Laura. Pero si era necesario crear un espacio para “la política” en las vivencias cotidianas, ese espacio no poseía bordes definidos, constantemente rebasaba sus límites. La “política” se entramaba con creencias religiosas, con reflexiones y formas de posicionarse al respecto de relaciones de pareja, implicaba tener “ganas de ayudar” y de ayudarse, proyectar horizontes laborales y construir formas de ejercer el trabajo de cuidado.

La forma en que las mujeres vivían su “estar en el programa” y le daban sentido a sus prácticas me obligaba a poner el foco en algo que iba más allá de las definiciones dicotómicas entre lo que era o no considerado “político”. Resultó productivo atender al modo en que esta pregunta sobre los bordes de “la política” se planteaba en cada contexto etnográfico, indagando acerca de cómo mis interlocutoras construían experiencias más amplias en torno a ella, involucrando afectos, deseos, creencias y vínculos diversos. El objetivo fue entonces aprehender las experiencias cotidianas de los sujetos sin definir las según su carácter político o no; para reflexionar acerca de los procesos de producción de prácticas colectivas, tal como nos sugiere la conceptualización de dichas prácticas como un “hacer juntos (as)” (Fernández Álvarez, 2015b). Este abordaje supuso desplazar la atención de las construcciones establecidas a priori y suspender la pregunta por los resultados, para “explorar el objeto mismo de la política mientras se está haciendo” (p. 28). Este enfoque se hizo eco de una propuesta analítica desarrollada por Didier Fassin (2014), la cual invita a ir más allá de la forma de la política, o de la organización y funcionamiento de las instituciones, para aprehender su substancia, su materia. Según el antropólogo francés, una de las potencialidades de la antropología para el estudio de la política consiste en su capacidad de llevar adelante un estudio descriptivo y no prescriptivo, preguntándose por lo que la política es y no lo que debería ser. El autor propone poner en el centro del análisis a la vida misma, considerando los efectos en los cuerpos y la puesta en movimiento de la moral. Su propuesta analítica- sintetizada como el desarrollo de una antropología política de la vida- consiste en reorientar el foco de la investigación etnográfica hacia la vida, el cuerpo y la moral, antes que los partidos, las instituciones o las elecciones. Es importante destacar que si bien Fassin define a la moral como el principio de la política, ésta no es construida como un objeto autónomo. Moral y política deben ser pensadas en forma conjunta. Este planteo invita entonces a poner en el centro del interés antropológico el contenido mismo de la política, evitando circunscribir de antemano su funcionamiento a ciertos espacios o actividades determinadas. Los avances incluidos en esta tesis pueden ser leídos en esta clave, procurando abrir la categoría de política, explorando sus intersecciones con la moral

y el modo en que ésta adquiere una materialidad específica a través de las vidas cotidianas.³⁶

A lo largo de estas páginas, recorrimos junto a “las chicas del Ellas Hacen” el desarrollo de experiencias diversas en el marco de la puesta en marcha de un programa social. Reconstruí la forma en que ellas ponían en común problemáticas personales, se brindaban ayuda ante situaciones difíciles, hacían circular chismes, expresaban sentimientos de bronca e indignación, procesaban conflictos mediante acusaciones públicas, reflexionaban en torno a su condición de madres y las decisiones vinculadas a la reproducción. En algunos casos, estas experiencias tuvieron como telón de fondo la circulación por lugares comúnmente asociados a “la política” (micros hacia movilizaciones, unidades básicas, oficinas del municipio o el concejo deliberante). En otras oportunidades, la “política” aparecía como algo extraño, ajeno, lejano, algo con lo que “no se quería saber nada”, que no lograba “interesar”. La reconstrucción de las experiencias cotidianas me fue revelando el carácter difuso de los señalamientos acerca de lo que era – y no- considerado “política”. Las personas transitaban a través de estos límites de forma dinámica. Llevar adelante, siguiendo a Fassin (2014) un análisis de la política desde su materia, más allá de la forma, permitió atender a los modos específicos en que ésta asoma en espacios y actividades que podrían resultar menos pensados, como los hogares, las instituciones educativas, las conversaciones en los comercios del barrio, los viajes en colectivo, los modos de ejercer actividades del cuidado. Este resulta sin dudas un aspecto sobre el cual me gustaría seguir indagando.

³⁶ La relación entre moral y política ha sido un eje de indagación en la antropología. Específicamente en Argentina, cabe mencionar los trabajos de Frederic (2004) y Balbi (2007) que han contribuido en señalar la forma en que ambas categorías aparecen imbricadas. El análisis de Frederic (2011) ha puesto de relieve la existencia de modos diferenciales de evaluar el trabajo político, revelando que el proceso de profesionalización de los políticos adquiere un sentido moral. Por su parte, Balbi (2007) ha realizado un análisis del proceso formativo de los valores morales, atendiendo específicamente al lugar que adquiere la *lealtad* en la práctica política peronista. El autor ha resaltado los modos en que los valores morales estructuran comportamientos a partir de su interacción con procesos sociales específicos, iluminando así las formas en que se superponen valores e intereses.

Cuidados y relaciones de género

Las prácticas de cuidado y experiencias construidas en torno a la maternidad fueron adquiriendo centralidad en mi análisis de las vivencias cotidianas de mujeres en programas sociales. Tal como desarrollé en el capítulo tres, considero pertinente movilizar una forma de pensar al cuidado que no lo tome como algo dado ni como una categoría con bordes definidos (Han, 2012). Resultó entonces de suma importancia indagar en las formas concretas en que los cuidados se actualizan en las prácticas y relaciones de las personas, en pos de problematizar concepciones estáticas que lo restringen a un grupo de tareas realizadas mayormente en el ámbito privado. Un conjunto de estudios ha desarrollado aportes orientados a pensar al cuidado trascendiendo ciertas dicotomías como la de esferas públicas y privadas o seres dependientes e independientes (Del Río, 2003; Cerri y Alamillo Martínez, 2012). Estos aportes suponen por un lado, atender a la vulnerabilidad y la interdependencia como elementos constitutivos de la vida humana que atraviesan todo el ciclo vital (Comas de Argemir, 2014). El cuidado no se restringe a un conjunto de prácticas unidireccionales que los más fuertes realizan por los más débiles. Si bien ciertas etapas de la vida, como la niñez y la vejez, requieren mayores cuidados, no existen personas que sean totalmente independientes, es la interdependencia lo que caracteriza a los seres humanos a largo de toda su existencia (Cerri y Alamillo Martínez, 2012). Por otro lado, si el cuidado es un derecho y una responsabilidad del conjunto de la sociedad (Del Río, 2003; Del Río y Pérez Orozco, 2004; Cerri y Alamillo Martínez, 2012), su resolución puede llevarse a cabo a través de redes de relaciones que muchas veces tienen lugar por fuera del ámbito doméstico y/o familiar. Como hemos puntualizado en otro trabajo, entre las “beneficiarias” el Ellas Hacen, las tareas de cuidado eran muchas veces ejercidas a partir de redes colectivas; resolver “qué hacer con los chicos” constituía así un asunto a ser abordado y procesado colectivamente (Fernández Álvarez y Pacífico, 2016). Tomando los aportes de Susana Narotzky (2004) es necesario tener en cuenta la importancia de la circulación de recursos a través de vínculos de parentesco, vecindad y amistad, trascendiendo la definición de hogar como unidad de consumo aislada, homogénea y con bordes precisos. La autora remarca que en estos vínculos circulan no sólo bienes materiales, sino también servicios y ayudas, entre los cuales el cuidado de los hijos

posee una importancia significativa. Este abordaje da lugar a revisar la asociación entre mujer y tareas de cuidado que muchas veces aparece naturalizada en el diseño de los programas sociales (Anzorena, 2013, Pautassi, 2009; De Sena, 2013; Cena, 2013; Rodríguez Gusta, 2012; Zibecchi, 2013).

En un sentido más amplio, estas reflexiones pueden enmarcarse en una serie de discusiones de gran relevancia en el desarrollo de las distintas corrientes del feminismo, que han apuntado a revisar la construcción de sentidos en torno a lo femenino y lo masculino. En el diseño de los programas sociales, la categoría mujer suele aparecer como si aludiera a un contenido unívoco, fácilmente identificable. Mi propio análisis corrió a veces el riesgo de naturalizar esta definición, presentándome dificultades a la hora de buscar modos de nombrar a las protagonistas de este trabajo que no reproduzcan los modos de clasificar propios de las políticas públicas. Así, fui descubriendo que mi forma de presentar a mis interlocutoras como “las mujeres” podía llevar a simplificar las formas variadas de experimentar el género. Un aspecto que podría enriquecer futuros análisis consiste en aprehender los modos en que se construyen prácticas y sentidos acerca de lo femenino y lo masculino en las propuestas y planteos del programa Ellas Hacen, retomando las acciones y puntos de vista de talleristas, funcionarios estatales y “beneficiarias”. Me permito arriesgar algunas consideraciones y sostener que tanto en los supuestos incluidos en la planificación como en el día a día de la gestión del programa Ellas Hacen, se combinan aspectos del feminismo de la igualdad y otros del feminismo de la diferencia. La primera perspectiva se podría ejemplificar con la propuesta de realización de tareas consideradas “masculinas” por parte de mujeres, apuntando a la negación de la diferencia biológica como determinante de las desigualdades entre géneros. Este enfoque permite desafiar los argumentos que naturalizan la subordinación femenina, pero no cuestiona lo masculino como medida de excelencia o jerarquía (Maffía, 2007). La segunda perspectiva, la del feminismo de la diferencia, se podría identificar en las actividades y debates que buscan la exaltación y valorización de tareas consideradas femeninas, tales como el cuidado y/o el trabajo reproductivo. En este sentido, las capacitaciones apuntaban a visibilizar el trabajo reproductivo y resaltar que se trata de tareas con escaso reconocimiento pero de gran

importancia. Resulta necesario retomar las advertencias que se han desarrollado desde las distintas corrientes englobadas en el llamado “feminismo de la diversidad”, al respecto de la importancia de considerar la forma en que raza, clase y sexualidad alteran el estatus de género, pluralizando el significado de las “mujeres” (Dietz, 2003).

La antropología feminista tiene mucho que aportar en esta dirección. Un aspecto saliente de la contribución que Henrietta Moore (1991) ha desarrollado en su célebre trabajo “Antropología y feminismo” consiste en advertir que la diferencia de género no se experimenta independientemente de otras formas de diferencia. Desde este enfoque, una de las potencialidades de la antropología feminista consiste en no dar por sentada la existencia de “la mujer” en tanto cuerpo unitario con intereses comunes. Siguiendo a Moore, un análisis antropológico con perspectiva de género consiste en “reconciliarse con las diferencias reales entre las mujeres” (p. 24), indagando en sus experiencias desde una mirada situada que contemple las especificidades surgidas de los contextos sociales e históricos. Estudios etnográficos más recientes han retomado la propuesta de Moore de pensar a la noción de mujer como categoría empírica y han desarrollado aportes en dirección a pensar la construcción de identidades de género en el marco de políticas sociales (Masson, 2004; Pozzio, 2011). Específicamente, Pozzio ha destacado la importancia de enriquecer el análisis de género considerando la fuerza que adquieren otros principios organizadores de la diferencia como la clase social.

Retomando estos aportes, resulta pertinente analizar las implicancias de la asociación entre mujeres y cuidados poniendo en juego una perspectiva que contemple el entrecruzamiento del género con otras dimensiones tales como la clase social, la edad, la raza y la orientación sexual. En el caso que vengo analizando, me gustaría señalar que las desigualdades de género constituyeron una de las asimetrías que atravesaban la vida de las “beneficiarias”, resultando necesario analizarla en conjunto con otras desigualdades, como las que surgen a partir de las clases sociales, edades y las nacionalidades. En reiteradas oportunidades, las beneficiarias del “Ellas Hacen” se veían en la complicación de tener que cumplir con actividades demandadas por el programa y ejercer al mismo tiempo tareas vinculadas al cuidado. Las capacitaciones y clases de la escuela secundaria solían llenarse

de niños/as de todas las edades que jugaban, corrían y demandaban atención. Como ya ha puntualizado Faur (2012) las formas en que se resuelve el cuidado infantil resultan un claro indicador de las desigualdades de clase entre mujeres. Retomar la centralidad de la clase social para analizar el modo en que se resuelven los cuidados resulta de suma importancia ya que la asociación entre mujeres y cuidados es a menudo reforzada ante las dificultades de acceder a servicios de cuidado en el mercado (Pautassi, 2009; Faur, 2012; Pautassi y Rodríguez Enriquez, 2014; Zibecchi y Paura, 2014). La presencia mayoritaria de mujeres jóvenes entre las integrantes de las cooperativas nos permite anticipar la importancia de la dimensión generacional como otro aspecto significativo a ser indagado. Por último, las trayectorias de migración interna y de países limítrofes resultaron otro aspecto que otorgaba especificidad a las experiencias cotidianas. Un análisis más pormenorizado de las trayectorias de vida de las “beneficiarias” permitirá enriquecer estos avances. Resulta de suma relevancia continuar indagando en estas intersecciones en pos de contribuir a un análisis crítico de las desigualdades que atraviesan las vidas de las mujeres de sectores populares.

Bibliografía

- Achilli, E. (2005) *Investigar en antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Centro de estudios Antropológicos en contextos urbanos – Facultad de Humanidades y Artes, UNR – Laborde Libros, Rosario.
- Aguirre Cuns, R. (2014) “La política de cuidados en Uruguay ¿un avance para la igualdad de género?” *Estudos feministas Florianopolis* 22(3) 795- 813.
- Aguirre Cuns, R. (2008) El futuro del cuidado en Arriagada, I. (eds.) *Futuro de las familias y desafíos para las políticas*. División de desarrollo social, CEPAL, UNFPA. Santiago de Chile. ONU
- Arango Gaviria, L. G. (2011) “El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional? En Arango Gaviria, L. G. y Molinier, P. (eds.) *El trabajo y la ética del cuidado, La carreta*, Medellín. Pp. 91-109
- Arcidiacono, P, Bermúdez, A y Kalpschtrej, K. (2014). ¿Transferencias de ingresos, cooperativismo o trabajo asalariado? El Programa Argentina Trabaja? Trabajo y Sociedad; Santiago del Estero. p. 341 – 356
- Arcidiacono, P.; Pautassi, L. y Straschnoy, M. (2012) Asignación Universal por Hijo para la Protección Social de la Argentina. Entre la satisfacción de necesidades y el reconocimiento de derechos. *CEPAL* 184. 1- 58
- Balbi, F. (2007) *De Leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, Buenos Aires, Giaper.
- Barragán R. y Wanderley, F. (2009) “Etnografías del Estado en América Latina”. *Íconos: Revista de ciencias sociales*, N.34, mayo, pp. 21-25.
- Basualdo, E. Aspiazu, D. Abeles, M., Arza, C., Forcinito, K., Pesce, J., Schorr, M. (2002); “El proceso de privatización en Argentina”, *Página/12* y Universidad Nacional deQuilmes, Buenos Aires.
- Browner, C. (2000) “Situating Women’s Reproductive Activities”. *American Anthropologist*. Vol. 102, Nº 4. Pp.773-788
- Cañedo Rodríguez, M. (2011) “Introducción” en Cañedo Rodríguez, M. y Espinosa, A. M. *Antropología política: temas contemporáneos*. Barcelona, Ediciones Bellaterra. Pp. 13- 39
- Carrasco, M. (2011) “La economía del cuidado: planteamiento actual y desafíos pendientes”. *Revista de Economía Crítica*, nº11. Pp. 205- 225.

- Cena, R. (2014) "Acerca de las sensibilidades asociadas a las personas titulares de la Asignación Universal por Hijo, un análisis desde la etnografía virtual" en De Sena, A. (ed.) *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción : lecturas sociológicas de las políticas sociales* Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires. Pp. 155- 186.
- Cernadas Fonsalías, C. (2012) El concepto de interseccionalidad. Aportes para el análisis de la maternidad y los cuidados de la infancia en familias migrantes de Perú y Bolivia. *Temas de Mujeres. Revista del Cehim. Año 8. Vol 8. Pp. 28- 41*
- Cerri, C, y Alamillo-Martínez, L. (2012). "La organización de los cuidados, más allá de la dicotomía entre esfera pública y esfera privada" *Gazeta de Antropología*, 28(2), artículo 14. Disponible en <http://www.gazetaantropologia.es/?p=4145>
- Cerrutti, M. (2003) "Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires" en Wainerman, Catalina (ed.) *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* FCE. Buenos Aires
- Colabella, L. (2013) "Llevarse la comida. Chisme y tabú en un comedor del oeste del Gran Buenos Aires durante una contienda electoral" *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social* 3 (5), pp. 150-161.
- Collier, J. (1974) "Women in Politics". En Michelle Zimbalist Rosaldo and Louise Lamphere (eds). *Women, Culture & Society* (pp. 89-96). California: Standford University Press.
- Comas D´Argemir, D. (2014) "Los cuidados y sus máscaras: Retos para la antropología feminista" *Mora* (B. Aires). 2014, vol.20, n.1
- Corrigan, P. y Sayer, D. (2007). "La formación del Estado inglés como revolución cultural." En M. Lagos & P. Calla (Comps.), *Antropología del Estado*. Weinberg. La Paz. pp. 39-116.
- Cross, C. (2012) "Mercado de trabajo, vulnerabilidad social y movilización política en Buenos Aires (1988-2008)", *Ensayos de Economía* N. 14, Pág 153-174
- Cross, C. y Freytes Frey, A. (2007) "Movimientos piqueteros: tensiones de género en la definición del liderazgo", *Argumentos*, Nº 55, vol. 20, México D.F.
- Cross, C. y Partenio, F. (2011) "¿Cuál cambio social?: La articulación colectiva de experiencias de menosprecio y la conformación de un espacio de mujeres en un movimiento social" *Punto Género* 1:187 – 209
- De Sena, A. (2014) "Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales". En De Sena, A. (ed.) *Las*

políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires. Pp. 99- 126

- Del Río Fortuna, C; Pais Andrade, M; Gonzalez Martin, M (2013). "Políticas y género en Argentina. Aportes desde la antropología y el feminismo" *Encrucijadas Revista Critica de Ciencias Sociales*. N° 5. Universidad de Salamanca, Pag 54-65
- Del Río, S. (2003), "La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel", *Rescaldos. Revista de Diálogo Social*, 9, pp. 47-57
- Del Río, S. y Perez Orozco, A., (2004) "Una visión feminista de la precariedad desde los cuidados". IX Jornadas de Economía Crítica. UCM, 25- 27 de Marzo.
- Dietz, M. (2003) "Las discusiones actuales en la teoría feminista", *Revista Debate Feminista*. Disponible en: <http://www.debatefeminista.com/PDF/Articulos/discus266.pdf> Publicado originalmente en *Annual Review of Political Science*. Vol. 6
- Eguía, A y Ortale, S. (2007) "El Plan Vida y Comadres desde la perspectiva de los equipos técnicos". En *Programas sociales y participación en la provincia de Buenos Aires*, Edulp, La Plata, pp. 179-206
- Eilbaum, L. (2011) "Familia, justicia y moralidades en el conurbano bonaerense" *Revista ANTHROPOLÓGICAS*, año 15, vol.22(1), pp, 7-35
- Elías, N y Scotson, J. (1994) "Observations on Gossip". *The established and the outsiders*. Sage, London.
- Espinosa, C. (2013) "Malentendidos productivos: 'Clivaje de género' y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina", *La Ventana* 4(37):289-323.
- Espinosa, C. (2015) "Equivocándote aprendés. Dinámicas corporales, dinámicas ejemplares". En *Hacer juntos. Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*, editado por Fernández Álvarez, M. I. Biblos, Buenos Aires
- Esquivel, V; Faur, E. y Jelin, E. (2012) "Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y estado" en *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado* UNICEF- IDES. Buenos Aires. Pp. 11- 44.
- Fassano, P. (2006) *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Antropofagia, Buenos Aires. 159 p.
- Fassin, D. (2012) "Introduction: Toward a Critical Moral Anthropology". In *A Companion to Moral Anthropology*. Willey Blackwell.

- Fassin, D. (2013) "On Resentment and Ressentiment: The Politics and Ethics of Moral emotions" *Current Anthropology* 54:3, 249-267
- Faur, E. (2006). "Género y conciliación familia-trabajo. Legislación laboral y subjetividades masculinas en América latina", en Mora, Luis y María José Moreno (coord.), *Cohesión Social, Políticas Conciliatorias y Presupuesto Público. Una mirada desde el género*. México: UNFPA-GTZ. Pp. 129-153
- Faur, E. (2010) "Desencuentros entre oferta y demanda de servicios de cuidado infantil en Buenos Aires Lógicas en tensión" *Revista de Ciencias Sociales*. Año XXIII - Nº 27. Montevideo, Pp. 68- 81.
- Faur, E. (2012) "El cuidado infantil desde las perspectivas de las mujeres—madres Un estudio en dos barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires". En Esquivel, V; Faur, E. y Jelin, E. *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado* UNICEF- IDES. Buenos Aires. Pp. 107- 166.
- Faur, E. y Gherardi, N. (2005) "El derecho al trabajo y la ocupación de las mujeres" En Equipo Latinoamericano de Justicia y Género. *Informe sobre Género y Derechos Humanos. Vigencia y respeto de los derechos de las mujeres en Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Ferguson, J. y Gupta, A. (2002) "Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality". *American Ethnologist* Vol. 29, N. 4, pp. 981-1002
- Fernández Álvarez, M. I (2007b) En defensa de la fuente de trabajo: demandas y prácticas de movilización en una empresa recuperada de Buenos Aires. *AVA*.11:63 – 86
- Fernández Álvarez, M. I. (2014) "El lenguaje de la eficacia interpelado. Contribuciones antropológicas al campo de las políticas sobre trabajo asociativo" *Revista de la Escuela de Antropología* XX. Pp. 51-65
- Fernández Álvarez, M. I. (2006) "Cuidar la fábrica, cuidar a los hijos. Roles de género, trabajo y acción colectiva a partir de un proceso de recuperación de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires", *Revista RUNA*. N 26, pp. 7-26
- Fernández Alvarez, M. I. (2007a) "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas". *Revista Cuadernos de Antropología Social*, N25. pp. 89-110.
- Fernández Álvarez, M. I. (2010) La productividad en cuestión. La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires, en: *La producción*

del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la Economía Social, editado por Cecilia Cross y Matías Berger. CICCUS, Buenos Aires.

- Fernández Álvarez, M. I. (2015 b) "Introducción: El desafío de hacer juntos(as)" En: *Hacer juntos. Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Biblos, Buenos Aires
- Fernández Álvarez, M. I. (2015a) "Contribuciones antropológicas al estudio de las cooperativas de trabajo en la Argentina reciente" *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*. Buenos Aires, p. 37 - 63
- Fernández Álvarez, M. I. (2016) *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*, ProHistoria, Rosario. En Prensa
- Fernández Álvarez, M. I. y Manzano, V. (2007) "Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina" *Política y Cultura*, México DF, pp. 143 – 166
- Fernández Álvarez, M. I. y Pacífico, F. (2016) "Cuidados, trabajo y formación. Reflexiones a partir de una etnografía sobre programas de "inclusión social" destinados a cooperativas de mujeres". Ponencia presentada en el Simposio Trabajo, economía del cuidado y desigualdades: desafíos y alternativas desde las intersecciones de trabajo y género en experiencias de asociatividad laboral, *V Encuentro Internacional de Investigación de Género*, Luján 12, 13 y 14 de Mayo.
- Fernández Álvarez, MI y Partenio, F. (2012) "Mujeres y movimientos sociales en América Latina: debates, alcances y encrucijadas de la participación de las mujeres en acciones colectivas", en Pena, N; Pereyra, B. y Soria, V. (Coord.) *Desarrollo y Derechos de las Mujeres. Participación y Liderazgo en Organizaciones Comunitarias*, Ediciones CICCUS, Buenos Aires. pp. 47-68.
- Ferraudi Curto, M. C. (2011) "(Des)encuentros en torno de los sentidos de la política: devolución de la tesis en una organización piquetera" *Nueva Antropología* 24:111 – 134
- Findling, L. Mario, S. y Champalbert, L. (2012) "¿Cómo cuidan y cómo se cuidan?: Mujeres de niveles bajos y medios del Área Metropolitana de Buenos Aires que cuidan a familiares dependientes". Ponencia presentada en VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata "Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales". La Plata, 5 al 7 de diciembre de 2012. Disponible en <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar>

- Fonseca, C. (2000) *Familia, fofoca e honra: etnografia das relações de gênero e violência em grupos populares*. Editora da Universidade/UFRGS, 2000. 245 p. Porto Alegre.
- Franzé Mundanó, A. (2013) "Perspectivas antropológicas y etnográficas de las políticas públicas" *Revista de Antropología Social*, n. 9, pp. 9-23
- Frederic, S. (2004) *Buenos vecinos, malos políticos*. Prometeo, Buenos Aires. 283 págs.
- Frederic, S. (2011) "Profesionalización política, moralidades y reconocimiento en el Gran Buenos Aires, 1991- 1999" *PolHis*. Año 4. Número 7. Pp. 154- 163
- Gil Araujo, S. (2010) "Anthropology of Policy. Una apuesta teórico-metodológica para el estudio de las políticas". En: *La argucias de la integración. Políticas migratorias, construcción nacional y cuestión social*. Madrid: IEPALA. pp. 57-66.
- Gledhill J. (2000) *El Poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Bellaterra, Barcelona.
- Gluckman, M. (1963) "Gossip and Scandal" Max Gluckman *Current Anthropology*, Vol. 4, No. 3, pp. 307-316
- Goren, N. (2012). "Alivio a la pobreza, política social y relaciones de género. Un estudio sobre un programa de transferencia condicionada de ingresos". Congress of the Latin American Studies Association, San Francisco, California.
- Grassi, E. (2012) "Política sociolaboral en la Argentina contemporánea. Alcances, novedades y salvedades". *Rev. Ciencias Sociales* 135-136, No. Especial: 185-198
- Grassi, E. (2013). "El Sujeto de la Política Social. Obstáculos persistentes y condiciones necesarias para el ejercicio de los Derechos *SER social*, Brasília, v.15, n. 33, p 261-384.
- Grimberg, M. (2009) "Poder, políticas y vida cotidiana, un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropolitana de Buenos Aires". En: *Revista de sociología política*, Curitiba, v. 17, n. 32, p. 83-94
- Grimberg, M. ; Fernández Álvarez, M. I. y Carvalho Rosa, M. (2009) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Antropofagia, Buenos Aires.
- Guiménez, S. y Hopp, M. (2011). Programa Ingreso Social con Trabajo "Argentina Trabaja": una mirada reflexiva desde el corazón de su implementación. Ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de Trabajo Social. FSOC, UBA. Buenos Aires, 12 y 13 de mayo.
- Han, C. (2012). *Life in debt: Times of care and violence in neoliberal Chile*. Berkeley: University of California Press

- Hintze, S. (2007) *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas sobre lo posible*. Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Hopp, M y Frega, M. (2012). Trabajo asociativo y políticas sociales: Tensiones y potencialidades en la experiencia de implementación del Programa “Argentina Trabaja”. *Revista debate público. Reflexión de Trabajo Social*. Año 2. Número 3. Pp 72-81.
- Hopp, M. (2013) “¿Cooperativas o planes sociales?: un análisis del proceso de implementación del Programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja” en un municipio del Conurbano Bonaerense”. Ponencia presentada en X Jornadas de Sociología de la UBA. Julio 2013.
- Hopp, M. (2015). “Identidades laborales de destinatarios del Programa Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”. *Trabajo y Sociedad*, n.24, pp. 207-223.
- Ingold, T, (2014) “That’s enough about ethnography!” en *HAU Journal of Ethnographic Theory*. Vol 4. N1
- Joseph, G. y Nugent, D. (2002) “Cultura popular y formación del estado en el México revolucionario”. En: Joseph, Gilbert y Nugent, Daniel (comp.): Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno. Pp. 31-52
- Koldorf, A. E. (2014) “La ciudadanía de las mujeres en debate. Cuidados y derechos, una deuda pendiente del feminismo en Argentina” en Daich, Debora (comp.) *1er Coloquio Latinoamericano de Antropología Feminista*. Buenos Aires, Librería de Mujeres. pp. 131- 146
- Kulfas, M. (2003); “El contexto económico. Destrucción del aparato productivo y reestructuración regresiva” en Hecker, E., Kulfas, M., Sanchez, F., Briner y Cusmano (2003); *Empresas Recuperadas. Ciudad de Buenos Aires*, Secretaría de Desarrollo Económico. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
- Lagos, M. y Calla, P. (comp.) (2007): “Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina”. *Cuaderno de Futuro 23*. Informe sobre Desarrollo Humano. PNUD. Bolivia.
- Lagos, M. (2008) “Vida cotidiana, ciudadanía y el género de la política” *Cuadernos de Antropología Social* Nº 27, pp. 91–112
- Lamas, M (1986). “La antropología feminista y la categoría género”, *Nueva Antropología* N°30. México pp 173- 198.

- Lamas, M. (1999) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género" *Papeles de Población*, vol. 5, núm. 21, pp. 147-178 Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México
- Lamphere, L. (2000) "The domestic sphere of women and the public world of Men: The strengths and limitations of an Antropological dichotomy", en Brettell, C. y Sargent, F. (eds) *Gender in cross- cultural perspective*. New Jersey. Prentice Hall
- Lazar, S. (2013). *El Alto, ciudad rebelde*. La Paz: Ediciones Plural.
- Levy, E. y Bermúdez, A. (2012) De la empleabilidad a la autogestión. La relevancia de la educación formal en el Programa Argentina Trabaja. En Pautassi, L y Gamallo, G. (2012) *Más derechos, menos marginaciones. Políticas sociales y bienestar en la Argentina*. Editorial Biblos. Pp 181- 222
- Lo Vuolo (2010). El programa Argentina Trabaja y el modo estático de regular la cuestión social en el país. Documento de Trabajo N° 75, Centro Interdisciplinario para el Estudio de las Políticas Públicas (CIEPP). Argentina.
- López, E.; Ponce, M.; Findling, L.; Lehner, P.; Venturiello, M. P.; Mario, S.; Champalbert, L. (2011) "Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo" *Población de Buenos Aires*, vol. 8, núm. 13, , pp. 7-25. Dirección General de Estadística y Censos. Buenos Aires, Argentina
- Lynch Cisneros, J. (2012) "Reconfiguraciones del poder y la gestión local: afectos y tensiones que reiventan el Estado", en *Revista Antropológica PUCP*, Vol 30, N 30, Lima
- Maffía, D (2007) "Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia" *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, núm. 28, vol. 12, pp. 63- 98
- Manzano, V. (2007) "Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza- Gran Buenos Aires". *Runa* 28: 77-92.
- Manzano, V. (2013) *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*, Rosario, Prohistoria, 362 páginas.
- Masetti, A. (2011) "Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)". *Entramados y Perspectivas*, Vol.1 n°1. Pp. 9 – 36
- Masson, L (2004) *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Centro de Antropología Social del IDES/Editorial Antropofagia. Serie Etnográfica. Buenos Aires.

- Molyneux, M. (2003) *Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*. Ediciones Cátedra, Madrid, p. 243.
- Molyneux, M. (2007) "Change and continuity in Social Protection in Latin America Mothers at the Service of the State?" Ginebra: Unrisd. Gender and Development Programme Paper 1
- Moore, H. (1996), *Antropología y feminismo*. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Narotzky, S. (2004) *Antropología Económica. Nuevas Tendencias*. Barcelona, Editorial Melusina.
- Narotzky, S. (1995) *Mujer, mujeres, género*. Madrid: Consejo Nacional de Investigaciones.
- Ortner, S. B. (1974). "Is female to male as nature is to culture?" In M. Z. Rosaldo and L. Lamphere (eds), *Woman, culture, and society*. Stanford, CA: Stanford University Press, pp. 68-87.
- Palomar Vereá, C. (2005) "Maternidad: Historia y cultura". *La Ventana* 22, pp. 35- 67.
- Partenio, F. (2011) "Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina", en *Las deudas abiertas de América Latina, Buenos Aires, CLACSO*.
- Paura, V. y Zibecchi, C.(2014) "Mujeres, ámbito comunitario y cuidado: Consideraciones para el estudio de relaciones en transformación". *La aljaba versión On-line*, vol.18
- Pautasi, L. (2009) *Programas de transferencias condicionadas de ingresos ¿Quién pensó en el cuidado? La experiencia en Argentina*. CEPAL, Santiago de Chile.
- Pautasi, L. (2013). "El trabajo de cuidar y el derecho al cuidado. ¿Círculos concéntricos de la política social?" *Revista Cátedra Paralela* Nº10, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, pp. 65-92
- Pautasi, L; Faur, E.; Gherardi, N. (2006) "El trabajo como Derecho. Un análisis de Género" en *La persistencia de la desigualdad Género, trabajo y pobreza en América Latina* Flacso Quito. Pp. 49 – 90
- Peirano, M. (2004) "A favor de la etnografía". En: Grimson, A. Lins Ribeiro, G. y Semán, P. (Eds) *La antropología brasileña contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.
- Peirano, M. (2014) "Etnografía não é método". *Horizontes Antropologicos*, ano 20, n. 42, p. 377-391. Porto Alegre

- Poole, D. (2012) "Corriendo riesgos: normas, ley y participación en el Estado neoliberal". *Revista Antropológica PUCP*, vol.30, no.30, Lima.
- Pozzio, M. (2011). *Madres, mujeres y amantes. Usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Buenos Aires: Antropofagia
- Quirós, J. (2011) *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Antropofagia, Buenos Aires.
- Rockwell, E. (2009) *La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós, 222p.
- Rodríguez Enríquez, C. (2011) *Programas de transferencias condicionada de ingresos. ¿Por dónde anda América Latina?* Serie mujer y desarrollo, CEPAL
- Rodríguez Enríquez, C. (2007) "Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional" En *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*. Giron, Alicia; Correa, Eugenia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/giron_correa/22RodriguezE.pdf
- Rodríguez Enríquez, C. y Pautassi, L. (2014) (coord.): *La organización social del cuidado de niños y niñas. Elementos para la construcción de una agenda de cuidados en Argentina*, ADC-CIEP, ELA, Buenos Aires
- Rodríguez Gusta, A. L. (2013) "¿Destinatarias emprendedoras o beneficiarias dependientes?: Segmentaciones discursivas en la implementación municipal de una política social en la Argentina". *Cuad. antropol. soc.* 37: 139-169.
- Rodríguez, M. C y Ciolli, V (2011) "Tensiones entre el emprendedorismo y la autogestión: el papel de las políticas públicas en este recorrido". En: *Organizações e democracia*, Marília, V. 12, N1, pp- 27-46.
- Rosaldo, M. (1995) "O Uso e o abuso da antropología: reflexoes sobre o feminismo e o entendimento intercultural". En: *Horizontes Antropológicos* Vol. 1, número 1, Porto Alegre: IFCH-UFRGS. Rosaldo, Michelle y Lamphere, Luise
- Rosaldo, Mi. (1974) "Woman, Culture and Society: Theoretical Overview". En Michelle Rosaldo y Louise Lamphere, Eds. *Woman, Culture and Society*. Stanford: Standford University Press.

- Russo, M. (2009) "Escenas de la vida cotidiana: relatos y experiencias de mujeres "jefas de comedores populares". Ponencia presentada en la *VII Reunión de Antropología del Mercosur*. 29 de septiembre al 2 de Octubre. Buenos Aires, Argentina
- Russo, M. (2010) *Participación política femenina en comedores comunitarios de dos villas de la ciudad de Buenos Aires*. Tesis de Licenciatura. UBA. FFyL,. Licenciado en Ciencias Antropológicas.
- Scarfó, G; Hopp, M y Highton, C. (2009) "Reflexiones en torno al concepto de inempleabilidad: consideraciones para pensar la política social." *Revista de trabajo social Plaza Pública*. Vol II. N 2.
- Scott, J. (1996) "El género, una categoría útil para el análisis histórico". En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. M Lamas editora. Porrúa-Pueg. México
- Segato, R. (2003) "El género en la antropología y más allá de ella". En: *Las estructuras elementales de la violencia*, pp. 55-84. Bernal: Prometeo - Universidad Nacional de Quilmes.
- Semán, P. y Ferraudi Curto, M, C. (2013) "La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo?" *Laboratorio* 25: 151-165.
- Shore, C y Wright: (1997) "Anthropology of policy. Critical perspective on governance and power, New York and London.
- Shore, C. (2010): "La antropología y el estudio de la política pública: Reflexiones sobre la "formulación de las políticas." En: *Antipoda N°10 Enero-Junio de 2010 Páginas 21-49*.
- Stephen, L. (1997) "Introduction. Gender and Politics - Experience and Structure". In *Women and Social Movements in Latin America: Power from Below*. Austin: University of Texas Press. Pp. 1- 28
- Stephen, L. (2005) "Women's Weaving Cooperatives in Oaxaca", *Critique of Anthropology* 25(3):253-278
- Stolcke, V. (1996) "Antropología del género. El cómo y el por qué de las mujeres". En: J. Prat & A. Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona,. pp. 335-344
- Tabbush, C. y Gentile, F. (2014) "Madres transgresoras y Bebés 'tumberos': la regulación de la maternidad y la crianza tras las rejas" en Tarducci (comp), *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina*, Buenos Aires, Librería de Mujeres

- Tarducci, M. (2011) Las “buenas” y “malas” madres de la adopción en Felitti, Karina (comp.) *Madre no hay una sola. Experiencias de la maternidad en la Argentina actual*. Buenos Aires, CICCUS. Pp 199- 211
- Vincent, J. (2002): *The anthropology of politics. A reader in ethnography, theory and critique*. Blackwell
- Vuotto, M. (2008) “El alcance de las estrategias gubernamentales de promoción de la economía social en la Argentina” *27 Congreso Internacional del CIRIEC* disponible en internet: <http://conference.se-es.ca/wp-content/uploads/2008/02/mirta-vuotto-re.pdf>
- Wanderley, F. (2009) "Prácticas estatales y ciudadanía colectiva e individual en Bolivia" *ICONOS, Revista de Ciencias Sociales*, n. 34, Etnografías del Estado, FLACSO, Ecuador.
- Yanagisako, S. y Collier, J. (1994) “Gender and Kinship Reconsidered: Toward a Unified Analysis” En: Robert Borofsky *Assessing Cultural Anthropology*. Hawaii Pacific University. Mc Graw-Hill, Inc. pp.190-203.
- Zibecchi, C. (2013) *Trayectorias Asistidas Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Eudeba.